



OBJETORAS DE CONCIENCIA ANTOLOGIA

PREFACIO DE CYNTHIA ENLOE

EDITADA POR ELLEN ELSTER & MAJKEN JUL SØRENSEN

TRADUCCION DE MICHELLE RENYE

PUBLICADA POR LA INTERNACIONAL DE RESISTENTES A LA GUERRA



OBJETORAS DE CONCIENCIA ANTOLOGIA

Editada por Ellen Elster y Majken Jul Sørensen

Prefacio de Cynthia Enloe

Traducción de Michelle Renye

PUBLICADA POR LA INTERNACIONAL DE RESISTENTES A LA GUERRA

Diciembre de 2012

ISBN 978-0-903517-24-9



A menos que sea especificado lo contrario, todo el contenido de este libro esta bajo una licencia de Creative Commons: Atribución-NoComercial-CompartirDerivadasIguales 2.5: <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/2.5/as/>

CRÉDITOS

Comité editorial

Ellen Elster

Majken Jul Sørensen

Coordinación

Ellen Elster

Majken Jul Sørensen

Andreas Speck

Consultora editorial

Mitzi Bales

Traducción

Michelle Renyé

Maquetación

Andreas Speck

Diseño portada

Hilal Demir

Agradecimientos especiales para Marie Marcks por permitir la reproducción de su dibujo de la página 26. Copyright © Marie Marcks, Heidelberg, Alemania (no cubierto por la licencia Creative Commons. Reproducción únicamente con el permiso explícito de la propietaria del copyright).

Gracias al Fondo Feminista Irene Bruegel por el apoyo económico para imprimir esta antología.

CONTENIDO

Nota de la traductora.....	9
Prefacio del Editor.....	11
Cynthia Enloe: Prefacio.....	13
Ellen Elster & Majken Jul Sørensen: Introducción.....	17
Mitzi Bales: Dijeron “No” a la guerra: las objetoras de conciencia británicas en la Segunda Guerra Mundial.....	27
Objetoras de conciencia estadounidenses en la Segunda Guerra Mundial.....	35
Majken Jul Sørensen: La resistencia de las mujeres suecas a la Defensa Civil (1935–1956).....	38
Insumisas al Servicio Militar (declaración de la conferencia internacional Mujeres y Militarismo en Escocia en 1980).....	43
Las mujeres alemanas se han negado.....	46
Las mujeres francesas dicen “No a la guerra”.....	50
Rebecca Gumbrell McCormick: Las objetoras en Bélgica.....	52

Israel

¿Resistencia a servir el café? Introducción a la objeción de conciencia de las mujeres en Israel.....	56
Tali Lerner: Mujeres Resistentes al Ejército en Israel.....	63
Idan Halili: Una negativa audaz: historia de una mujer israelí.....	72

Eritrea

Mujeres de Eritrea: en un cruce de fuegos entre la conscripción y que se las niegue ser objetoras de conciencia.....	85
Ruta Yosef-Tudla: “Me opongo por principios a la guerra”.....	88
Bisrat Habte Micael: “Estoy más que harta de la guerra”.....	90

Estados Unidos

Mujeres de Estados Unidos resistentes a la guerra del Golfo, de Afganistán y de Irak.....	93
Stephanie Atkinson: Orgullosa de ser desertora.....	96
Diedra Cobb: El poder de contar tu historia.....	104

Anita Cole.....	110
Tina Garnanez.....	111
Katherine Jashinsky.....	113

Turkey

Ferda Ülker: Las mujeres turcas despiertan a la objeción de conciencia.....	114
Ferda Ülker: Manifiesto mi rechazo al militarismo.....	122
Hilal Demir: Un análisis feminista sobre la objeción de conciencia en Turquía..	123
Hilal Demir: Declaración de Objeción de Conciencia.....	128

Corea

Jung-min Choi: Las mujeres en el Movimiento por la Paz de Corea del Sur.....	129
------------------------------------------------------------------------------	-----

Paraguay

María Elena Meza Barboza: Paraguay@s unid@s contra el militarismo.....	134
Mujeres Antimilitaristas – MOC Paraguay: Presentación de Mujeres Objetoras de Conciencia, Paraguay, 1995.....	140
MOC Paraguay: Presentación de grupo de mujeres objetoras y antimilitaristas.	142

Colombia

Introducción a Colombia.....	143
Andrea Ochoa: Objetoras de conciencia en Colombia.....	144
Alejandra Londoño: Las objetoras en el contexto colombiano.....	146
Sandra Murillo Marín: Declaracion como objetora de conciencia.....	147
Estefanía Gómez Vásquez: Declaracion como objetora de conciencia.....	148
Milena Romero Sanabria: Me declaro objetora.....	150

Ellen Elster & Majken Jul Sørensen: La objeción de conciencia de las mujeres como estrategia contra el militarismo: conclusiones de las editoras.....	152
----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------	-----

Otras publicaciones de la Internacional de Resistentes a la Guerra.....	166
Sobre la Internacional de Resistentes a la Guerra.....	167

Nota de la traductora

La siguiente traducción utiliza lenguaje inclusivo, como en general las personas que aquí escriben. Mi uso del lenguaje inclusivo supone combatir la invisibilización de las mujeres y también otros condicionamientos activados por el lenguaje que no van a favor de la lucha social: son un ensayo de llamadas de atención de carácter transformador, de generación de alternativas a cómo se conciben las cosas y las actitudes y relaciones que esto genera. Así, las hay de carácter feminista, como el uso de “pensadoras” en lugar de “intelectuales”, evitando asimilar a las mujeres a un concepto utilizado por el poder establecido de manera clasista; o emplear “violación”, “acoso/abuso y violación” y “acoso machista y misógino” para rescatar la palabra “sexual” y sobre todo evitar que la violación se vea sometida al tabú y se conciba desde la impuesta falacia biologicista, porque la violación es tortura misógina y feminicida. Otro tipo de llamadas se relacionan con la superación de diferentes injusticias conceptuales resultado del sordo condicionamiento de la religión, que tan poderoso papel tiene en nuestro sistema conceptual: como la creencia de que las “familias monoparentales” necesariamente generan personas conflictivas (aquí traducido por “familias desestructuradas”) o la omisión del movimiento pacifista de activistas no creyentes (incluidas muchas feministas pacifistas), que defienden la no violencia por razones políticas o pragmáticas, es decir, como método más justo para la resolución de los conflictos, y que no viven el pacifismo como un modo de vida o una cuestión “de principios”, por lo que no podrían “sacrificar su libertad personal por sus principios” pero sí llegar a “renunciar a su libertad personal por sus ideas (o ideales)”.[*]

Desearía agradecer a la red internacional de la IRG, a la que me uní como miembra individual en 1989, el haber podido traducir estos textos. Desde Mujer Palabra, un espacio abierto comprometido con la construcción de un mundo menos violento y más justo, ayudaremos a difundir, ampliar, complementar y debatir estos materiales, desde http://www.mujerpalabra.net/activism/indices/pacifismo_feminista.htm, porque comprendemos que Objektoras plantea cuestiones que generarán curiosidad feminista allí donde no existe, así como oportunidad de que se incorporen y aprenda de los debates feministas en el mundo aún eminente y radicalmente patriarcal de la lucha social, y en concreto del antimilitarismo, donde la mayoría continúa no valorando adecuadamente (no comprendiendo el valor de) la herramienta del feminismo y del lenguaje para evoluciones personales y sociales más inteligentes.

[*] Para más información sobre la importancia del lenguaje en nuestras vidas, podéis visitar <http://www.mujerpalabra.net/pensamiento/sobrelenguaje.html>, que incluye una página de Acción Directa Noviolenta Lenguaje. Animo a las personas que hacen traducciones a colaborar en esta lucha por evitar el machismo en el lenguaje.

Objetoras nos hace sentir tristeza ante la ausencia de las mujeres en la Historia y la Memoria, por lo que es un gran regalo para el ahora y el futuro. Pero también nos alienta e inspira: las experiencias y reflexiones recogidas aquí ayudarán a enriquecer los debates y las acciones del movimiento social en su conjunto, por la cantidad y la calidad de las preguntas, críticas, enfoques y conexiones que sus autoras plantean.

michelle renyé, primavera del 2011
Proyecto Mujer Palabra y WRI-IRG

Prefacio del Editor

Howard Clark, presidente de la Internacional de Resistentes a la Guerra

Cuando el apartheid en Sudáfrica ilegalizó que se incitara a la objeción de conciencia, fue una mujer, *Sheena Duncan*, presidenta del *Black Sash*, quien vio la oportunidad: seguía siendo legal cuestionar la conscripción, y montar una campaña de este tipo podría abrir nuevos espacios para la lucha por una Sudáfrica no racista. La oposición al reclutamiento reuniría a muy diversos grupos sociales, especialmente de la comunidad blanca (pues sólo los hombres blancos eran reclutados), sirviendo, al tiempo, para demostrar que un sector de dicha comunidad estaba comprometido con la lucha contra el apartheid. En 1983 la Asamblea Anual de Black Sash lanzó una campaña contra el reclutamiento, dando lugar, de esta manera, a que en 1984 surgiera la *End Conscription Campaign* (ECC; campaña contra el reclutamiento). Aunque ésta fue prohibida en 1986, hasta que se vino abajo el sistema del apartheid, continuaron organizando la resistencia blanca al militarismo del apartheid, en colaboración con la red que existía de Grupos de Apoyo a los Objetores de Conciencia. Sólo los hombres tenían que hacer el servicio militar, y por lo tanto sólo a ellos se les encarcelaba por objeción de conciencia; sin embargo, en los años ochenta, decenas de mujeres del ECC fueron detenidas también, y algunas retenidas, además, durante meses.

No era la primera vez que las mujeres tomaban la iniciativa de montar una campaña contra el reclutamiento militar. En la Gran Bretaña del siglo XVIII, se produjeron dos masacres poco conocidas, en Hexham, Inglaterra, 1761 y Tranent, Escocia, 1797: los soldados aplastaron las protestas contra el reclutamiento, que habían sido organizadas principalmente por mujeres, y en las que varias activistas fueron asesinadas. En Estados Unidos, en la Primera Guerra Mundial fueron ellas quienes fundaron las dos campañas más importantes que hubo contra el reclutamiento: en 1915 *Jessie Wallace Hughan* (quien posteriormente fundaría la Liga de Resistentes a la Guerra o War Resisters' League, WRL) montó la Liga contra el Enlistamiento y en 1917 *Emma Goldman* fundó la Liga "NO a la conscripción". A su vez, en Australia, el Ejército de Paz de las Mujeres lideró la campaña que derrotó al gobierno en dos referéndums, en 1916 y 1917, referéndums que si hubieran sido ganados por éste, habrían abierto la puerta al reclutamiento de la población para servicios en el extranjero.

La presente antología llega con mucho retraso en varios sentidos. En primer lugar, a la hora de ofrecer un reconocimiento a esta parte relativamente desconocida de la historia del antimilitarismo, la de la participación de las mujeres. En segundo lugar, para la propia Internacional de Resistentes a la Guerra (WRI-IRG) como red internacional pacifista. Fundada en 1921, la IRG ha estado dominada por los hombres la mayor parte de su existencia a pesar del papel destacado de las mujeres en sus grupos afiliados, y a nivel internacional con

alguna excepción, como que *Grace Beaton* fuera Secretaria General de esta red internacional durante más de dos décadas. Desde 1972 se han estado realizando esfuerzos conscientes para cambiar esta situación, primero con la introducción del uso de lenguaje inclusivo (visibilización de las mujeres en el lenguaje) y desde 1976, con la organización de reuniones internacionales de las mujeres de la IRG, normalmente en colaboración del Movimiento Internacional de Reconciliación (IFOR-MIR). Su segunda reunión, celebrada en Escocia, sirvió como preludeo al resurgimiento de un movimiento de paz internacional de las mujeres en la década de los años ochenta, y generó una influyente declaración, “Insumisas al Servicio Militar” (texto incluido en la presente antología). Las mujeres británicas que habían asistido a estas reuniones decidieron formar el Grupo de Estudio “Feminismo y Noviolencia”, y la IRG copublicó posteriormente su trabajo, “Piecing It Together” (buscando las conexiones, resolviendo el puzzle), ahora disponible en Internet en http://wri-irg.org/pubs/Feminism_and_Nonviolence. Más tarde, en 1986, se formó el Grupo de Trabajo de las Mujeres de la IRG, para trasladar estos análisis a la internacional y también para atraer a más mujeres activistas a la red. En 1987 la IRG organizó el seminario “Negarse a preparar la guerra: la nocooperación y la objeción de conciencia” en respuesta al planteamiento feminista de que era necesario considerar “la objeción de conciencia desde una perspectiva más amplia”. Aquel seminario mostró que se había renovado el interés por el Plan Anti-Guerra que *Bart de Ligt* presentó en la IRG en 1934, pero se incluía esta vez el análisis feminista. Las mujeres siempre han tenido papeles vitales en la construcción del rechazo a la guerra, en objeción fiscal (la negativa a pagar impuestos para la guerra), negándose a participar en cualquier tarea que pudiera relacionarse con la guerra y formulando una crítica a su justificación cultural.

Un tercer sentido, mucho más inmediato, en que esta antología llega con retraso es que su gestación se ha prolongado considerablemente. Se concibió como parte del programa de la IRG llamado Derecho a Negarse a Matar (RRTK, en inglés), y en un primer momento se pensó que la antología podría estar lista para el seminario “Género y militarismo” del año 2007, que organizaba la IRG y New Profile, su grupo afiliado israelí. Lo presentamos finalmente en gran medida gracias al trabajo de dos pacientes comadronas, *Ellen Elster* y *Majken Jul Sørensen*, miembros del Ejecutivo de la IRG que tomó la decisión de publicar esta antología, y gracias también al continuado trabajo de *Andreas Speck*, quien trabaja en el programa RRTK en la sede de la IRG, en Londres.

La publicación de la presente antología es indicativa de que en la IRG continúa comprometida con su apoyo a las objetoras y a la apertura de espacios donde puedan reunirse, y comprometida con abordar el tema del militarismo desde las consideraciones del género, tanto en los programas donde existe apoyo económico para contratar a activistas (como el RRTK y “Nonviolence for a change”, noviolencia para variar, o por el cambio, que promueve la acción noviolenta para luchar contra las causas de las guerras), como de manera más general, en el conjunto de la red de la IRG.

Prefacio

Por Cynthia Enloe

Director de banco central: esta idea se encuentra tan profundamente masculinizada que ni siquiera somos conscientes de que estamos nombrando y visualizando el masculino. [*] Sólo prestamos atención al género en la rara ocasión en que se nombra en femenino, directora del banco central. Lo mismo ocurre con otras categorías: piloto de 747, jugador de baloncesto, corredor de bolsa, jefe de policía, operador de bulldozer, mafioso, bombero, ministro de finanzas. Lo positivo (lo que indica progreso) es que hoy en día encontramos mujeres aquí y allá, que han irrumpido en los territorios de los hombres. “Una ministra” ya no suena como sonaba antes, a oximoron. Hoy en día numerosas mujeres están desempeñando papeles tradicionalmente vedados a las mujeres gracias a su lucha política organizada y su coraje, aunque todavía siguen siendo tan pocas en relación al número de hombres que solemos ser conscientes del género sólo cuando nos damos cuenta de que es necesario nombrar en femenino, decir “bombrera” o “mujer bombero”, para evitar que se visualice a un hombre, pues cuando se trata de hombres, usamos la palabra normal, sin plantearnos que no es neutra sino, de hecho, un masculino. Cómo iba a ser de otro modo: todo el mundo sabe que esos puestos han sido siempre ocupados por hombres.

Algo muy parecido ha ocurrido con el término “objetores de conciencia”. Cuando pensamos en la objeción de conciencia, en principio pensamos en hombres. Lo presuponemos. Yo al menos lo presupongo. Por eso, no me planteo temas de género cuando digo “objetores de conciencia”: no me planteo si en esta lucha hay hombres y mujeres. Esta costumbre nuestra de masculinizarlo todo, no ya a los soldados, sino también a quienes se resisten a serlo, es lo que ha hecho que sea tan importante nombrar el femenino para quienes han creado este libro, y lo que hace que sea importante que otras personas lo leamos.

En cualquier caso, el libro ofrece algo más que la visibilización (la desexotización) de las objetoras de conciencia. Si lo leemos entero, nos daremos cuenta de que aflojar el nudo que une la masculinidad con la función militar y la

[*] Nota de la t.: la explicación está adaptada ligeramente por diferencias estructurales de la lengua inglesa y española. Enloe habla de que no solemos sentir la necesidad de tener que añadir un modificador indicativo de género masculino al nombre cuando se trata de un hombre: en *banker*, decir *male banker*, en *CO*, decir *male CO* (*banker* y *CO* pertenecen al grupo de palabras neutras formalmente en inglés; aunque se suelen visualizar en masculino por la tradición). En español, donde también se producen problemas paralelos de sexismo en el lenguaje, formalmente no existe el neutro (ni científica ni socialmente ha sido el masculino singular neutro): cada palabra lleva un sufijo indicativo del género masculino o femenino, de ahí la adaptación.

masculinidad con la resistencia a esa función nos ayuda a comprender cómo funciona la compleja relación entre masculinidad y militarización, y cómo dependen la una de la otra. Un análisis que muestre cómo depende algo de otra cosa sirve para que cada una de sus partes sea más vulnerables, más fácilmente cuestionables y por tanto, potencialmente transformables. Las mujeres que aquí escriben arrojan una clara luz sobre las raíces de la militarización que empecinadamente sostiene los ejércitos, la función militar y la preparación y ejecución de las guerras.

Han sido las mujeres con visión feminista (aquellas que abiertamente investigan cómo funciona el patriarcado en la vida cotidiana) de los movimientos de objeción de conciencia nacionales e internacionales quienes han persuadido a muchos hombres que se planteaban la objeción de conciencia de que también era necesario que cuestionaran sus relación personal con la masculinidad patriarcal. Nos han demostrado que los grupos de objeción de conciencia donde los (y las) activistas consideran suficiente abordar los temas de clase, colonialismo, capitalismo y racismo (temas fundamentales, sin duda, que debemos explorar con franqueza) son grupos que en realidad se detienen al llegar a la orilla: un movimiento antiguerra donde la gente duda y no se adentra en las fuertes corrientes del patriarcado, se encuentra, debido precisamente a este miedo, reforzándolo, reforzando que el patriarcado continúe dándole más valor a la masculinidad. El resultado de este tipo de dudas personales y políticas, individuales y colectivas es, las más de las veces, que una de las dinámicas clave, la que sostiene que se privilegie la función militar y también las estructuras más profundas del militarismo queda intacta, lista para seguir siendo útil en la próxima guerra.

He de confesar que ha sido sólo recientemente cuando he llegado a ser consciente de esta parte del trabajo de las objetoras que cambia las mentalidades y la naturaleza del movimiento. Aunque varias generaciones de compañeras feministas me habían ayudado a desarrollar la sensibilidad de poder fijarme en la labor de las activistas pacifistas, yo seguía concibiendo a las mujeres que trabajaban en los movimientos de objeción de conciencia -en la Gran Bretaña de la Primera Guerra Mundial, en la Sudáfrica de la era antiapartheid, en los años de la guerra del Vietnam en Estados Unidos- básicamente como un mero apoyo a los objetores. Imaginaba que estaban ahí ofreciendo apoyo a los hermanos y amantes o novios que habían decidido negarse a participar en los servicios militares obligatorios para hombres del gobierno; que eran mujeres que se habían hecho activistas en movimientos anticonscripción liderados y concebidos por hombres. Lo que yo imaginaba de estas mujeres se topaba con el límite de una insuficiente curiosidad feminista: no me planteaba suficientes preguntas sobre cómo podía ser que una causa aparentemente justa pudiera estar infectada con su propia dosis de patriarcado, cómo sus aparentemente valientes participantes podían seguir confiando en que las mujeres permanecerían cómodamente (para ellos) femeninas, nutriendo y

apoyando la causa masculinizada, y no diseñando las estrategias, y mucho menos comprensiones. De hecho, las activistas feministas de los movimientos de objeción de conciencia tenían mucho más que ofrecer que un sólido apoyo: estaban haciendo análisis fundamentales.

Me abrieron los ojos tres experiencias recientes que avivaron mi curiosidad feminista. Ocurrieron bastante seguidas. La primera llegó cuando leía un trabajo que preparaba una amiga, la activista/académica feminista de Corea del Sur, *Insook Kwon*. Insook, que con anterioridad había explorado la sorprendentemente dinámica interna militarizada del movimiento pro-democracia de la década de los ochenta en Corea del Sur, movimiento que consiguió poner fin a décadas de gobierno militar, ahora ocupaba su sagaz inteligencia en analizar el continuado sistema de conscripción masculino. Se planteaba preguntas que nacían de su curiosidad feminista. Estaba explicitando cómo funcionaba la feminidad y la masculinidad dentro del sistema legal y de la más amplia cultura política del país sostenidos por los procesos de conscripción de Corea del Sur. Me recordó que la conscripción militar masculina era un tema del feminismo.

La segunda experiencia me llegó poco después, en un viaje a Israel en el que se me pidió que le hablara a -pero más importante aún, que escuchara a y aprendiera de- académicas de los Estudios de Género y activistas feministas de Israel que estaban rastreando y cuestionando la profunda militarización de su sociedad. Uno de los grupos (cuyos trabajos llevaba yo siguiendo ya varios años) era *New Profile*. Creado por un grupo de mujeres israelíes de mediana edad, algunas de las cuales habían hecho el servicio militar, la mayoría de las cuales habían tenido hijos e hijas que tendrían que hacer el servicio militar, las miembros de *New Profile* se habían juntado para poner en común sus preocupaciones por el complejísimo entramado de la militarización en sus vidas, y para averiguar cómo resolver el tema de las responsabilidades.

Para cuando me reuní con las activistas de *New Profile*, ya habían conseguido atraer a sus discusiones y acciones a mujeres y hombres jóvenes, que habían formado un grupo. El servicio militar (su fundamentación, sus consecuencias para los y las jóvenes y también para sus progenitores, y sus vínculos con otras dinámicas culturales y económicas en la sociedad) estaba siempre en la agenda.

Durante mi breve visita, *Idan Halili* hizo su presentación pública en la que se negaba a hacer el servicio militar. *Tali Lerner*, amiga y de su Grupo de Apoyo, llevó las ideas de Idan a las conversaciones en *New Profile*. Idan citaba a *Virginia Wolf* cuando explicaba cómo, paso a paso, de niña y luego de adolescente, había ido formado su decisión de rechazar la llamada a enlistarse que le haría su gobierno. Más tarde, en un animado encuentro intergeneracional en Tel Aviv, Idan explicó por qué no quería ser vista como “héroe/heroína”. No quería que ninguna persona pacifista pensara que ella era especialmente valiente por decidir cumplir una condena de cárcel. Tanto convertirla en un mito como creerla especialmente valiente -nos alertaba- equivaldría a alentar un tipo de privilegios que, si bien

asociado en este caso a una mujer joven, seguiría alimentando jerarquías establecidas por los hombres.

En esta misma época, me invitaron a Turquía. Gracias a la acogedora orientación de la activista-académica *Ayse Gül Altınay*, conocí a montones de pensadoras y activistas feministas del país, entre ellas, *Ferda Ülker*. Ferda era de un grupo de mujeres de la ciudad costera de Izmir. Se habían constituido como tal hacía poco, después de haber sido parte de un grupo mixto que apoyaba a los hombres que se negaban a hacer el servicio militar. En su evolución usando el feminismo, ellas se habían terminado dando cuenta de que necesitaban un espacio sólo de mujeres para poder analizar las conexiones que empezaban a ver entre masculinidades, feminidades, conscripción, militarización y antimilitarización, tanto en lo que respectaba a cómo funcionaban éstas en su propia organización de objeción como en el conjunto de la sociedad turca contemporánea. Generosamente, me invitaron a participar en una de sus animadas cenas. De conversaciones como aquellas, Ferda y otras mujeres turcas concibieron la declaración “Declaro mi rechazo...” (incluida en esta antología).

Historias... Estas tres historias me recuerdan que así es cómo surge la consciencia. En este caso, la mía propia. Mientras que las mujeres de los movimientos de objeción de conciencia pueden verse como un fenómeno colectivo, sus experiencias y sus nuevas curiosidades, nuevas investigaciones y nuevas consciencias se comprenden a menudo mejor en la narración de historias. Por ello, al ir leyendo los esclarecedores capítulos que siguen, ayudará, quizá, no perder de vista las historias de cada una de ellas, individualmente -en Colombia, Eritrea, Israel, Corea, Turquía, Reino Unido, Estados Unidos y Paraguay-, historias que trazan una nueva política partiendo de la narración y el análisis de sus propias experiencias particulares. De la convergencia de las historias surge un movimiento. De la reflexión en el embrollo de historias individuales de las mujeres, de sus rumbos y cambios de dirección, sorpresas, cabos sueltos, llegamos a un movimiento sostenible y lleno de vida en su forma de cuestionar las maneras subrepticias en que el patriarcado infecta tanto el militarismo como la lucha contra el militarismo.

Cynthia Enloe es catedrática del Departamento de Desarrollo, Comunidad y Medio Ambiente Internacional, en la Universidad de Clark, Worcester, Estados Unidos, y Directora del programa de Estudios de las Mujeres de dicha universidad. Es autora de numerosos libros sobre feminismo y militarismo, entre ellos: Bananas, Beaches and Bases. Making Feminist Sense of International Politics (Bananas, playas y bases: comprendiendo la política internacional desde el feminismo), London, Sigdeny, Wellington, Pandora, 1989, y Maneuvers: The International Politics of Militarizing Women's Lives (Maniobras: La política internacional de las vidas de las mujeres de militarización), University of California Press, 2000.

Introducción

Por Ellen Elster y Majken Jul Sørensen, Internacional de Resistentes a la Guerra

Por qué la presente antología

Numerosas mujeres trabajan en la construcción de la paz, tanto en grupos y redes de mujeres como en grupos y redes mixtas. Queda mucho por contar sobre sus experiencias. Se le ha prestado muy poca atención, si es que se le ha prestado alguna, a las mujeres que, en muchos lugares del mundo, tanto en las guerras como en tiempos de paz, se han declarado objetoras de conciencia como protesta frente al militarismo.

La Internacional de Resistentes a la Guerra decidió publicar esta antología para darles voz. La mayor parte de los textos recogidos han sido escritos por mujeres que hicieron una declaración pública de objeción de conciencia o bien que ofrecieron su apoyo abiertamente a objetores de conciencia. “Pública” debe entenderse aquí en un sentido amplio, que incluiría también declaraciones en juicios y en cartas a las autoridades. Si bien el libro puede leerse para informar debates sobre el reclutamiento de las mujeres, nos gustaría señalar que se trata de una antología sobre la objeción de conciencia como forma de resistencia al militarismo, más allá de lo que es resistirse concretamente a ser reclutada.

Casi todos los artículos publicados aquí han sido redactados para esta antología. Los que no lo han sido aparecieron antes en *El fusil roto*, una de las publicaciones de la IRG, o en algún otro boletín, sobre todo pacifistas. Nos referimos en especial a los materiales sobre luchas del pasado. No hemos pretendido recoger todos los casos de objetoras en países en guerra. Más bien, desde la IRG, deseábamos ofrecer una antología que ilustrara la diversidad de la objeción de conciencia entre las mujeres, considerando los contextos de tiempo (tiempo de paz o de guerra) y espacio (localización), la metodología de trabajo, los motivos para hacerse objetoras, y las situaciones a la que se enfrentaron. Esta muestra ha sido en sí misma una forma de luchar contra el militarismo, puesto que algunas de las autoras escribieron su artículo en el momento en que estaban desarrollando su lucha contra su reclutamiento, o bien cuando se acababan de declarar objetoras tras haber entrado “voluntariamente” en el ejército. Un caso distinto es el de Corea: explica el papel de las mujeres en el movimiento de objeción de conciencia del país a pesar de que nunca se emitieron declaraciones públicas como objetoras.

A lo largo de los años se ha escrito extensamente sobre las acciones y campañas emprendidas por las mujeres para construir la paz y eliminar la guerra y el militarismo. Con la época moderna y el nacimiento de la Liga Internacional de las Mujeres por la Paz y la Libertad (conocida internacionalmente como WILPF,

del inglés), encontramos un magnífico ejemplo del poder de las mujeres frente al militarismo en la reunión internacional que organizaron en La Haya, en 1915, como protesta contra la guerra y también para buscar formas para evitarla [1]. Peor documentadas se encuentran las experiencias de las mujeres que, en plena Segunda Guerra Mundial, se vieron obligadas a enfrentarse al servicio militar directamente porque las estaban reclutando. Con el movimiento de liberación de las mujeres a principios de los años 70, aumentó sensiblemente la literatura sobre mujeres, militarismo y feminismo, mujer y guerra, victimización de las mujeres en las guerras, mujeres en el ejército. De 1970 a 1980 se analizaron las acciones de las mujeres contra el militarismo [2]: marchas, grupos como Mujeres por la Paz, campamentos de mujeres por la paz, de los que el de Greenham Common fue tan sólo un ejemplo, acciones noviolentas tan creativas como la Acción del Pentágono de las Mujeres y las de las mujeres Shibokusa de Kita Fuji... Hacia el final de la década de los 80, se iniciaron nuevos tipos de acciones: Cruzar las Fronteras, para abrazar a sus hermanas del otro lado. En diciembre de 1988, en Jerusalén, surgía Mujeres de Negro [3] por primera vez, adoptando la forma de concentraciones donde mujeres palestinas e israelíes, juntas, pedían el “fin a la ocupación”. Las feministas italianas recogieron la idea, y éstas a su vez inspiraron a mujeres de Belgrado a principios de la década de los 90, quienes en negro y en silencio, todos los miércoles, protestaron contra la guerra que les estalló, estableciendo además contacto con mujeres de cualquier procedencia geográfica o étnica en lo que había sido antes Yugoslavia. La idea se difundió por todo el mundo.

En la red de la IRG, vemos que las mujeres que se oponen al militarismo fuera de Europa Occidental y América (el continente) tienen un enfoque más holístico del antimilitarismo, que incluye el empoderamiento social, la resistencia a la pobreza, y a las diferentes formas de opresión y estructuras patriarcales [4]. *Cynthia Cockburn* [5], después de entrevistar a mujeres que se habían posicionado contra la guerra y el militarismo por todo el mundo, comenta que el patriarcado se percibe como un factor determinante en el militarismo, lo que explica que en ocasiones las mujeres prefieran organizarse en grupos sólo de mujeres. Lo hacen para poder encontrar el análisis de sus experiencias concretas como mujeres en la guerra y así desarrollar capacidades y destrezas particulares para sobrevivir a la guerra y para construir la paz.

Cuando nos disponíamos a recoger materiales para esta antología, sabíamos que queríamos explorar el tema de las objetoras de conciencia al servicio militar y al militarismo, pero no estábamos seguras de dónde empezaba y terminaba “la objeción de conciencia” respecto al total de trabajos de oposición al militarismo” y construcción de la paz en que participan las mujeres. En la Internacional de Resistentes a la Guerra se comprende desde hace mucho que la objeción de conciencia es algo más que la objeción al servicio militar obligatorio per se, pero sigue sin estar definido dónde termina la objeción de conciencia y dónde comienza el resto del trabajo por la paz. Pensamos que no existe una respuesta

definitiva a esta cuestión. No obstante, en el último capítulo de este libro aportaremos algunas ideas sobre lo que queremos decir cuando hablamos de objeción de conciencia en un sentido amplio y en un sentido más restringido.

Presentación de los textos

En su artículo, *Ferda Ülker*, de Turquía, señala el hecho de que, las más de las veces, la gente considera que la objeción de conciencia sólo tiene que ver con lo que hacen los hombres cuando se niegan a servir en el ejército, y esta idea se repite en varios análisis más incluidos aquí. Sin embargo, deseamos dejar radicalmente claro que nuestra comprensión de la objeción de conciencia va mucho más allá de la situación que dicta la ley en consonancia con el concepto de objeción que tienen las autoridades militares del mundo. La objeción de conciencia es algo que nos atañe a todas las personas, al margen de si podemos ser reclutadas o no, y al margen de si somos hombres o mujeres.

En Turquía, donde las mujeres no son reclutadas, la prioridad del movimiento de objeción de conciencia ha sido apoyar a los hombres que habían sido encarcelados por negarse a ser soldado. Sin embargo, como escribe *Ferda Ülker*, la razón por la que las mujeres no son reclutadas no es porque hayan ganado un derecho por el que han luchado. No tienen que hacer el servicio militar porque los líderes militares no las consideran merecedoras de cumplir con este “deber glorioso”. Las objetoras turcas, sin embargo (doce, en el momento en que escribimos esto), dan numerosas razones diferentes por las que consideran necesario declararse objetoras públicamente.

Las mujeres francesas que en 1991 se declararon objetoras públicamente utilizan argumentos parecidos a las mujeres turcas. Relacionan el ejército con el patriarcado y sus jerarquías, y se niegan a apoyar la militarización de la sociedad. Sólo ellas, de todas las aportaciones incluidas aquí, utilizan argumentos que van más allá de su propia situación social particular, conectando el militarismo con la violación y similares abusos que se dan en sociedades de todo el mundo en torno a las bases militares.

La mayoría de la gente es capaz de entender por qué los pacifistas que se enfrentan a la conscripción se hacen objetores de conciencia, incluso aunque no compartan sus razones. Sin embargo, las declaraciones de las objetoras no son recibidas de igual manera en Turquía, donde consideran que no tienen sentido y que son innecesarias, ya que las mujeres no tienen la obligación de hacer el servicio militar. Esta crítica genera, de hecho, varios debates en la sociedad, y lo hace de una manera distinta a cómo los generan las declaraciones de los objetores: como en el caso de ellas no se comprenden sus razones, es más fácil plantear el debate social de lo que es el militarismo.

El análisis de *Hilal Demir*, también de Turquía, sigue la misma línea que el de *Ferda Ülker*. Hilal explica cómo fue que unas mujeres que habían pertenecido a la

Asociación de Resistentes a la Guerra de Izmir, grupo mixto, decidieran crear un grupo independiente de feministas antimilitaristas. Uno de los objetivos de Hilal al redactar su declaración pública en 2005 era evitar que el patriarcado “se infiltrara en nuestro movimiento” dejando claro que luchar contra el militarismo es mucho más que luchar contra el servicio militar. Dentro del movimiento antimilitarista de Turquía, las mujeres que se han declarado objetoras han sido también objeto de críticas por parte de otras mujeres que sienten que el uso de la noción de objeción de conciencia entra en el juego del ejército, porque asume sus reglas. En opinión de *Hilal Demir*, adoptar la plataforma de la objeción de conciencia es útil, pues contribuye a llamar la atención sobre la situación de las mujeres dentro del movimiento antimilitarista de una forma completamente nueva. Además, las declaraciones de las objetoras han hecho posible que se piensen nuevos enfoques sobre el antimilitarismo de las mujeres.

Al otro lado del globo, en Paraguay y Colombia, encontramos numerosos paralelismos con el caso de Turquía. Las sociedades paraguaya y colombiana son sociedades militarizadas sin servicio militar obligatorio para las mujeres. Colombia sigue desgarrada por una guerra civil que dura ya 40 años. Sin embargo, en los dos países han surgido mujeres que han decidido declararse objetoras de conciencia: parten de la idea de que una sociedad militarizada no sólo afecta a los hombres, sino a todas y cada una de las personas. A menudo les preguntan por qué se declaran objetoras si no tienen que hacer el servicio militar. Contestan que objetan a la cultura militarista imperante, que repercute en todos los aspectos de la vida, a la cultura de machismo, profundamente arraigada en el militarismo, y al patriarcado, que se encuentra sostenido por las actuales estructuras del poder. Las objetoras en Paraguay han decidido trabajar en la misma organización que los hombres porque consideran que es importante discutir los temas de feminismo y antimilitarismo con ellos.

En una declaración conjunta en 2002, las mujeres paraguayas exponen que objetan por razones de conciencia al ejército, por ser éste un sistema de opresión económica, social y cultural. Encontramos la misma idea en la declaración que hizo *Milena Romero Sanabria*, de Colombia. Las mujeres de Paraguay argumentan además que la práctica reciente de permitir la incorporación de las mujeres al ejército se usa como justificación para incrementar el presupuesto militar. Varias de las declaraciones de Colombia subrayan el rechazo al patriarcado, y la importancia que tiene el declararse objetora u objetor como acto individual.

En su artículo sobre la objeción de conciencia en Colombia, *Andrea Ochoa* explica que decidieron declararse objetoras no sólo en solidaridad con los objetores, sino también para plantear cuestiones de paz y noviolencia a un público más amplio. Explica que han llevado el tema de la objeción de conciencia especialmente a las escuelas e institutos donde se utilizan pedagogías alternativas. En nombre de la igualdad, las guerrillas y los paramilitares reclutan

a las mujeres (las cuales se presentan voluntarias, o bien son secuestradas por ellos). He aquí una de las razones por las que para las colombianas es útil declararse objetoras. A esto hay que sumar que sus declaraciones han abierto el debate público sobre alternativas a la guerra, y que han servido para que las mujeres tengan una posición de mayor igualdad con los hombres dentro del movimiento de objeción de conciencia.

Mientras redactamos este texto, existen dos países en el mundo que reclutan a las mujeres, Israel y Eritrea. Ambos han participado en guerras recientemente, y ambos han incluido a las mujeres usando la idea de la igualdad de género. Sin embargo, existen muchas diferencias entre los dos.

En Eritrea, no está reconocida la objeción de conciencia, lo que obliga a objetores y objetoras a abandonar el país. Incluimos las historias de dos objetoras de Eritrea. *Ruta Yosef-Tudla* se opone a la guerra por principios, y consiguió salir del país antes de que la forzaran a ingresar en el ejército. *Bisrat Habte Micael* narra las terribles experiencias que vivió en el ejército, lo que incluyó la cuestión de la violación, sufrida tanto por ella misma como por las demás mujeres que allí estaban.

En Israel, quienes se declaran pacifistas pueden obtener una exención del servicio militar por sus creencias, y, aunque se les margina, las personas que objetan pueden expresar sus puntos de vista en debates públicos. *Idan Halili* y *Tali Lerner* nos ofrecen una introducción con los análisis que hacen las mujeres en Israel de la conscripción y del rechazo a la conscripción. *Idan Halili* describe su propia negativa desde el feminismo, y seguimos su rápida evolución de una muchacha que desea trabajar por la igualdad de derechos en el seno del Ejército, a una mujer que fundamenta su objeción de conciencia con argumentos feministas: *Idan Halili* fue la primera mujer en Israel que solicitó al así llamado Comité de Conciencia una exención del servicio militar por ser feminista. En aquel entonces, no se consideraba pacifista, pero se negaba a participar en cualquier ejército puesto que esto entraría en conflicto con su feminismo. Como explica, un ejército que no sea violento, agresivo ni jerárquico no sería un ejército.

Tanto *Idan Halili* como *Tali Lerner* señalan que esta concepción feminista está lejos de ser la habitual percepción del feminismo en Israel. Desde la perspectiva más común, feministas son las mujeres que se convierten en pilotas de combate.[*] Las dos responden a esto que la única razón por la que estas mujeres son aceptadas en dichos puestos es porque adoptan los modos masculinos.

* Nota: las mujeres dentro del ejército tienen vedadas las posiciones llamadas “de combate”, lo que plantea varias preguntas, en especial la cuestión de la violación en la guerra.

Tali Lerner nos ofrece una idea de hasta qué punto se encuentra militarizada la sociedad israelí, y lo entrelazado que está el servicio militar en la noción de ciudadanía. Numerosos grupos marginados, como el pueblo beduino y las personas homosexuales, utilizan el servicio militar como “pase de entrada” a la sociedad. Además, nos explica cómo últimamente se ha hecho más difícil que las mujeres puedan conseguir la exención del servicio militar, pues se les han empezado a aplicar los mismos duros criterios que se les han aplicado siempre a los hombres.

Desde Estados Unidos, *Stephanie Atkinson* y *Diedra Cobb* nos ofrecen sus historias de cómo las reclutaron y cómo fue que acabaron negándose a seguir. Las dos se dieron cuenta de que algo no iba bien al poco de ingresar en el Ejército, pero salir de allí es mucho más difícil que entrar. Aunque *Stephanie Atkinson* deja muy claro que no se considera objetora de conciencia, desertó por razones de conciencia.

Presentamos además tres breves declaraciones de otras tres mujeres estadounidenses, *Tina Garnanez*, *Anita Cole* y *Catherine Jashinski*. *Tina Garnanez* describe cómo funciona la captación de reclutas por el personal militar en los centros educativos de secundaria. Su objetivo primordial es convencer a las y los adolescentes de familias pobres de que el Ejército es su única salida. También son agresivos en sus técnicas de reclutamiento con otras “minorías”: población obrera o agraria, algunas religiones, y sectores muy conservadores. *Stephanie Atkinson* nos cuenta que habla en nombre de jóvenes que no encuentran su rumbo en la vida, con pocos medios económicos, con problemas emocionales y de familias desestructuradas. Estas cinco trayectorias hacia la objeción de conciencia son personales, no se inscriben en lo que es una lucha social. En contraste, *Anita Cole* ingresó en el ejército porque quería servir a su país y no por razones económicas. Su posterior rechazo fue desarrollándose a lo largo del tiempo, y el punto de inflexión se produjo cuando en unas prácticas de tiro un oficial le gritó, “Venga, estás aquí para matar”.

En Gran Bretaña, durante la Segunda Guerra Mundial hubo objetoras de conciencia a la conscripción; ésta es la historia que cuenta *Mitzi Bales*. Algunas de las mujeres eran “absolutistas” (lo que también llamamos insumisas) pues se negaban a aceptar también el servicio civil. *Kathleen Lonsdale*, cuáquera, era una científica muy conocida, que estaba exenta de enlistarse porque era madre de dos hijas y de un hijo menores de 14 años. Sin embargo, decidió hacerlo para luego negarse a hacer el servicio militar.

Es posible que existan tantas razones para negarse a hacer el servicio militar como mujeres que así lo hayan hecho, pero de los documentos de que disponemos hoy no podemos extraer la impresión de que en esta época se produjeran casos por las razones feministas que encontramos mucho después en Israel. *Nora Page* argumentó que en la guerra no quería hacer nada que no

podrían pedirle que hiciera en tiempos de paz. *Joan Williams* eligió otro camino al de las absolutistas: se negó a registrarse, aunque era obligatorio. A algunas las multaron o encarcelaron en repetidas ocasiones, táctica que se sigue usando mucho hoy en día también, por ejemplo, en Turquía (con los hombres) y en Israel.

En Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial, las mujeres también se negaron a participar en la guerra, y apoyaron a los objetores de conciencia. *Erna Harris* narra las diferentes tareas que hacía en apoyo a los hombres que estaban en los campos adonde enviaban a los objetores. Mientras que las mujeres británicas se enfrentaban a la exigencia de alistarse o de trabajar para la guerra, las mujeres de Estados Unidos tenían menos presión directa. No obstante, negarse a apoyar la guerra era arriesgarse a perder el trabajo. Esto fue lo que le pasó a *Jean Zwickel* cuando se negó a enlistar a sus estudiantes.

Utilizando un caso de Suecia, introducimos también el tema de negarse a realizar un servicio de defensa civil obligatorio, aunque las tareas no impliquen llevar armas ni participar en entrenamientos de combate. *Majken Jul Sørensen* nos cuenta la historia de *Barbro Alving*, encarcelada en 1956 durante un mes por negarse a participar en un entrenamiento en defensa civil obligatorio. Reaccionaba contra la locura generada ante el miedo a una posible guerra nuclear y contra el lenguaje engañoso (doublepeak) de las autoridades en este tema, y fundamentó sus argumentos en razonamientos feministas y de pacifista radical, comprensiones que había desarrollado en su juventud cuando en 1935 participó en una gran campaña que se organizó contra los entrenamientos en defensa civil que se hacen en este país. El tema de la objeción a realizar entrenamientos en defensa civil requeriría más atención hoy en día.

Encontramos una forma de resistencia parecida en la Alemania de finales de los años 70. Durante más de una década, a las mujeres se les había ofrecido “la oportunidad” de ser formadas como enfermeras. El aliciente era que esto les ayudaría después a conseguir empleos en hospitales. A lo largo de los años, sin embargo, se fue haciendo evidente que aquella formación era en realidad para preparar la guerra, por lo que estaba vinculada al militarismo. Las mujeres que habían participado en aquellas sesiones organizaron el envío de cartas protesta, donde denunciaban esta conexión. En ellas, declaraban además su negativa a servir en caso de que se produjera una guerra.

En la declaración “Insumisas al servicio militar” de 1980 (incluida aquí), las mujeres firmantes exponen que las feministas deben oponerse no sólo a la conscripción sino también al servicio alternativo. Resuena la voz de las absolutistas británicas de la Segunda Guerra Mundial y de *Barbro Alving* de Suecia cuando declaran: “Aceptar el servicio alternativo (...) no transforma ni puede transformar la sociedad autoritaria, jerárquica y opresora representada y sostenida por el militarismo”. Es el mismo argumento que han dado 25 años más tarde las objetoras turcas. La línea argumental de este tipo de declaración de

objeción de conciencia es feminista. Ilustra con claridad lo amplia que es la definición de la objeción de conciencia, algo que pretendemos plantear en este libro. Las mujeres condenan claramente el militarismo desde una perspectiva feminista de rechazo al patriarcado, de rechazo a ser parte de un sistema que se asienta en la opresión de las mujeres.

Con el fin de explorar todos los aspectos de la objeción de conciencia de las mujeres, hemos incluido también un ejemplo del uso más restringido del término. En 1985, en Bélgica, las mujeres exigieron que toda persona que compartiera la idea de la objeción de conciencia debiera también tener derecho a estatus de objetora. Argumentaban que los objetores de conciencia tenían derecho a no aceptar trabajar para la industria de la defensa, y que este derecho se les negaba a las mujeres. Aquí estamos frente al viejo argumento de la igualdad de derechos, caso radicalmente distinto al de casi todas las historias que hemos incluido en nuestra antología. Las mujeres belgas eran conscientes de que al pedir el derecho a ser objetoras apoyaban indirectamente el sistema de conscripción y el servicio alternativo. Sin embargo, aun hoy existe la idea de que es fundamental que las mujeres tengan los mismos derechos que los hombres.

Esperamos que esta antología pueda ser una lectura interesante para hombres y mujeres. Sus contenidos ilustran cómo el militarismo afecta a los dos sexos. Asimismo, esperamos que aliente a todos y todas al activismo; que anime a más mujeres a declararse objetoras, y que anime a los hombres a apoyarlas. Estamos convencidas de que el movimiento pacifista (incluido el antimilitarismo) hallará informativos y generadores de ideas y debates los análisis que presentamos, pues ilustran cómo la objeción de conciencia sirve para cuestionar el militarismo. Por último, deseamos que también le sean útiles a las feministas que no han considerado el pacifismo, dado que existe una conexión íntima entre feminismo y antimilitarismo.

Notas

- [1] Bussey & Tims: *Pioneers for Peace. Women's International League for Peace and Freedom 1915–1965* (Pioneras de la Paz. La Liga Internacional de las Mujeres por la Paz y la Libertad). WILPF 1980. Anne Wiltsher: *Most Dangerous Women. Feminist Peace campaigners of the great war* (Mujeres muy peligrosas. Activistas pacifistas feministas de la Gran Guerra). Pandora 1985. Jill Liddington: *The long road to Greenham. Feminism and anti-militarism in Britain since 1820* (El largo camino a Greenham. Feminismo y antimilitarismo en Gran Bretaña desde 1820). Virago Press 1989.
- [2] Lynne Jones (ed): *Keeping the Peace. A Women's Peace Handbook* (Guardando la paz. Manual pacifista de las mujeres). The Women's Press 1983. Cook & Kirk: *Greenham Women Everywhere. Dreams, Ideas and Actions from the Women's Peace Movement* (Mujeres de Greenham en todos los lugares. Sueños, ideas y acciones del movimiento pacifista de las mujeres). Pluto Press 1983. Pam McAllister (ed): *Reweaving the Web of Life. Feminism and Nonviolence*. New Society Publishers 1982.
- [3] *Living reconciliation – Making Peace. Women's strategies against oppression, war and armament* (Reconciliación viva: cómo hacer la paz. Las estrategias de las mujeres frente a la opresión, la guerra y el armamento). International Women's Congress in Nürnberg

1992. Women for Peace 1997 (Mujeres por la Paz 1997). Mujeres de Negro de Belgrado 1997. Cynthia Cockburn: From Where We Stand: War, Women's Activism and Feminist Analysis (Desde donde nos ubicamos: la guerra, las activistas y el análisis feminista). Zed Books 2007.
- [4] Raj & Roy Choudhury (ed): Contemporary Social Movements in India: Achievements and Hurdles (Movimientos sociales contemporáneos en India: logros y obstáculos). Indian Social Institute 1998.
- [5] Cynthia Cockburn: From Where We Stand: War, Women's Activism and Feminist Analysis. Zed Books 2007.



Copyright – © Marie Marcks, Heidelberg, Alemania

Marie Marcks donó este dibujo al Grupo de Trabajo de las Mujeres de la IRG con motivo de su IV Conferencia Internacional de Mujeres, “*Superando la violencia: las mujeres redefiniendo el desarrollo y transformando la sociedad a través de la noviolencia*”, celebrada en Bangkok, Tailandia, en noviembre de 1992

Dijeron “No” a la guerra:

las objetoras de conciencia británicas en la Segunda Guerra Mundial

Por Mitzi Bales, activista pacifista de la Internacional de Resistentes a la Guerra

Cuando el 15 de enero de 1943 Nora Page era conducida a la cárcel en la Black Maria (sobrenombre del furgón policial en Inglaterra), se iba diciendo a sí misma: “*Tengo que llegar hasta el final*”. Nora Page no era la primera objetora de conciencia británica, ni tampoco la primera en ir a la cárcel por ello, pero su historia sí nos ha llegado, en la forma de una extensa entrevista grabada en 1980 en el Imperial War Museum (museo de las guerras imperiales). En ella, Nora expresa sus creencias poderosa y claramente: al fin y al cabo, desde 1937 había sido activista en la *Peace Pledge Union* (PPU, organización pacifista inglesa) y había trabajado como voluntaria asesorando a quienes hicieron objeción de conciencia entre 1941 y 1945.

La historia de *Nora Page* ilustra cómo afectó la cuestión de la conscripción a las mujeres que dijeron “no” a la guerra como resultado de sus creencias o ideas durante la Segunda Guerra Mundial. Asimismo, nos permite conocer qué opinión tenía la sociedad de la objeción de conciencia.

El movimiento por la paz se desarrolló durante los años de creciente desasosiego con la dictadura y los avances militares de Hitler. Nora se había topado con un vendedor de *Peace News* (PN) en la calle. Era el periódico de la PPU, una organización pacifista. Leyó sobre la misma y al poco tiempo, se unió a ella y empezó a vender el periódico también. El movimiento contra la conscripción surgió en 1939 en el seno del movimiento por la paz. Nora se enteró por el *Peace News* que había una reunión sobre ese tema y decidió asistir. Le impresionó que el fundador del movimiento no fuera pacifista y que estuviera contra la conscripción. Cuando empezaron a reclutar a la gente, participó en los piquetes informativos que se montaron en los puestos de Intercambio de Empleo, que era donde debían registrarse las personas en situación de poder ser reclutadas. Los piquetes le planteaban la posibilidad a estas personas de que se declarasen objetoras de conciencia.

Nora explica que hasta que de hecho empezó la guerra, el público en general tenía una actitud indulgente hacia el pacifismo, del estilo “*me es indiferente*”. Cuando se juntaban varias personas en la calle para informarse o charlar con quienes vendían el *Peace News* o repartían literatura pacifista, la policía les obligaba a transitar. Sin embargo, Nora y sus compañeros conseguían siempre estar en buena relación con el público y la policía en el área de Londres. Tenía

bastante desarrollada la técnica de desarmar a quienes se acercaban para criticarles respondiéndoles con alguna información que les era desconocida.

Con la extensión restringida de la conscripción militar a las mujeres en 1941, y con la ampliación de la obligación para hombres y mujeres de trabajar en fábricas y como guardafuegos, la historia de Nora pasó a ser la historia de una objetora de conciencia. Se produjo el problema concreto de que podías declararte objetora de conciencia al servicio militar, pero no a la obligatoriedad de trabajar en fábricas (trabajos industriales) o como guardafuegos.

El camino de Nora a la cárcel es un ejemplo de lo que era ser objetora de conciencia en la Segunda Guerra Mundial. Primero la “orientaron” (Orientación Laboral, lo llamaba la ley) a un trabajo en una frutería. Como “absolutista” -así se llamó a las personas que tampoco aceptan realizar el servicio sustitutorio al servicio militar-, se negó a hacerlo. No le quitó importancia al trabajo, según explica en su entrevista: *“Yo partía de que no iba a aceptar ningún trabajo que no me hubieran dado en tiempos de paz”*. Al parecer, y esto no era lo habitual, las autoridades no reaccionaron en ningún sentido: el ministerio de Trabajo y el Servicio Nacional tenían que perseguir a tanta gente para que *“arrimara el hombro en el esfuerzo de la guerra”* que había quienes se libraban.

Sin embargo, sabemos por ella misma que la pillaron después, con otras normativas: *“Me habían asignado labores de guardafuegos en la patrulla de mi calle e hice mi turno la noche que me tocó. Después nos indicaron que debíamos registrarnos como guardafuegos... Escribí a las autoridades para comunicarles que no lo había hecho porque no estaba de acuerdo con la conscripción”*.

Su juicio fue en Tottenham, norte de Londres, y la condenaron a 14 días en Holloway, la cárcel de mujeres. Cuando la bajaron al calabozo, le llevó a las presas pudieron comida elaborada por las mujeres que habían ido a apoyarla a sus juicios. Explica que las oficialas de prisiones fueron amables y que incluso salieron a despedirlas cuando se las llevaron después en la Black Maria. En esto, la experiencia de Nora fue muy distinta a la de muchas otras objetoras de conciencia, que fueron humilladas y maltratadas verbalmente durante los juicios así como después.

Objetoras al trabajo en fábricas y como guardafuegos

Nora cumplió sus 14 días de cárcel al mismo tiempo que Kathleen Lonsdale, la eminente científica cuáquera, que había sido condenada a un mes por negarse a registrarse como guardafuegos. No llegaron a conocerse pero Nora menciona que fue *“agradable saber que alguien importante”* estaba en la cárcel al mismo tiempo que ella.

Kathleen Lonsdale era cristalógrafa, y había desarrollado varias técnicas para los rayos X. Este trabajo junto con otras aportaciones a la química y la física le proporcionarían más tarde un lugar en la Royal Society. Estaba casada y era madre de dos hijas y un hijo menores de 14 años, por lo que estaba exenta de registrarse; sin embargo, había decidido hacerlo para poder negarse por razones de conciencia. Fue la primera cuáquera encarcelada como objetora. Declaró que no tenía nada en contra de actuar como guardafuegos, pero que pensaba que el tema de la guerra en sí mismo y el recorte de las libertades civiles inherentes a las obligaciones que ésta imponía eran lo que entonces prevalecía.

Mientras Kathleen estuvo en Holloway organizó la reunión cuáquera semanal, protestó por la mejora de las condiciones carcelarias y ayudó a mantener la moral alta entre las presas de su galería. Cuando quedó en libertad escribió sus memorias de su paso por la cárcel, una de las pocas obras de esta naturaleza publicada en aquel periodo. Las publicó el *Prison Medical Reform Council* (consejo para la reforma médica en las cárceles), y es una valiosa fuente de datos sobre las penurias que soportaban las presas, aunque el énfasis se centra en la cuestiones de sanitarias.

Connie Bolam, doncella de *Kitty Alexander*, fue la primera objetora de conciencia. La encarcelaron en enero de 1942. Procedía de una familia de objetoras y objetores de conciencia de Newcastle, al norte de Inglaterra. Las autoridades “orientaron” a Connie a trabajos en el campo, en comedores u hospitales, pero ella, absolutista convencida, se negó a realizarlos, por lo que fue condenada a un mes de prisión por un tribunal de Newcastle. Lo cumplió en la cárcel de Durham. En junio de aquel mismo año se presentó ante el tribunal de Durham y Northumberland como objetora de conciencia a la conscripción militar. El presidente del tribunal, que le era hostil, declaró: “*Este tribunal tiene un sentido común del que usted carece. Deje de decir tantas tonterías*”. Le otorgaron la exención bajo la condición de que realizara trabajos en granjas, hospitales o comedores. Ella lo recurrió sin éxito, aceptando finalmente la exención condicional, al parecer. Es posible que para entonces tuviera otras cosas en la cabeza: había recibido numerosas cartas de apoyo gracias a la publicidad que suscitó su caso, y se había casado con uno de los hombres que la apoyaba.

Kitty Alexander, por su parte, se había negado a registrarse, y la condenaron a un mes de cárcel. Además, la despidieron de su empleo remunerado en una oficina de seguros.

Ivy Watson también pasó por una experiencia agotadora. Habiéndose negado a registrarse, su juicio fue en Startford (este de Londres) tres días antes de la Navidad de 1943. La condenaron a pagar una multa de £25 o bien a tres meses de cárcel. Eligió la cárcel, pero al cabo de cuatro semanas su salud había quedado tan mermada que le pidió a su familia que pagara la multa para salir de allí.

Su narración, publicada en el boletín del CBCO (comité central para la objeción de conciencia), se suma a lo que cuenta *Kathleen Lonsdale* en sus memorias. Cuenta que a las presas le daban una vez al mes un pequeño trozo de jabón y unas medias; que no tenían pañuelo, abrigo o papel higiénico. Como las demás, usaba una manta sucia como abrigo, y el único papel que podían utilizar para limpiarse procedía de una biblia. Soportó la tortura psicológica hasta lo que sería el último golpe, que no pudo asimilar, cuando pidió que la visitara un párroco de la Iglesia No Conformista, y al llegar éste a la prisión, las autoridades le dijeron que ella ya no quería verle, por lo que se marchó, desconcertado.

Joan Williams (de soltera, Locke) era auxiliar de bibliotecas en la Biblioteca Pública de Shoreditch. Dejó una crónica titulada *Experiencias de una objetora 1939-43*. Le había llegado la llamada a que se registrara en agosto de 1941, como al resto de mujeres de 26 años. Se negó a hacerlo con una carta al ministro de Trabajo. Tuvo noticia de que su carta había llegado a su destino, pero no volvió a saber nada del caso hasta junio de 1942, cuando volvieron a comunicarle que debía registrarse. Volvió a negarse. Misiva va, misiva viene hasta marzo de 1943, cuando la convocaron a juicio en Clerkenwell, acusada de negarse a recibir la Orientación Laboral. Como persistía en su postura, se la retuvo bajo custodia dos semanas más para que se lo pensara. Se mantuvo firme. El nuevo juicio que se celebró ilustra bien cómo se defendían las objetoras de conciencia ante el tribunal:

Joan W: Reconozco que el país ha sido muy generoso en su trato a las objetoras y objetores de conciencia, pero se echa en falta la cláusula de conciencia en la Ley de Conscripción Industrial, y yo objeto al principio de esa ley.

Magistrado: ¿Objeta usted a la ley?

Joan W: Porque implica la organización del país para el propósito de la guerra, y yo no puedo participar en la guerra.

Magistrado: ¿Se niega usted a aceptar la Orientación Laboral? Si es así, tendrá que ir a la cárcel.

Joan W: Prefiero ir a la cárcel.

La condenaron a dos meses de cárcel, condena que fue conmutada por seis semanas más tarde. Narró su paso por Holloway: nos cuenta que entre las objetoras que conoció al llegar allí había tres o cuatro testigas de Jehová, una metodista, una persona sin denominación religiosa, y una cuáquera. Podían reunirse y hablar un poco durante los periodos de ejercicio físico y recibían la visita de personas cuáqueras. Joan trabajaba en la biblioteca, limpiando el suelo, ocupándose del traslado de libros y pasando a máquina el catálogo de

publicaciones. Después de su puesta en libertad, recibió tres notificaciones más para ser entrevistada, pero no ocurrió nada más.

Como *Joan Williams*, otras mujeres se negaban a recibir la Orientación Laboral. Se las multaba o se las enviaba a la cárcel, en ocasiones reiteradas veces. Las estadísticas publicadas en 1948 ofrecen los siguientes datos:

M. M. Day: 1942: £8 de multa o 2 meses de cárcel. Multa pagada. Reincidente, 28 días y 3 meses concurrente.

Margaret Prendergast, Liverpool: 1941, £3 de multa, impagada. 1942, juicio, 1943, 1 mes de cárcel.

Betty Brown, Scunthorpe, Lincs: 1942, £5 de multa o 28 días de cárcel, cumplida. 1944, £10 de multa o 1 mes, cumplida.

J Fermer: 1944, £5 de multa, pago anónimo. Reincidente, £10 de multa o un mes.

Aunque estas cifras frías no revelan el lado humano de las historias de estas mujeres, la razón de las repetidas multas o amenazas de cárcel es que cada negativa de cumplimiento era, por ley, una nueva ofensa. El verdadero crimen fue el fracaso del Estado para reconocer la objeción de conciencia a la conscripción industrial.

Objetoras al servicio militar

Gran Bretaña fue el primer país de los Aliados que reclutó a las mujeres para la Segunda Guerra Mundial y por lo tanto, fue el primer país en tener objetoras de conciencia. El 18 de diciembre de 1941, el Parlamento aprobó una ley por la que las mujeres solteras de 19 a 31 años serían llamadas a servir en el Servicio Naval Real Femenino, el Servicio Auxiliar Territorial, la Defensa Civil o la Fuerza Aérea Auxiliar Femenina. A ninguna se le requeriría usar un arma letal. Las reglas de objeción de conciencia para los hombres se trasladaron en términos idénticos a las mujeres.

La causa de las mujeres fue también adoptada por el CBCO (comité presidido por *Fenner Brockway*, objetor encarcelado en la Primera Guerra Mundial, ex presidente del británico *No More War Movement*, o movimiento No Más Guerra, y de la IRG, aunque ya en la Segunda Guerra Mundial había renunciado al pacifismo). El CBCO había sido fundado en 1939 por un grupo de organizaciones pacifistas para ayudar a las personas que objetaban. Se trabajaba por las objetoras y los objetores de muchas formas, como por ejemplo, ofreciendo asesoramiento sobre el procedimiento de registro, los juicios y demás procedimientos legales, y presionando a favor de las personas objetoras en el Parlamento y ante el gobierno.

Aunque la ley de 1941 permitía que se llamara a filas a las mujeres entre 19 y 31 años de edad, sólo se llamó a mujeres de hasta 24 años. Primero se las convocaba a una entrevista, y quienes ya trabajaban en la enseñanza, enfermería o en el campo, o las mujeres que se ofrecían a hacer esos trabajos, quedaban libres y no tenían que registrarse formalmente como objetoras, aunque podían hacerlo si lo deseaban. Se podía llamar a filas a otras mujeres, a no ser que consiguieran algún tipo de exención, incluida la de objeción de conciencia.

Las mujeres que se registraban como objetoras de conciencia lo hacían en principio en el Intercambio de Empleo, y después presentaban su declaración en un tribunal de su zona, donde se celebraba una vista y se resolvía su caso. Los tribunales de zona se formaban con un presidente legalmente habilitado y cuatro personas más, nombradas por el ministro de Trabajo, de las cuales al menos tenía que ser de sindicatos y una, mujer. Si la solicitante era mujer, el tribunal podría adoptar una de las siguientes tres decisiones: registrar a la mujer como objetora de conciencia en modo incondicional, registrarla como objetora bajo condiciones específicas (por ejemplo, en la enseñanza, enfermería, en el campo o en la defensa civil), o sacarla del registro de objetoras de conciencia, esto es, rechazar su solicitud.

Si la objetora no estaba de acuerdo con la decisión del tribunal, podía llevar su caso al Tribunal de Apelaciones. De 1.000 mujeres que se presentaron a los tribunales de zona, aproximadamente la mitad apelaba. Es interesante saber que la proporción de mujeres que lo hacía era mayor que la de hombres en su misma situación: se trataba aquí de apelaciones de las absolutistas, quienes deseaban dar el paso formal porque, debido a aquella entrevista informal inicial descrita antes, muchas mujeres en una posición equivalente a la de los hombres, que habían aceptado la exención condicional, no constaban en las estadísticas de la objeción de conciencia.

Algunos tribunales de zona no simpatizaban con las objetoras. En la vista de *Hazel Kerr*, por ejemplo, un miembro del tribunal le espetó que si llevara su argumento a una conclusión lógica, debería negarse a comer y aceptar morir de hambre. “*Quizá eso sea lo más útil que pueda usted hacer.*” Veinte personas del público que asistían a la vista en apoyo de la objetora abandonaron la sala en señal de protesta. En la misma vista se le hizo este mismo comentario a *Connie Bolam*.

Otros momentos señalables

La primera objetora de conciencia fue formalmente reconocida como tal el 2 de abril de 1942. Fue *Joyce Allen*, de 21 años, y estaba en el PPU de East Horndon. Quedó exenta a condición de que continuara en la enseñanza, y lo aceptó, a pesar de que hacia el final de la guerra la transfirieran al Servicio de Socorro Cuáquero de Liverpool. Más adelante en su vida, participaría en el

movimiento radical antiguerra nuclear, y sería entrevistada como antigua objetora de conciencia por The Guardian en 2005.

En las dos semanas que siguieron al caso de Joyce, *M. E. Wells*, de Scarborough y *Alma Gillinder* de Swalwell-on-Tyne pasaron al registro condicional por sus labores de enfermería o en hospitales.

El 16 de abril, tres mujeres más se registraban condicional. Dos eran testigas de Jehová, aceptaron trabajar en hospitales, y la tercera aceptó trabajar a tiempo completo en la panadería de su padre o en el campo.

Marjorie Whittles, de Liverpool, fue la primera objetora de conciencia incondicional, declarada así el 20 de abril de 1942. Se unió a la Unidad de Ambulancias Cuáquera, y después se la transfirió al Servicio de Socorro Cuáquero. Más adelante, se casaría con otro objetor de conciencia, *Michael Asquith*, nieto de *Herbert Asquith*, el primer ministro que, en 1916, introdujo por primera vez en Gran Bretaña la conscripción (con reconocimiento de la objeción de conciencia).

El 21 de marzo de 1944, *Rita Matthews*, de 27 años de edad y de la isla de Wight, testiga de Jehová, fue condenada a 12 meses de cárcel por no cumplir con las condiciones de su exención (enfermería o restantes trabajos hospitalarios). La condena quedó reducida a seis meses tras su apelación a un tribunal penal inferior, y el ministerio de Trabajo se hizo cargo de las costas de la apelación.

Historias nunca contadas

Han pasado 69 años desde que Gran Bretaña aprobó la conscripción para mujeres en 1941. Es mucho tiempo y esto dificulta las investigaciones sobre el tema. Las objetoras de conciencia más jóvenes que pudieran estar vivas ahora tendrían más de ochenta años y es muy difícil localizarlas. Pasaron 37 años desde lo que vivió *Nora Page* cuando se declaró objetora hasta la entrevista que le hicieron en el Imperial War Museum, que preservó sus palabras para generaciones futuras. Por suerte, grabaron a once objetoras más, incluida *Marjorie Whittles*, pero lo evidente es que existen cientos de historias no contadas.

Las cifras son un tema complicado. El número total que se da de mujeres que pasaron por los tribunales es de 1.056 (incluidas 59 enjuiciadas por negarse a cumplir con las condiciones), pero esto no incluye a las mujeres que aceptaron una asignación informal a trabajos no militares, quienes, con toda probabilidad, si las circunstancias hubieran sido diferentes, habrían solicitado el reconocimiento como objetoras de conciencia. Las cifras de la conscripción industrial y de las labores obligatorias de guardafuegos son más complejas aún, pero sabemos que hubo 430 casos de mujeres perseguidas por crímenes de objeción de conciencia a estas tareas. Si estas cifras parecen insignificantes

comparadas con los 60.000 objetores de conciencia que hubo durante la Segunda Guerra Mundial, es porque la proporción de mujeres que podía ser reclutada era mucho menor, y además porque aquello duró un periodo de tiempo mucho menor.

Si valoramos el papel de las objetoras en el movimiento de objeción de conciencia británico habría que incluir su trabajo fuera de lo que fue objetar propiamente dicho. *Nancy Browne*, primera secretaria del CBCO, era un contacto que agradecían todos y todas las objetoras que buscaban la ayuda del comité. *Myrtle Solomon*, su última secretaria (función que desempeñó al tiempo que llevaba la Secretaría General de la PPU y después la presidencia de la IRG), fue un contacto fundamental para los objetores de conciencia que estaban enfrentándose a problemas en muchas partes del mundo. Tampoco deberíamos olvidar a las primeras activistas, las de la Primera Guerra Mundial: *Catherine Marshall*, *Joan Beauchamp* y *Margaret Hobhouse*.

Respecto al presente y el futuro, deberíamos recordar que el actual derecho a solicitar la baja de las fuerzas armadas británicas por objeción de conciencia es aplicable tanto a mujeres como a hombres, aunque aún no conocemos ningún caso de mujeres que lo hayan ejercido.

Hubo objetoras de conciencia desconocidas que llevaron pancartas pacifistas junto a esas mujeres cuyos nombres e historias conocemos hoy. Podríamos, al menos, llevarlas en nuestro pensamiento, por la fortaleza y la su firmeza que mostraron a la hora de defender sus ideas críticas con la guerra.

Fuentes:

- Barker, Rachel: *Conscience, Government and War* (Conciencia, gobierno y guerra). Routledge & Kegan Paul, 1982
- Benjamin, Alison: "Voices of Reason" (Las voces de la razón). Guardian, 3 agosto 2005
- Central Board for Conscientious Objectors (CBCO; comité central para la objeción de conciencia): *archivos*, Friends' House Library (Biblioteca cuáquera)
- Hayes, Denis: *Challenge of Conscience* (Problema de conciencia), publicado para CBCO por George Allen & Unwin 1949
- Imperial War Museum (museo de las guerras imperiales): *archivo sonoro*, objetores/as de conciencia
- Lonsdale, Kathleen: *Prison for Women* (Cárcel de mujeres), Prison Medical Reform Council, 1943
- Peace Pledge Union: *base de datos de OC británicos*, con la inclusión de 150 objetoras
- Williams, Joan: *Experiences of a Woman CO 1939-43* (experiencias de una objetora), manuscrito no publicado, Friends' House Library (Biblioteca cuáquera)

Objetoras de conciencia estadounidenses en la Segunda Guerra Mundial

Woodrow Wilson introdujo la Ley de Conscripción [1] en Estados Unidos, que afectaba a todos los hombres de 21 a 30 años de edad. Popularmente, se la conoció como el servicio militar o la leva. Suscitó una resistencia impresionante en los colectivos obreros, pacifistas y progresistas. Miles de personas fueron encarceladas y algunas torturadas. La fiebre patriótica y la represión a grupos que se oponían a la guerra creó una fisura importante en la sociedad estadounidense.

Cuando *Franklin Roosevelt* reintrodujo esta ley en 1940, afectaba ya a hombres de 18 a 45 años. Se contemplaba el derecho a la objeción de conciencia para creyentes, pero los objetores tenían que ayudar en la guerra en posiciones no combatientes. A algunos los llevaban a los campos de objeción de conciencia [2] que se montaron por todo el país, para trabajar en psiquiátricos, de guardabosques o en otros servicios que el gobierno considerara relevantes. Muchos de estos hombres, pacifistas u objetores por motivos religiosos o no religiosos, empezaron a considerar aquellos campos como campos de concentración. Se dieron cuenta de que no querían ofrecer su ayuda en tiempos de guerra, sino justamente, ponerle fin a la guerra. Así fue como comenzó su lucha: empezaron a fugarse, y a pasar a estar bajo una orden de búsqueda y captura. A algunos los localizaban, iban a juicio y después a la cárcel. La mayoría de las condenas eran duras y los resistentes tuvieron que soportar aislamiento e intimidaciones tanto a manos del personal de prisiones como de los otros presos.

Las mujeres en esta época, como en el pasado y en el presente, no tenían que hacer el servicio militar ni el civil. Podían ayudar en la guerra como voluntarias no combatientes. Muchas entraron en el ejército así. Algunas trabajaban en fábricas y en empleos relacionados con la guerra, porque todo era parte del gran esfuerzo de ayudar en la guerra. Aunque la ley no obligaba a las mujeres a “servir”, la presión social para mostrar apoyo a los soldados y no cuestionar la guerra era impresionante. Antes de la guerra, existía un movimiento por la paz inmenso, con pacifistas, aislacionistas, comunistas y socialistas, tanto hombres como mujeres.

Cuando estalló la guerra, la mayoría de los hombres en edad de servicio fueron reclutados o enviados a los campos de objeción de conciencia, o a la cárcel por resistirse a esto. Las mujeres quedaron al frente de las organizaciones pacifistas de todo el país. Apoyaban a los hombres que estaban en los campos de objeción y a los que iban a la cárcel. Dirigían organizaciones pacifistas como la *Liga de Resistentes a la Guerra* (WRL) y el *Movimiento de Reconciliación* (FOR). Le buscaban un lugar donde dormir a los objetores de conciencia cuando se fugaban de los campos, lo que equivalía a desobedecer la ley porque estaban

protegiendo a criminales. Muchas organizaban y asistían a manifestaciones y reuniones anteguerra; otras iban a los juicios de los objetores fugados y luego a visitarles a la cárcel cuando les hallaban culpables. Las mujeres eran objetoras de pensamiento y de hecho.

Jean Zwickel

Se mudó al Ashram de Harlem, en Nueva York, cuando la despidieron por negarse a reclutar estudiantes durante la Segunda Guerra Mundial. Casada con el objetor judío *Abe Zwickel*, estuvieron activos en el movimiento por la paz hasta la década de los ochenta. Ésta es su historia:

Estaba terminando mi segundo curso cuando estalló la guerra. A las profesoras, nos pidieron que ayudáramos con el enlistamiento. Hablé con el superintendente y le dije que yo no quería participar o cooperar con la guerra. Yo no incitaba a los estudiantes a oponerse a la guerra, pero no quería desempeñar ningún papel de apoyo a algo así. Me dijo que no pasaba nada. Volvieron a llamarnos por segunda vez para ayudar con el registro. Era algo más urgente y algo más obligatorio. Se esperaba que las profesoras arrimaran el hombro. Consentí en lo de ayudar con el racionamiento de la gasolina pero no podía con la idea del reclutamiento. Y cuando llegó el momento de renovar nuestros contratos, me quedé fuera. La excusa que me dieron fue que iba a bajar el número de estudiantes en Alemán y Francés, por lo que ya no había trabajo para mí. Pero estoy segura de que la causa principal fue mi oposición a la guerra.

Erna Harris

Erna Harris era una periodista negra que se unió a los movimientos pacifista y de derechos civiles en Los Ángeles, California, durante la Segunda Guerra Mundial.

Yo formaba era de la Liga de Resistentes a la Guerra y del Movimiento de Reconciliación. Era miembra, estaba allí. No lo formalizamos como los grupos de apoyo, pero estaba allí, arriesgándome a ir a la cárcel... incitando a que desobedeciera la Ley de Conscripción y también después, cuando metían a los chicos en los campos de objeción y cuando algunos saltaban la colina [3]. Muchos pasaban varias noches en el suelo de mi salón, en el apartamento que había alquilado con Ella, una amiga mía alemana. Teníamos un apartamento pequeñito y yo me iba a su cuarto para que el objetor pudiera dormir en el suelo de mi cuarto. Ellos no tenían dinero y nosotras escondíamos a criminales.

Lo que hacíamos sobre todo era intentar cuidar a los chicos que iban a los campos de objeción: asegurarnos de que no se sintieran abandonados, un sentimiento que surgía enseguida; y también cuidábamos a los que no eran clasificados o a los que decidían no registrarse [4]. Por aquello iban a juicio o a la cárcel. Asistí a un montón de juicios, e intenté darme a conocer a las autoridades como persona que estaba metida en esto, porque no encontraba razón alguna para que aquellos chicos sufrieran más que las mujeres. Las mujeres buscábamos el dinero para las fianzas, llevábamos los contactos, corríamos de aquí para allá para averiguar si se podría pagar fianza para sacar a los chicos, pensábamos las defensas de los casos, cosas así... Nos asegurábamos de que los abogados hacían su trabajo. Las que sabían escribir a máquina, escribían para los chicos. Yo visitaba los campos, pero no para rezar con ellos o llevarles galletas. Les animaba y les decía que allá fuera estábamos intentando parar la guerra. Así que supongo que les gustaba más verme a mí que otra gente. Las galletas, las visitas, las oraciones por ellos, todo eso estaba bien, pero lo que necesitaban sobre todo era que alguien le sacudiera bien al gobierno.

Las historias de Jean Zwickel y Erna Harris son de “Against the Tide: Pacifist Resistance in the Second World War” (contra la marea: la resistencia pacifista en la Segunda Guerra Mundial), historia oral editada por Deena Hurwitz y Craig Simpson. Del calendario de 1984 de la Liga de Resistentes a la Guerra (WRL).

Introducción y notas de Joanne Sheehan y Craig Simpson, Liga de Resistentes a la Guerra (WRL)

Notas

- [1] La Ley de Conscripción del gobierno estadounidense se llama el Selective Service Act.
- [2] Campos de objeción de conciencia (Civilian Public Service camp): donde los objetores realizaban un servicio civil, o alternativo.
- [3] saltar la colina (go over the hill): escapar de los campos, pues sentían que se habían ingresado voluntariamente en prisión.
- [4] a los que no eran clasificados o a los que decidían no registrarse: según la Ley de Conscripción los hombres de la Segunda Guerra Mundial (ocurre también ahora), tenían que enlistarse para la guerra. A algunos les concedían el estatus de objetor de conciencia. Los que no lo conseguían, o si no se registraban, eran detenidos y condenados a a prisión.

La resistencia de las mujeres suecas a la Defensa Civil (1935–1956)

Por Majken Jul Sørensen, Internacional de Resistentes a la Guerra

A inicios de 1956, una mujer llamada *Barbro Alving* pasó un mes en la cárcel por negarse a participar en un entrenamiento en defensa civil. Conocida con el sobrenombre de Bang, era escritora y una periodista (entre muchas otras cosas, informó directamente sobre la Guerra Civil española en uno de los periódicos más importantes de Suecia). La condena representaba el final de un largo periplo. La primera vez que *Barbro Alving* se negó a participar en las tareas de formación en defensa civil había sido cuatro años antes, en 1954, cuando la convocaron a un entrenamiento en el escenario hipotético de un ataque aéreo. Tuvo que pasar por dos interrogatorios policiales antes de que emitieran el veredicto a fines de 1954.[1]

Ante el tribunal que juzgó su caso en Estocolmo, declaró:

Hay momentos en la vida cuando una acción que parece negativa –un “no”– puede ser positiva. Nuestras obligaciones en el tema de la defensa civil me sitúan en una posición conflictiva como mujer y como pacifista. Ninguna de las personas que estamos aquí podemos influir en absoluto en lo que se decide en Washington y Moscú, en Londres y Pekín. Pero sí somos responsables de lo que hacemos con nuestra propia vida. Y yo me he dado cuenta de que la única acción que mi conciencia me permite llevar a cabo es ayudar a promover la idea (con todo, compartida por millones de hombres y mujeres) de que debemos negarnos a participar en aquello que vaya contra la razón y que pueda apuntar a un suicidio de la humanidad.[2]

Su acción se producía en el contexto de después de la Segunda Guerra Mundial, cuando había aumentado la sensibilización de la población al tema de las devastadoras consecuencias que tendría una guerra nuclear, y la amenaza de una tercera guerra mundial –es el “suicidio de la humanidad” al que se refiere.

En un artículo que escribió sobre defensa civil en 1955 [3], su crítica a los entrenamientos para la defensa civil se centraba en la locura de la guerra nuclear, y en la falta de coherencia de las autoridades a la hora de explicar cuestiones de guerra y defensa. Explicaba que el que fuera obligatorio que las mujeres participaran en las fuerzas para la defensa civil demostraba que un sistema militar moderno no podía funcionar ya sin la activa participación de las mujeres. La guerra es ahora total, y la “defensa” también. Las mujeres, por tanto, deberían asumir la responsabilidad de reflexionar y determinar cuál sería su reacción más correcta ante un sistema absurdo que va contra toda razón. Si para las autoridades el escenario es de guerra total, la respuesta de Alving es objeción total: no participar en ningún tipo de entrenamiento relacionado con el

sistema militar, además de rechazar radicalmente la lógica de la guerra total y de la defensa total.

Algunas de las críticas que recibió fueron que negándose a formarse en primeros auxilios estaba negándose a ayudar a las víctimas de la guerra. Respondiendo a esto, escribió:

Existe otro bloque de preguntas al que se enfrenta una objetora al servicio para la defensa civil. Pensemos en esto: ¿Qué harías si estallara la guerra? ¿Te cruzarías de brazos? ¿Qué harías si una persona herida cae a tus pies?

Ayudar –respondes.

Entonces ¿no sería mejor prevenir, para ser así mucho más eficaces? –con cierto tono triunfalista.

No –respondes–. Aquí hay dos cuestiones diferentes, sobre dos situaciones diferentes (...). En tiempos de paz aún disfrutamos de la libertad para decidir por qué cosas queremos luchar (...). Con todo el poder a tu disposición, luchas contra lo que tu conciencia más profunda te dice que no debería ser posible jamás: la guerra nuclear. Y eso se hace negándose a ser succionada por el sistema militar. No puedes, voluntariamente además, es decir, prestándote a participar en esos entrenamientos, ayudar a sostener el mito de que la guerra moderna es permisible en nombre de la defensa, cuando sabes por tu experiencia en la vida que la única manera de salvar vidas en situaciones difíciles es luchando contra la propia guerra. [4]

La negativa de *Barbro Alving* se basaba en creencias pacifistas que había mantenido a lo largo de varias décadas. *Irene Andersson*, historiadora sueca que escribió sobre Alving y el movimiento por la paz de antes de la Segunda Guerra Mundial, explica: “*Pienso que la razón por la que Barbro Alving mantuvo su lucha contra la defensa civil en la década de los años cincuenta fue por la identidad como pacifista y objetora que se había forjado en las dos décadas anteriores*”. [5]

En 1935 *Barbro Alving* participó en la organización del “*Levantamiento No-armado de mujeres contra la guerra*”, que generó una red informal en Suecia de pacifistas radicales. En aquel entonces ella tenía 25 años, y admiraba profundamente a *Elin Wägner*, otra periodista y escritora que desempeñó un papel fundamental en numerosas organizaciones e iniciativas por la paz en el país durante los años veinte y treinta, incluidos los entrenamientos para el Levantamiento No-armado. Wägner era pacifista radical; inspirada por Gandhi, convertía el pacifismo en una fuerza activa a través de la resistencia noviolenta a la guerra. Más de 20.000 mujeres suecas participaron de alguna manera en la acción. El tres de agosto de aquel año, el Levantamiento No-armado apareció en la portada del semanario *Tidevarvet*, con texto de *Elin Wägner*. [6]

Esta declaración radical urgía a todas las mujeres suecas a negarse a participar en la maquinaria de la guerra rechazando la lógica de la defensa civil: se les pedía que se posicionaran personal y públicamente contra las máscaras de gas, los refugios anti aéreos y demás supuestos “*métodos de protección*”. Como en caso de un ataque con gas iba a ser imposible proteger a todo el mundo, las mujeres deberían negarse a salvarse a costa de otras personas. La declaración reflejaba el estado de las cosas entonces, donde los hombres controlaban los puestos de poder: si las mujeres se negaban a participar en entrenamientos de refugios anti aéreos y con máscaras de gas, esto influiría en que algunos hombres entraran en razón y se pusieran a trabajar por nuevas formas de coexistencia entre la gente, pues se darían cuenta de que era imposible defender a todo el mundo del tipo de armas que habían desarrollado.

Aunque la mayoría de las organizadoras del Levantamiento No-armado estaban afiliadas a diferentes grupos y organizaciones, acordaron firmar sólo en su nombre, y no como representantes de ninguna organización. La negativa tenía que ser necesariamente un acto de responsabilidad individual, de cada una de las personas, y no algo vinculado a ser parte de partidos políticos u organizaciones. Se pedía a las lectoras de la revista que nominaran a representantes para una asamblea, que sería el “*Parlamento de un día*” de las mujeres. La acción resultó tener mucho más seguimiento del esperado. Recibieron más de 700 nominaciones, y unas 80 mujeres salieron elegidas. La asamblea se celebró en Estocolmo el 1 de septiembre de 1935, sólo un mes después de la publicación de la declaración inicial. Había cuatro ponentes y a la acción seguiría un debate.

En su discurso *Elin Wägner* amplió los temas de su declaración. Entre muchas cosas, manifestó: “*Toda ama de casa que se niegue a vaciar su ático, a proteger la madera con sustancias a prueba de fuego, a cubrir los suelos con una capa gruesa de arena, a sellar su despensa para evitar que entre el gas y proteger el congelador para evitar el envenenamiento de la comida, se habrá convertido automáticamente en una objetora, lo sepa o no*”. [7] Al final de la jornada, la asamblea adoptó una resolución y se eligió una delegación para que viajara a Ginebra a presentar este texto en la *Liga de las Naciones* y en una reunión internacional de la *Liga Internacional de las Mujeres por la Paz y la Libertad* (conocida internacionalmente como WILPF, del inglés).

El Levantamiento No-armado fue una respuesta a la militarización de la vida cotidiana, y al hecho de que, con nuevas armas como los gases químicos, ya no era posible distinguir entre el frente bélico y la población civil. Además, es posible ver las conexiones de esta acción con la obra griega *Lisístrata*, escrita por Aristófanes hace más de 2.000 años. La obra fue traducida al sueco en 1932, y estrenada en Estocolmo en 1934. [8] En ella, las mujeres se niegan a mantener relaciones sexuales con sus esposos hasta que éstos pongan fin a la guerra del Peloponeso.

En los años posteriores, tanto *Babro Alving* como *Elin Wägner* continuaron con su lucha contra la preparación de la guerra y contra la succión de la población

civil por la maquinaria de la guerra. Sin embargo, a medida que se intensificaba el peligro de que estallara el conflicto, se fue haciendo más difícil encontrar apoyo entre las mujeres. En 1938 se había organizado un Entrenamiento General para el caso de bombardeo aéreo en la capital, Estocolmo. *Babro Alving* y *Elin Wägner*, con algunas mujeres más, hablaron de organizar una acción: abandonar la reunión en silencio, formando una manifestación que se dirigiera a otra parte de la ciudad, donde se finalizaría con la lectura de un manifiesto contra la preparación de la guerra. Sin embargo, como no encontraron apoyo con antelación, no lo intentaron.

Lo que sí consiguieron hacer fue incluir en la protesta contra la preparación de la guerra el tema emergente de cómo se trataba a la población refugiada en Suecia. Una proclamación llamada "*Un acto que libera*", firmada por 50 personas, apareció en prensa el día después del ejercicio del bombardeo. En el texto manifestaban que el sistema de defensa civil que Suecia había decidido construir no generaba seguridad, ni reducía el miedo; de hecho, la inseguridad y el miedo eran consecuencia directa del sistema de la guerra. Proteger a la población refugiada, en contraste, sí era una obligación moral y sí que fortalecería la democracia y la confianza en la humanidad. Consecuentemente, hacían un llamamiento a que Suecia modificara sus políticas con la población refugiada. [9]

El siguiente extracto de la declaración del "*Levantamiento No-armado de mujeres contra la guerra*" (1935) sirve para ilustrar los análisis aportados por sus creadoras al movimiento pacifista sueco.

*Gracias a Irene Andersson por su ayuda con el presente artículo.
La traducción del sueco al inglés es de Majken Jul Sørensen.*

Notas

- [1] Andersson, Irene "*En civilförsvarsvägran med rötter i 1930-talet*" (Objetora a la defensa civil desde los años 30) en "*När Alving blev Bang*" (Cuando Alving se convirtió Bang), editado por Marcos Cantera Carlomagno, Historiska media, 2001 p. 33.
- [2] Alving, Barbro (Bang), "*Civilförsvaret*" in "*Hertha*" 42(1955):3 p. 5.
- [3] Alving, Barbro (Bang), "*Civilförsvaret*" in "*Hertha*" 42(1955):3 p. 5-6.
- [4] Alving, Barbro (Bang), "*Civilförsvaret*" in "*Hertha*" 42(1955):3 p. 6.
- [5] Andersson, Irene "*En civilförsvarsvägran med rötter i 1930-talet*" en "*När Alving blev Bang*", editado por Marcos Cantera Carlomagno, Historiska media, 2001 p. 42.
- [6] Andersson, Irene "*En civilförsvarsvägran med rötter i 1930-talet*" en "*När Alving blev Bang*", editado por Marcos Cantera Carlomagno, Historiska media, 2001 p. 37.
- [7] Wägner, Elin "*Vad tänker du, mänsklighet*" (En qué estás pensando, especie humana), selección de Helena Forsås-Scott, Norstedts 1999.
- [8] Andersson, Irene "*Kvinnor mot krig – Aktioner och nätverk för fred 1914-1940*" (Mujeres contra la guerra: acciones y redes por la paz 1914-1940), Historiska institutionen vid Lunds universitet, 2001, p. 159.
- [9] Andersson, Irene "*Kvinnor mot krig – Aktioner och nätverk för fred 1914-1940*", Historiska institutionen vid Lunds universitet, 2001, p. 270-275) y "*En handling som befriar*" (Un acto que libera), Socialdemokraten, 9 de septiembre, 1938, p. 9.

Levantamiento No-armado de mujeres contra la guerra (1935)

Mujeres, unámonos, para exigir a todos los hombres que reflexionen sobre dónde están conduciéndonos a la especie humana. Los más sabios son capaces de entenderlo, y ya están intentando cambiar el rumbo: apoyémosles, insistamos en ayudarles, pero ¡exigiendo también que abandonen las armas! ¡Sólo así abandonaremos nosotras las nuestras! Neguémonos a participar en la maquinaria de la guerra: no participemos en los entrenamientos [para la defensa civil] sobre cómo usar los refugios antiaéreos y las máscaras antigas.

Mujeres, expliquémosles que no creemos ni en las máscaras antigas, ni en los refugios antiaéreos, ni en las demás “herramientas de protección”. Expliquémosles lo absurdo que es decir que se pretende proteger a (absolutamente) todo el mundo, cuando la cruel realidad es que un grupo sería el elegido para ser rescatado y el resto moriría. Contémosles que no deseamos sacrificar a las niñas y los niños exponiéndoles a fuegos y gases venenosos cuando estén fuera de refugios atestados de gente, y que tampoco deseamos ser rescatadas a costa de otras personas, para además habitar un mundo arrasado. Hagamos esto para que en virtud de sus instintos innatos, los hombres también se sumen a la construcción de una defensa que respete nuevas formas de coexistencia entre las personas.

Pasaje del “Levantamiento No-armado de mujeres contra la guerra”, citado en Andersson, Irene, “Women’s Unarmed Uprising Against War: A Swedish Peace Protest in 1935” (El levantamiento no-armado de las mujeres contra la guerra: una acción protesta pacfista de 1935 en Suecia), en el Journal of Peace Research, vol. 40, n° 4, 2003, pp. 404-405.

Insumisas al Servicio Militar

Nosotras, activistas comprometidas con el antimilitarismo y el feminismo, creemos que la insumisión al servicio militar es el papel que las mujeres deben asumir ante la militarización de la sociedad.

Consideramos que la guerra y la violencia han sido la acción masculina, siglo tras siglo, para resolver conflictos y lograr la paz, y que siempre han fracasado en este objetivo. El militarismo es la expresión de las estructuras y la violencia que los hombres han impuesto en la sociedad en detrimento de todas las personas, y en particular, de las mujeres.

No podemos aceptar el papel social femenino de ser pasivas, y entendemos que las mujeres deben emerger como una fuerza crítica que cuestione la estructura imperante, que está dominada por el militarismo. Sin embargo, no relacionamos nuestra emancipación con el poder desarrollar el mismo papel que los hombres, por lo que rechazamos la necesidad de imitarlos. La base nuestro pacifismo feminista y de nuestro feminismo antimilitarista es posicionarnos contra la violencia, la explotación y la injusticia.

Como insumisas y activistas de la no violencia reconocemos la prolongada lucha que han entablado mayoritariamente los hombres, contando con el apoyo de las mujeres, negándose a realizar el servicio militar obligatorio, tanto en tiempos de paz como de guerra. Consideramos que se trata de una acción positiva contra el militarismo.

Valoramos los logros legales de la lucha por la Objeción de Conciencia. En muchos casos, ésta ha forzado al Estado a tener que establecer legalmente el derecho a que se pueda realizar un servicio alternativo al servicio militar. A lo largo de este periodo de desarrollo y reforma también ha existido la figura del insumiso, tanto en tiempos de guerra como de paz: el hombre que se niega a someterse a la exigencia del Estado, rechazando el servicio militar y también el alternativo que ya existe en algunas naciones.

Respetamos las elecciones de todo el mundo, sean éstas el aceptar cumplir con el servicio alternativo, o el

voluntariamente optar por la nocooperación total. Sin embargo, para el caso de las mujeres, entendemos que el tema militarismo es diferente y que requiere una respuesta radical. Consecuentemente, urgimos a que las mujeres se comprometan con la insumisión al ejército y al servicio alternativo, por las siguientes razones:

- La insumisión como rechazo al militarismo es una opción política positiva, se encuentre basada en razones morales, emocionales, políticas o religiosas.
- Aceptar el servicio alternativo, si bien indica un rechazo a participar en acciones militares directas, no transforma ni puede transformar la sociedad autoritaria, jerárquica y opresora representada y sostenida por el militarismo; es más, lo consideramos una concesión al gobierno, que socava el contenido radical de la objeción de conciencia y que se encuentra, en cualquier caso, asociada a medidas punitivas que consideramos inaceptables.
- En la mayoría de los países, a las mujeres se las recluta para tareas no combatientes (que no obstante se encuentran bajo directo control militar), y no difieren apenas del servicio alternativo que realizan algunos hombres hoy en día (administración, salud...). Cuando las mujeres aceptan estos puestos, los hombres quedan libres para entrenar intensivamente para el combate, lo que las pone en la posición de estar apoyando eso mismo.
- Aceptar el servicio alternativo implica aceptar la estructura y el propósito del militarismo, cuando el hecho es que éste nunca ha sido un instrumento de emancipación para las mujeres. Los objetores de conciencia han expresado un grado de conciencia rechazando la ideología tradicional masculina del ejército. Pero no existe el caso análogo con las mujeres, quienes permanecen en el acostumbrado papel femenino.
- Es igualmente probable que las mujeres sean llamadas a realizar trabajos en la defensa civil, lo que podría parecerles bien porque supuestamente abordan necesidades humanitarias y esto encaja con su papel tradicional de cuidadoras. Rechazamos este papel con la misma determinación, puesto que es una pieza más de la

maquinaria de la guerra y del mito de la defensa global.

Consecuentemente, no creemos que sea aceptable la posibilidad de un servicio alternativo para mujeres objetoras de conciencia. Nosotras no tenemos más alternativa que rechazar cualquier forma de conscripción militar. No podemos seguir los pasos de los objetores de conciencia. Aquí y ahora, las mujeres tenemos que posicionarnos en el rechazo radical, estemos o no directamente implicadas.

Urgimos, por tanto, a las mujeres a que muestren su intención de no cooperar con la guerra, dejándole claro a los gobiernos que su emancipación no tiene relación alguna con el militarismo, dado que éste sólo sirve para aplastar la iniciativa individual objeto de nuestra lucha.

Nuestra determinación a concienciar a las mujeres para que comprendan las implicaciones de todo esto no parte de que consideremos que las mujeres seamos pacíficas por naturaleza, sino de que no estamos dispuestas a acatar políticas que únicamente conducen a la explotación de las personas, a la violencia y a la guerra.

Esta declaración fue redactada por un grupo de mujeres de la red Internacional de Resistentes a la Guerra (WRI-IRG), y suscrita por las mujeres que asistieron a la conferencia internacional Mujeres y Militarismo, celebrada del 26 de julio al 1 de agosto de 1980, en Laurieston Hall, Laurieston, Castle Douglas, Dumfriesshire, Escocia.

Las mujeres alemanas se han negado

Debate sobre las mujeres en el Ejército

Cuando el cuerpo médico militar aceptó la presencia de mujeres en 1975, se abrió un debate sobre el ingreso de las mujeres en el ejército. En los movimientos por la paz y de mujeres se produjeron numerosos debates. Las feministas estaban divididas: al frente de uno de los bandos, Alice Schwarzer, editora de Emma, la revista feminista radical alemana, argumentaba en 1978 que el ejército era un poder demasiado importante como para que estuviera monopolizado por los hombres. Por lo tanto, exigía que el ejército aceptara el ingreso de mujeres, también en los puestos de combate, aunque ella personalmente solicitaría el estatus de objetora de conciencia si se diera el caso. Una posición distinta mantenían las mujeres del movimiento pacifista, que rechazaban radicalmente el ingreso de las mujeres en el Ejército.

En 1979 un grupo de 87 mujeres emitió una declaración pública: “¿Mujeres al Ejército Federal? ¡No! ¡Nosotras nos negamos!”. Una de estas mujeres era la famosa escritora de posguerra Luise Rinser (1911-2002), cuya furiosa declaración documentamos aquí.

Resistencia a la inclusión de las mujeres en la preparación de la guerra

Según las leyes de emergencia, todos y todas las ciudadanas alemanas serán llamadas a prestar servicios civiles en casos de guerra o de cualquier otra emergencia, y muy particularmente el personal sanitario, según establece la Constitución alemana (art. 12º, 4 y 6) y las medidas para casos de emergencia de 1968.

En 1968 los ministerios de Defensa y del Interior financiaron a partes iguales un curso de enfermería de cuatro semanas de duración para mujeres entre 18 y 55 años. Esto se producía por una falta de personal en el ejército y en los hospitales. Además, cuantas más mujeres ocuparan esos puestos, más hombres podrían servir en el ejército. A finales de los años setenta, la gente se había dado cuenta de que estos cursos estaban concebidos en el marco del militarismo. Al finalizarlo, había que firmar un documento en el que se comprometían a servir en caso de emergencia por guerra. En 1982 se propuso una ley para integrar mejor los servicios sanitarios en las estructuras militares.

Todas estas formas de conscripción civil para las mujeres eran vistas como parte de la preparación de la guerra que se hacen para militarizar la sociedad, según el análisis antimilitarista. Tanto la ley propuesta como la declaración que había que firmar en aquellos cursos provocaron protestas. El proyecto de ley tuvo que retirarse. Sin embargo, la integración de las instituciones civiles en los planes militares continuó y todavía continua hoy.

En aquel entonces, muchas mujeres del movimiento por la paz veían que tenían que declararse objetoras de conciencia. Como parte de la campaña (que incluyó marchas y otras formas de protesta), redactaron una petición que había que

firmar y enviar a la Oficina Federal del Servicio Civil. Presentamos aquí el texto de la petición, junto con la carta protesta de Claudia Schneider a la Oficina de Seguridad Civil así como la respuesta que le enviaron.

Muchas de las feministas y mujeres de izquierdas (como las comunistas y socialdemócratas) que protestaban por la propuesta de reclutamiento de las mujeres para servicios de guerra civiles en caso de guerra, apoyaban, por otra parte, la conscripción para hombres, y se negaban a apoyar a los insumisos.

*Introducción de Ellen Elster, Internacional de Resistentes a la Guerra (WRI-IRG)
Un agradecimiento a Helga Weber Zucht y Gernot Lennert por su ayuda con la traducción del alemán al inglés y con la búsqueda de información.*

Asunto: Objeción al reclutamiento de las mujeres

Con relación al artículo 12º, párrafo 4 y 6 de la Ley Fundamental (Constitución), las mujeres entre 18 y 55 años de edad podrán ser reclutadas para servicios civiles si el país se viera obligado a defenderse.

Con la presente, declaro que no acepto dicha obligación posible y que no cumpliré con ella en ningún momento. Mis razones son las siguientes:

El servicio civil en cuestión servirá únicamente, en términos reales, para apoyar la ejecución de la guerra, y la inclusión de personal de ayuda en áreas civiles y militares será un apoyo a la preparación de la guerra. Como estos servicios civiles son en realidad servicios para la guerra, como tales, debo manifestar mi negativa a realizarlos.

Especialmente ahora, en tiempos así llamados de paz, debo defenderme de un posible reclutamiento, pues el peligro de guerra crece constantemente debido a las políticas armamentistas y de disuasión militar: las guerras se preparan en tiempos de paz.

Mi negativa es una contribución a una política de paz verdadera.

Además, desearía comunicarles que estoy totalmente en contra de cualquier tipo de inclusión de las mujeres en cualquier tipo de servicio al militarismo.

Agradeciendo de antemano el envío de una respuesta que confirme su recepción de esta carta,

Firma

Incluido en un folleto del DFG-VK, la sección alemana de la Internacional de Resistentes a la Guerra (WRI-IRG), a principios de los años ochenta.

Sobre la posibilidad de ser reclutada a un Servicio Nacional en caso de una necesidad de defender el país en una guerra

En septiembre de 1979 asistí al curso de enfermería con el Servicio de Asistencia Maltés de Friburgo. Al final de dicho curso, teníamos que firmar un documento comprometiéndonos a ofrecer este tipo de asistencia en tiempos de guerra, esto es, ofrecer servicios médicos en contextos civiles y militares.

Con la presente, declaro que me niego y me negaré a participar en un servicio militar en ningún momento. No estoy dispuesta a apoyar ningún tipo de violencia –y la guerra siempre es violencia–, adopte la forma que adopte, aunque sea la de primeros auxilios. Además, con la presente les informo de que no me presentaré a ninguna llamada de la conscripción, tal y como se establece para las mujeres en el artículo 12^o.4 de la Constitución alemana.

Mis razones:

Abomino de la violencia y de la guerra, y no las apoyaré en ninguna forma. Las personas no deseamos la violencia y la guerra, y sin embargo, continuamente se intenta infundir miedo a la población y que sospechemos de enemigos imaginados. Yo no comparto que la violencia vaya a ayudar a cambiar el mundo. No tengo enemigos ni enemigas. Nuestro pueblo no tiene “enemigos”. Esta convicción me permite vivir sin la protección de las armas, y no estoy dispuesta a apoyar la violencia. El servicio civil que ustedes plantean es un servicio de apoyo a la guerra en realidad, pues disponer de personas que ayuden en el terreno civil y en la asistencia médica es una ayuda para la preparación de la guerra. Así pues, es fundamental que informe al gobierno de que no estoy dispuesta a acatar esta obligación.

Carta de Claudia Schneider a la Oficina de Seguridad Civil, Karlsruhe, 17 de enero, 1979.

¡Estimada Señorita Schneider!

La Oficina de Seguridad Civil me ha entregado su ideologizada misiva. Tiemblo al escuchar que usted, una enfermera capacitada, se negará a ayudar a los ciudadanos que puedan ser heridos o necesitar ayuda en caso de catástrofe o plaga, esto es, que usted se niega a

ayudar o a cuidar a mujeres y niños, a diferencia de lo que las leyes fundamentales de la humanidad crearían natural para cualquier persona decente. El civil suizo Henry Dunant, quien le da nombre a la calle en la que usted vive, no dudó en ayudar y ofrecer primeros auxilios a gente gravemente herida en una guerra que él abominaba. Ayudó a transportarlos, a alimentarlos, y tomó al dictado bonitas cartas de los que se estaban muriendo. Sería muy negativo para la raza humana y para la humanidad que existieran sólo Claudias Schneider, que se niegan a ofrecer ayuda a los hermanos y hermanas cuyas vidas se encuentran en peligro. La Oficina de Seguridad Civil así como la Oficina de Salud Pública nos alegramos de no contar con la participación de personas así, con un corazón tan frío.

Respuesta del Dr. Pfannkuch, Director de la Oficina de Salud Pública de Karlsruhe, 12 de marzo, 1979.

Las dos cartas aparecieron publicadas en el boletín Graswurzelrevolution, probablemente a principios de los años ochenta.

Qué estúpidas somos las mujeres

Estoy totalmente en contra de la idea “mujeres en el Ejército”. Todo el movimiento de las mujeres a favor de su emancipación sería una farsa si la igualdad significara que las mujeres deben tener también derecho a pegarles un tiro a otras personas. Además, eso lo están decidiendo los hombres. Erich Fromm lo llamó ‘necrofilia’: la fascinación con la muerte y la matanza. Oh, dios mío, qué estúpidas somos las mujeres: voluntariamente adaptarnos a esa demencialidad que no queremos que continúe. Mujer, te llamas Desesperanza. En lugar de conseguir que los hombres dejen de matar, las mujeres ahora aspiran a hacer lo que los hombres deberían dejar de hacer de una vez por todas. A eso se le llama estupidez. En serio. Las mujeres pasando a ser hombres. El patriarcado sigue adelante, sin sentir vergüenza, porque el espíritu del soldado queda perpetuado. No importa si son mujeres u hombres quienes disparan. Estoy a un paso de perder la esperanza de que el patriarcado pueda ser superado algún día. (...)

Luise Rinser

Carta publicada en “Deutsche Volkszeitung” el 15 de mayo, 1980.

Published in “Deutsche Volkszeitung”, 15th May 1980.

Las mujeres francesas dicen “No a la guerra”

La creación de un marco para la objeción de las mujeres al servicio militar fue uno de los frutos de “Assises de l’objection”, una reunión de tres días sobre objeción de conciencia organizada por la comunidad Le Cun du Larzac en el sur de Francia.

La conferencia y sus talleres analizaron todos (o muchos) de los aspectos de la objeción, desde la presión sobre la comunidad científica para que colaboren con la institución militar, la militarización de la educación, el papel de las parroquias en la objeción... a la objeción fiscal. El taller sobre mujeres y militarismo, abierto a hombres y mujeres, abordó un problema que lleva tiempo presente: la potencial movilización de las mujeres en tiempos de guerra.

Una ley de 1959 establece que “la provisión de personal femenino podrá hacerse bajo las mismas condiciones y penalizaciones que la del personal masculino”. Como indicador de las intenciones del Estado de militarizar la sociedad francesa en su conjunto, esta ley ha provocado considerable atención desde que fue promulgada. En la reunión del Larzac se redactó un Estatuto de Objetora para las mujeres que lo desearan suscribir.

Promulgación del Estatuto de Objetora

De acuerdo a la ordenanza de 1959, las mujeres son movilizadas para la organización general de la defensa sobre la misma base que los hombres.

La defensa es un estado permanente que prevé y permite en toda circunstancia y en todo momento la movilización de personal militar y de la población civil, hombres y mujeres, todos bajo la misma autoridad, y con las mismas obligaciones para los casos de amenaza; según sean las tensiones internas o externas, uno o varios de los sectores de actividad del país pueden ser puestos directamente bajo la dirección y responsabilidad del Ejército.

Como mujeres antimilitaristas en lucha por el reconocimiento de nuestros derechos, denunciamos:

- Al Ejército como medio para la perpetuación de la dominación de las mujeres a manos de los hombres, por su ideología machista, el valor del uniforme, el culto a la violencia, la reproducción del modelo patriarcal mediante el uso de la autoridad concebida jerárquicamente.

- La proliferación, en torno a las bases militares del mundo, de la prostitución, la violación y otros abusos cometidos contra una población que los militares supuestamente deben “proteger”.

Las mujeres no se encuentran fuera del sistema militar, como lo demuestra la ordenanza de 1959 y el resto de alicientes para incitarles a hacer carreras militares.

Nos negamos a participar en la represión de los movimientos sociales.

Tenemos un papel importante que desempeñar en los sectores sujetos a requerimiento militar, a saber, salud, educación, comunicación, transporte y servicio público, para bloquear el proceso de militarización y negarnos a colaborar con él.

Por todas estas razones, nos declaramos objetoras de conciencia a cualquier tipo de requerimiento militar: nos negamos a servir en temas de defensa.

Periódico Peace News, agosto 1991. Resumen del informe publicado en la revista belga del MIR-IGR, L'Objecteur, en julio 1991.

Las objetoras en Bélgica

Por Rebecca Gumbrell McCormick

A finales de 1985, el Mouvement International de la Réconciliation - International des Résistants à la Guerre (MIR-IRG), uno de los grupos belgas afiliados a la IRG, junto con el grupo de objetores de conciencia Confederation du Service Civil de la Jeunesse (CSCJ), publicaron una petición a las mujeres belgas para que se declararan objetoras de conciencia. Desde aquel momento, varias mujeres empezaron a enviar su petición del estatus de objetora al ministerio del Interior, pero éste siempre las ha rechazado todas como “improcedentes”. ¿Qué razones habría para seguir con una acción así, aparentemente inútil?

Antecedentes

La petición belga para que se extienda la objeción de conciencia a las mujeres, y otros grupos no incluidos en la actual legislación, se basa en el deseo de extender la protección del estatus de objeción de conciencia a todas las personas que comparten con los objetores la filosofía de objeción al militarismo. En la actualidad, las personas que han quedado exentas del servicio militar por otra razón, como por trabajos para el desarrollo en el Mundo Superexplotado, ser extranjero residente en Bélgica, o por ser mujer, no tienen que hacer el servicio militar, y no pueden, por tanto, registrarse como objetoras u objetores; esto es, el derecho estatutario de la objeción de conciencia a no llevar armas, servir en el ejército o trabajar en la industria de la defensa, no se le otorga ahora a todas las personas que tienen una misma convicción moral.

Al mismo tiempo, la ciudadanía belga que se encuentra exenta del reclutamiento está específicamente incluida en una ley de 1984 sobre “protección civil” que permite al ministerio del Interior asignarles “*tareas de interés general*” si se produce una emergencia nacional. Sin la protección del estatus que reconoce la objeción de conciencia, estas personas podrían verse obligadas, contra su conciencia, a realizar tareas para usos militares o para la organización militar. Esta ley ha sido cuestionada con varios argumentos, pero todavía no ha sido aplicada nunca.

En este momento, es más importante la falta de defensa legal de las personas que no han sido reconocidas como objetoras de conciencia ante otras formas de militarización, como por ejemplo, en temas de empleo. Los objetores de conciencia pueden rechazar ofertas de empleo que tengan que ver con llevar las armas o con participar en la industria armamentista o en cualquier trabajo vinculado a aplicaciones militares, hasta haber cumplido los 45 años. En ese tiempo, están protegidos, por tanto, de la norma de la oficina de empleo de que

deben aceptar las ofertas de trabajo también en la industria de la defensa (ofertas para las que, de no ser objetores, estarían cualificados). Ninguna otra persona más disfruta de esta protección automática. Para todos los hombres que hayan reflexionado sobre el dilema moral de trabajar en industrias que fabrican armas nucleares o que proporcionan armas a regímenes dictatoriales demasiado tarde como para poder solicitar el estatus de la objeción, esto es una injusticia; igualmente para el caso de las mujeres, que no se pueden registrar de ninguna manera como objetoras, y a esto se le suma que se trata además de un caso de discriminación por razón de sexo.

La campaña

Por estas y por otras razones, el movimiento pacifista belga y los grupos de objeción de conciencia decidieron montar una campaña para exigir la extensión de la objeción de conciencia a las mujeres y a los otros grupos que no quedan incluidos en la presente ley. En 1983, la senadora socialista Lydia Pauw-Deveen propuso una serie de reformas de los estatutos de objeción, incluida esa extensión a las mujeres. Sus reformas no llegaron a disponer de suficientes votos como para llegar a convertirse en una ley, pero consiguió el apoyo de muchas mujeres legisladoras no asociadas con la izquierda o el Partido Socialista.

Después de esto, los grupos de objeción y pacifistas decidieron continuar con el llamamiento a las mujeres para que solicitaran el estatus de objetora. Las que escribieron al ministerio del Interior subrayaron su oposición a hacer trabajos relacionados con la defensa y las armas nucleares, y su apoyo a los mismos principios morales y filosóficos que los objetores.

La siguiente carta fue escrita por una mujer llamada Josiane:

Desde el 1 de mayo de 1985 estoy sin trabajo. Actualmente, no tengo el derecho a rechazar un trabajo en la industria armamentista, o en ninguna industria que requiera que se lleven las armas, sin perder mi subsidio de desempleo. Como trabajadora social de profesión, he observado cómo los presupuestos nacionales se han reducido en lo tocante a empleos en el sector social, a pesar de que este sector contribuye al desarrollo y a una vida mejor para las personas. Nuestra política de defensa nacional promociona la carrera armamentista (...) armas que pueden destruir nuestro planeta docenas de veces.

No me siento protegida por la perpetua amenaza nuclear, especialmente desde que el pasado marzo, hemos alojado misiles nucleares en nuestro territorio. Estoy embarazada de siete meses, y es mi deber como mujer proteger la vida y actuar en consecuencia. Considero que es necesario que Bélgica conciba un sistema eficaz de defensa que proporcione una verdadera seguridad a las personas, la posibilidad de desarrollarse y de ser libres en democracia.

La amenaza de holocausto con que nos amenaza nuestro actual sistema debe ser evitada. La única vía sensata y respetuosa con la vida es detener esta carrera suicida de armas, encontrar una forma inteligente de reciclar nuestros misiles despojándoles de toda capacidad destructiva, y utilizar nuestro dinero para una verdadera defensa, una que genere bienestar y el crecimiento de las personas adultas, de las niñas y de los niños, a todos los niveles, que ofrezca trabajos adecuados a la gente joven, y busque maneras de reconvertir nuestras industrias armamentistas.

Reflexiones

No sabemos si más mujeres solicitarán el estatus de objetora. Si la campaña tuviera algún seguimiento más, es posible que las mujeres no consiguieran aún el estatus legalmente, pero habrían empezado a desempeñar un papel más activo en el movimiento pacifista belga (dominado ahora mismo por los hombres), lo que mejoraría consecuentemente su eficacia. Es más, la petición de estatus de objetora encajaría perfectamente en la campaña más amplia a favor de la objeción de conciencia frente a empleos relacionados con la defensa, la reconversión de la industria armamentista y el desarrollo de una nueva estrategia de defensa popular. En Bélgica y en muchos otros países, esta campaña contribuiría significativamente a ampliar el campo de acción del movimiento pacifista, y a conectarlo con otras fuerzas que trabajan a favor del cambio social.

No obstante, la campaña tiene algunos peligros. El más importante es que se viera como un apoyo indirecto a la conscripción. El estatus de objetora implicaría la aceptación del servicio civil alternativo porque los derechos conllevan obligaciones. (Sin embargo, el servicio alternativo rara vez es lo que quienes lo defendieron pretendían: un servicio para contribuir a la construcción de la paz; ha sido más bien una fuente de mano de obra más barata que le quita el puesto a la mano de obra en paro en la sociedad, mayoritariamente a las mujeres.) Y existe otro peligro: la petición de estatus de objetora podría ser utilizada como argumento para que las mujeres tengan también derecho a ingresar en el ejército. De este modo, al final, la campaña habría creado nuevas obligaciones para las mujeres sin haber podido modificar en absoluto una que ya tienen los hombres.

Esto sería sin duda un paso atrás. No obstante, sin negarle la razón a las mencionadas reservas, ¿acaso no es también cierto que no hacer nada cuando se ve que la militarización de la sociedad va en aumento sería dar dos pasos hacia atrás? En Bélgica, necesitamos protección legal frente a una ley que impone tareas de carácter potencialmente militar a las mujeres y a hombres que ahora no tienen que hacer el servicio militar; en muchos países, dicha protección la necesitan todas aquellas personas que en sus trabajos están realizando tareas que se usan de hecho en aplicaciones militares. El estatus de objeción de conciencia

ayudaría a los dos grupos. Es más, el servicio civil alternativo, a pesar de sus lados negativos, podría darles a las mujeres la oportunidad de desempeñar un papel más activo en los sectores político y social donde tienen impacto los objetores.

Otro argumento es que la petición de objeción de conciencia para las mujeres es una base mucho mejor para campañas por la paz y la igualdad positiva que la idea popular (que como poco plantea interrogantes) de que las mujeres por ser madres, cuidadoras, y demás, son por naturaleza amantes de la paz (como menciona su autora en la carta reproducida). En lugar de insistir en mantener a las mujeres en una categoría especial, la petición de que se amplíe la objeción de conciencia a las mujeres promueve la igualdad de derechos, además de apoyar que se le den más derechos a todo el mundo, y proporciona al menos una de las armas morales y legales que se necesitan para plantarle cara al militarismo en la sociedad.

A pesar de las reservas anteriores, la campaña belga merece la atención del análisis y el debate. Podría contribuir a una implicación mayor de las mujeres en la lucha pacifista en muchos países, y conducir a campañas más amplias y eficaces.

Publicado originalmente en el boletín WRI Women, nº1, enero/febrero 1987, boletín del Grupo de Trabajo de las Mujeres de la IRG. Cuando el artículo fue escrito, la autora era vicepresidenta del European Bureau for Conscientious Objection, aunque aclara en una nota que su análisis aquí es personal.

¿Resistencia a servir el café? Introducción a la objeción de conciencia de las mujeres en Israel

Israel es uno de los dos países del mundo que recluta a las mujeres. A través de las historias y declaraciones que presentamos aquí, veremos cómo la objeción de conciencia evoluciona de razones religiosas a razones de conciencia en 1954, y a razones más políticas en 1970 hasta hoy en día. La guerra de los Seis Días de 1967 parece haber sido el punto de inflexión. La última declaración que presentamos es de abril del 2009, después de los bombardeos de Gaza.

Sergeiy Sandler [1] describe [2] lo muy militarizada que se encuentra la sociedad israelí. En las guarderías, es común que en la fiesta de fin de curso se celebre un desfile militar infantil. Unos años después, algunas asignaturas serán impartidas por profesoras y profesores que estarán haciendo el servicio militar y que darán clase en uniforme. Es posible que la directora o el director del instituto donde estudien más tarde sea un oficial de rango medio, retirado hace poco del servicio.

La conscripción es un instrumento vital del poder político y un tema fundamental en la agenda política. A través de las políticas de conscripción militares se reproducen, refuerzan y a menudo generan desigualdades sociales. Así, no tiene que hacer el servicio militar la minoría palestina que vive en una población mayoritariamente israelí; sin embargo, este hecho se utiliza después en todas las esferas de la vida como excusa para discriminarlas oficial y no oficialmente, como cuando se ofrece un empleo a personas “*con el servicio militar cumplido*” y en realidad se está diciendo “*absténganse personas árabes*”. Las mujeres judías son reclutadas pero su servicio militar es más corto: dos años, frente a los tres que hacen los hombres. Las funciones que se les asignan, además, dentro del Ejército no son consideradas importantes, lo que dice algo del estatus social de las mujeres y de su exclusión de la esfera pública (las mujeres representan el 10% del Parlamento israelí). Las opiniones de los generales sobre cuestiones públicas se consideran una fuente de autoridad.

Existe un movimiento numeroso y muy activo de mujeres que se oponen a la leva en Israel, único de su clase en el mundo. La legislación israelí sobre la conscripción es anómala también en que el estatus de objetora de conciencia sólo se les reconoce a las mujeres. Esto sitúa a las objetoras en un grupo distinto al del de los objetores, que no tienen este derecho reconocido. Shani Werner planteó la cuestión de lo que significaba ser objetora de conciencia en una carta que escribió en 2002 [3], analizando lo que había pasado desde la primera Carta Abierta [4] de Graduat@s de Secundaria (*Shministim*) de 2001.

Aquí presentamos la primera parte de la carta de Shani:

Cuando escribimos nuestra Carta Abierta como Graduat@s de Secundaria (Shministim) en el verano del 2001, la escribimos juntas mujeres y hombres que nos resistíamos a la leva. No se nos ocurrió entonces preguntarnos si los dos tipos de resistencia (la de las mujeres y la de los hombres) debían o no ir juntos. Estábamos tan convencidas de que la resistencia de las mujeres a la leva era idéntica en importancia a la de los hombres que ni siquiera éramos conscientes del significado que le habíamos dado a la carta al colocarlas las dos al mismo nivel. Por lo que a mí respecta, sólo lo internalicé cuando tuve que enfrentarme a las reacciones de la gente: “¿Pero qué se supone que significa eso?” o “¡Anda que no falta!”. Sentí que habíamos hecho algo especial e importante.

Ha pasado mucho tiempo, más de un año y medio, y poco a poco, he ido sintiendo frustración. Sentía que dentro de nuestro “nido protector”, l@s Shministim en concreto, y la izquierda israelí en general, habíamos reproducido fielmente lo que de hecho pretendíamos combatir. ¡Habíamos militarizado la resistencia a la conscripción!

No habíamos modificado la irritante imagen a la que nos oponemos con tanta fuerza: la de la buena mujer que se sienta y espera pacientemente la vuelta de “su” soldado del frente, mientras le plancha el uniforme. Habíamos creado una imagen igual pero al revés: la de la mujer que espera la pronta liberación del resistente a la leva, y mientras tanto, le anima desde su posición privilegiada en la colina, frente a la cárcel militar donde a menudo organizamos manifestaciones.

Obviamente, la resistencia de los chicos/hombres es muy importante. Y nosotras, las resistentes chicas/mujeres, que no estamos en la cárcel, nos ocupamos de animar, dar apoyo y proporcionar todo lo que necesitan los resistentes que van a la cárcel. Pero creo que las dinámicas que se generan del hecho de que “los objetores van a la cárcel y las objetoras quedan exentas del servicio” han permeado y endurecido cómo concebimos las cosas. La resistencia a la leva de las mujeres no se considera tan importante como la de los hombres. No vemos la humillación a la que el Comité de Conciencia somete a las chicas. Hemos abandonado los debates sobre la resistencia a la leva de las mujeres, y hemos abandonado casi por completo la lucha por llevar estas ideas al foro público (aceptando la excusa de que “no le interesa a los medios de comunicación”). Lo único que hacemos es hablar sin parar de los resistentes presos.

Ahora mi negativa a enlistarme en el Ejército, que solía considerar un acto político-público, la veo sólo como algo privado. (“Lo personal es político”, resuena este mantra en mi mente. Pero lo personal sólo pasa a ser político ¡si consigue tener una voz!) Mientras el discurso público siga sin ser consciente de la existencia de estos actos, mientras el discurso de la

izquierda siga ignorándolos, la resistencia a la leva de las chicas/mujeres seguirá siendo algo personal, por no decir algo silenciado. Precisamente, es tan fácil ignorar la resistencia a la leva de las mujeres como lo es para el Ejército israelí ignorar el servicio militar de las mujeres. Si el propio servicio militar de las mujeres se considera relativamente sencillo, nuestra resistencia es tratada como “resistencia a servir el café”, y aceptada incluso por el Ejército (y si el Ejército no nos necesita, a diferencia de lo que les pasa a los muchachos encarcelados, entonces ¿puede tener algún significado nuestra resistencia?)” (...)

A continuación presentamos, brevemente, varias historias de mujeres que se negaron a ingresar en el Ejército. Las primeras son noticias de 1954. En los artículos, *Tali Lerner* describe lo complejo de los papeles de las mujeres en la sociedad israelí, cómo se las considera en el Ejército, y el papel de las objetoras de conciencia. A este artículo le sigue uno de *Idan Halili*, quien nos cuenta cómo se hizo feminista y qué implicó hacerse objetora de conciencia. Por último, recogemos la primera carta de los Shministim, de 2001, a la que aluden varios textos.

Introducción por Ellen Elster

Referencias

- [1] Sergeiy Sandler es activista de New Profile y miembro del Ejecutivo y el Consejo de la IRG.
- [2] La información procede de un artículo que escribió Sergeiy Sandler en *El fusil roto* nº 58, mayo 2003.
- [3] Shani Werner: Carta al movimiento israelí de resistentes, 31 diciembre 2002.
- [4] Impreso en esta sección.

Chava Bloch

The War Resister.

Página Once

ISRAEL

WAR RESISTERS

Chava Bloch, la única resistente por motivos no religiosos, ha sido llamada varias veces a comparecer ante una comisión que debe investigar las razones de su negativa a hacer el servicio militar, pero en todas esas ocasiones la vista ha sido pospuesta.

The War Resister n°64. Primavera 1954

Hagar y Ruth Lisser: objetoras de conciencia adolescentes

OBJETORAS DE CONCIENCIA ADOLESCENTES

J. W. Abileah escribe desde Israel que Hagar y Ruth, hijas de Paul y Sabina Lisser, miembros de la I.R.G., se han negado recientemente a participar en un entrenamiento obligatorio en su escuela (el Gadna). Hanar, de 16 años de edad, fue advertida de que si perseveraba en su negativa podría perder su derecho a realizar los exámenes finales. Las dos muchachas fueron finalmente excusadas de sus obligaciones y no se les impuso castigo alguno.

El Gadna consiste en dos horas a la semana, más seis días al año, más diez días de entrenamiento intensivo en un campamento. Nuestra sección de la I.R.G. en Israel ha protestado contra estas actividades, señalando que la militarización es radicalmente contraria a la misión de Israel, y planteando “¿Deberíamos de verdad traicionar la visión de nuestros profetas mientras les rezamos?”.

The War Resister No 65. Summer 1954.

Tovah

Tovah nació en 1953 en la ciudad de Afulah, que se encuentra al sur de Nazaret en el Valle de Jesreel. (...) Tovah es una de las tres o cuatro mujeres que ha quedado exenta hoy [1970] en Israel del servicio militar por razones de conciencia y religión. A muchas mujeres se les ha concedido la exención por razones religiosas, pero sólo tres o cuatro han insistido en que sus razones eran de conciencia. Decidió negarse a hacer el servicio en su tercer año de instituto.

No tenía contacto con ninguna organización. Sólo contaba con mis ideas. (...) Después, a los diecisiete, en las vacaciones, fui a la oficina del ejército en Haifa y les anuncié que me negaría hacer el servicio militar. Dije que no iría porque estaba contra la violencia. (...)

(...) Una mujer del comité [a cargo del tema de exención de mujeres del servicio activo] me preguntó si pertenecía a algún grupo pacifista. Dije que no. Me dijo: "Entonces no eres pacifista". Alguien me preguntó si sabía algo de la Segunda Guerra Mundial. "Asesinaron a seis millones y tú no quieres ir al Ejército". Una mujer del comité, que fue justa, le dijo al oficial: "No hay conexión entre lo de los seis millones y sus ideas". Después de este comité, tuve que presentarme otro. Me dijeron: "Creemos que serás muy útil dentro del Ejército". Así que respondí: "Sí, creo que podría hablar de pacifismo a los soldados. Seré muy útil". "Si no te damos la exención, ¿qué vas a hacer?" Dije: "No os voy a contar mis tácticas, pero sí que no temo ir a la cárcel porque creo firmemente que si me mandan allí no es por ser una criminal sino justamente por no querer serlo". Después de esta entrevista, me concedieron la exención. (...)

Tovah cree que la gente no entiende el problema que tiene Israel porque no han podido liberarse de la ilusión de que el gobierno es bueno. Ahora, a quienes se liberan de esa ilusión se les trata como enemigos del gobierno. (...) Tovah afirma que cuando mucha gente empiece a hacerse preguntas y a cuestionar el gobierno, el Ejército y el gobierno empezarán a resquebrajarse.

La Guerra de 1967 fue importante porque tuvo un impacto en las actitudes de la gente que decía "no" al Ejército y en las actitudes del gobierno. Antes de la guerra, quien se negaba a hacer el servicio militar lo hacía por principios. (...) La idea fundamental pacifista era que te negabas a usar las armas y a servir en ningún tipo de ejército. Sin

embargo, ahora, la idea no habla sólo de las armas, es mucho más concreta: la gente ahora se opone a lo que hace el Ejército, a sus políticas contra la ciudadanía de los Territorios Ocupados, a la opresión de estas personas, a que usen el terror con ellas. (...)

Hoy la situación en Israel es más crítica que nunca antes. Tovah declara que las personas árabes se encuentran en una posición peor que la que tenían en el pasado. Como considera el sionismo (una fuerza que discrimina a las personas que no son judías) la causa de esta evolución, Tovah se considera antisionista. Mantiene que un punto de vista mundial cosmopolita o internacionalista es el camino a la paz. “Por eso soy cosmopolita. El odio es la guerra. El odio es la sangre. El odio es asesinar a otras personas. Es positivo que más gente se esté negando a ingresar en el Ejército y que la se esté empezando a entender cómo es el gobierno israelí en realidad.

La historia de Tovah procede del capítulo 10, páginas 103-107, de Dissent & Ideology in Israel. Resistance to the Draft 1948-1973 (Disidencia e ideología en Israel. La resistencia al enlistamiento 1948-1973), editado por Martin Blatt, Uri Davis, Paul Kleinbaum. Publicado por Ithaca Press, Londres 1975, para Housmans Bookshop (la librería Housmans), WRI-IRG, MERAG (Grupo de acción e investigación del Medio Oriente) y el Lansbury House Trust Fund.

La objetora de conciencia Neta Mishli condenada a 20 días de cárcel

Neta Mishli, 18 años, de Tel-Aviv, una de las personas que firmaron la carta de rechazo al ingreso en el Ejército de un grupo de estudiantes de secundaria en 2008, empezó a cumplir su primera condena a prisión el 23 de abril del 2009. Neta Mishli se presentó en la Base de Reclutamiento Militar el 22 de abril para comunicarles que se negaba a ingresar en el Ejército. Por ello, primero se la condenó a siete días de confinamiento en la base (le dijeron que no había plazas en la cárcel militar de mujeres). Sin embargo, al día siguiente volvieron a celebrar un juicio y la condenaron esta vez a 20 días en una prisión militar. Se le dijo que la Fiscalía Militar había autorizado que se la volviera a juzgar por el mismo acto.

Neta Mishli ha preparado la siguiente Declaración ante su ingreso en prisión:

No estoy dispuesta a ser parte de una organización que comete crímenes de guerra, cobrándose las vidas de miles de civiles inocentes, una organización que, en nombre del humanismo y la democracia, me obliga a mí y a mis compañeras y compañeros a sacrificar un periodo de nuestras vidas, y nuestras propias vidas, por una falsa calma, pues no puede darse ninguna calma hasta que Israel decida abandonar su política de guerra para abordar la paz. Así pues, como pequeño paso para detener el ciclo de derramamiento de sangre, por la presente me niego a enlistarme en el Ejército.

Neta Mishli será puesta en libertad el 10 de mayo, pero probablemente la vuelvan a encarcelar en el futuro por la misma negativa.

Este texto fue publicado por primera vez como Acción Urgente Objeción, por la Internacional de Resistentes a la Guerra (WRI-IRG), Londres, 24 abril, 2009.

De: concodoc@wri-irg.org

Mujeres Resistentes al Ejército en Israel

Por Tali Lerner, New Profile

La condición ciudadana en Israel se concibe desde las relaciones entre el grupo social que sea y el Ejército. Las personas judías ultraortodoxas y las árabes son vistas como ciudadanas de segunda clase porque no tienen que hacer el servicio militar obligatorio. En contraste, otros grupos sociales, como por ejemplo, el pueblo beduino y druze, y la población gay y lesbiana, éstos sí se consideran con igualdad de derechos ciudadanos porque comparten la carga de la seguridad del país.

Las relaciones de las mujeres con el Estado, y con el Ejército en particular, son incluso más complejas. Con el establecimiento del Estado de Israel, quedó afirmado el derecho de las mujeres a votar y su obligación de enlistarse. (Israel es el uno de los pocos países del mundo que tiene servicio militar obligatorio para las mujeres.) Consecuentemente, desde el Estado se concibe la ciudadanía de las mujeres como resultado de su participación igualitaria en el servicio militar; sin embargo, al mismo tiempo, se las excluye: no acceden a la igualdad de derechos dentro de la organización militar porque no pueden realizar las mismas funciones. Esto genera cuestiones muy complejas en los movimientos feminista y antimilitarista. La negativa de las mujeres a enlistarse es, por tanto, un fenómeno muy complejo, que refleja bien algunos de los dilemas feministas básicos.

Qué es lo que define la ciudadanía en Israel

Desde su origen, el servicio militar (o antes, el servicio en los grupos paramilitares que precedieron al Ejército israelí) fue siempre una institución fundamental en la sociedad. El sionismo, un movimiento para la renovación nacional, junto con la posterior constitución del Estado de Israel tuvieron el propósito de crear una nueva identidad judía, que reemplazaría el viejo estereotipo de 'persona moral y físicamente débil, afeminada'. Las organizaciones militares desempeñaron un papel crucial en dar forma al ideal de persona sionista. Esta intensa equiparación entre ser ciudadana o ciudadano y ser militar se fue consolidando a medida que se desarrollaba el Estado y sus instituciones. La referencia al servicio militar de cada persona ciudadana individual es universal, se filtra a todos los estratos fundamentales de la sociedad civil: aparece en los lugares de trabajo, a la hora de sacarse el carné de conducir o de realizar cualquier otra gestión con las autoridades.

Cuando nos aproximamos a grupos sociales concretos, la situación es incluso más problemática. Las relaciones entre los llamados "*grupos minoritarios*" y la mayoría social vienen casi siempre definidas en función de su relación directa con el Ejército. Existe considerable presión para conectar la ciudadanía con el

servicio militar de forma directa y sin ambigüedades, lo que implica de hecho que se despoja a grupos exentos de hacer el servicio militar de su condición ciudadana. Así es como la población árabe o judía ultra-ortodoxa en Israel, legalmente exenta del enlistamiento obligatorio, pasa a ser ciudadanas y ciudadanos de segunda clase. Señalando este hecho es cómo el Estado explica sus prácticas discriminatorias hacia estos grupos. Otros grupos, por ejemplo la población beduina árabe o druze, apelan al hecho de que se enlistan para reivindicar su igualdad ciudadana. Como árabes, es cierto que se les tolera mejor socialmente que a otras personas árabes que no tienen relación con el Ejército. De manera análoga, relativamente muchos hombres gays mencionan haber aportado su granito “*a llevar la carga de la Seguridad Nacional*” cuando defienden su derecho a la igualdad ciudadana exigiendo reconocimiento como grupo legítimo en la sociedad israelí.

La sociedad israelí, por tanto, se ha fundado, y sigue estando fundamentada en que el servicio militar es la puerta de entrada a la ciudadanía y a la participación adulta en la sociedad israelí.

Mujeres, servicio militar y ciudadanía en la sociedad sionista. Perspectiva histórica

Para empezar, sería importante hacerse una idea del contexto donde se ubican el movimiento feminista israelí y el Ejército, aunque también la sociedad en su conjunto. Antes de que se fundara el Estado de Israel, a las mujeres se les había concedido el derecho a votar en las instituciones del movimiento sionista. Su participación en la sociedad quedó definida por el modelo socialista, que consideraba central la aportación individual al todo colectivo. Se entendía que las mujeres, a su manera, aportaban su granito en términos de igualdad. La noción de ‘pionera’ fue parte integral de la empresa sionista. Al mismo tiempo, como resultado de la propia lucha de las mujeres, se las incluyó también en los primeros cuerpos combatientes de la comunidad sionista, los que precedieron a lo que sería el Ejército israelí: los cuerpos paramilitares *Palmakh* y *Haganah*. Con el establecimiento del Estado y del Ejército israelí, el que el servicio militar fuera obligatorio para ellas caía por su peso.

Sin embargo, ya en la propia guerra de Independencia (y en especial ahora que el Ejército se había convertido en un auténtico Ejército del Pueblo, que incluía a más personas que sólo a las y los pioneros más liberales), se decidió crear unas fuerzas femeninas, que se encargarían de tareas adecuadas para las mujeres y que impedirían que éstas pudieran ocupar papeles combatientes. A su vez, se instituyó la exención del servicio militar obligatorio para las religiosas, con objeto de que no se vieran obligadas, contra sus principios religiosos, a tener que trabajar con hombres. Un número considerable de mujeres israelíes quedaron exentas del servicio militar por esta vía.

Desde una perspectiva contemporánea y crítica, ya a inicios del movimiento sionista, las mujeres están excluidas de funciones importantes, y se puede identificar claramente un ideal de género conservador, el de la mujer como madre y educadora, que posibilita que su marido salga al mundo, a trabajar la tierra y participar en las guerras del país. En cualquier caso, durante muchos años, en la sociedad israelí prevalecieron unos valores relativamente igualitarios, según los cuales las mujeres, aunque mantenidas fuera de ciertos papeles sociales importantes, eran aún vistas como personas con un papel social relevante, como los hombres.

La Revolución feminista llega al Ejército israelí

El movimiento feminista en Israel, durante muchos años, sin duda hasta la década de los noventa, mostró poco interés por el tema del servicio militar y por la obligatoriedad de hacerlo (no afectaba a todas las mujeres; ellas tenían que hacerlo durante menos tiempo, y sus funciones estaban más limitadas que las de los hombres).

En 1995, una joven, *Alice Miller*, presentó una apelación a la Corte Suprema contra el Ejército israelí y las fuerzas aéreas, para exigir que se la permitiera formarse como pilota, una función muy prestigiosa en el Ejército vetada a las mujeres entonces. Esta acción legal sacudió las relaciones de género en el contexto del sistema militar israelí. Quedó al descubierto la falta de disposición de los hombres respecto a que se les permitiera a las mujeres acceder a estos puestos, que consideraban suyos en exclusiva, y el movimiento feminista israelí se dio cuenta de que tenía un nuevo punto en su agenda.

La oportunidad para el movimiento feminista era ideal: el tema del Ejército como punto de referencia para formular y exigir ciudadanía en términos de igualdad puede ser una herramienta formidable para la acción. Las mujeres podrían acceder a puestos militares que tenían vedados, y de ahí, podrían seguir avanzando a posiciones más prestigiosas e influyentes en la sociedad civil. Si las mujeres consiguieran ser verdaderamente iguales en su participación en temas de seguridad, se las vería como “más” iguales a los hombres y esto reduciría la opresión que resultaba de considerarlas personas débiles, tanto física como políticamente.

Así pues, como muchos otros movimientos que luchan por derechos sociales y políticos, el movimiento feminista israelí optó por abrazar el Ejército, animar al enlistamiento, apoyar el acceso de las mujeres a varias funciones militares y, en su conjunto, luchar por los derechos de las mujeres en el contexto del servicio militar.

Quince años después, existen mujeres en puestos de combate, y pilotas de caza, y hay más mujeres en altos cargos militares que nunca. El porcentaje de

mujeres en papeles de secretariado ha descendido, mientras que el porcentaje de mujeres que se enlista ha aumentado significativamente.

Entonces ¿todo bien? ¿Podemos decir de verdad que las cifras de enlistamiento, la igualdad de obligaciones en lo tocante a servir a la nación, y el que tengan permitido presentarse voluntarias para realizar una carrera militar es un camino a favor de la igualdad?

Existen otras posturas en el movimiento feminista. Algunas argumentan que el acoso machista y misógino y la violación son prácticas obligatorias inherentes al sistema militar, lo que obviamente no aporta nada a la hora de mejorar la situación de las mujeres; otras sostienen que sean cuales sean los cambios que se hayan producido en el Ejército respecto al tema de la igualdad, no son cambios profundos y no deberían ser entendidos como tales. La fuente principal de críticas procede de los elementos radicales del movimiento feminista israelí, donde se combinan los objetivos feministas con la lucha contra la Ocupación y contra la violencia.

Una crítica radical a las relaciones entre Ejército y movimiento feminista

En la última década se ha ido dibujando un enfoque feminista incluso más radical que el descrito anteriormente. Existen grupos que han articulado conjuntamente una manera diferente de pensar las conexiones entre el Ejército y la opresión de las mujeres, gracias a haber desarrollado una comprensión más inclusiva de las formas que adopta la opresión, y del activismo feminista y antimilitarista.

Estos grupos (New Profile es uno de ellos) consideran que el ejército, que por definición concibe la violencia y el combate armado como formas de resolución de los problemas, reproduce la noción de “guerrero” como norma para el hombre ideal. En torno a esta figura, se construye todo un espacio social, que es parte de un proceso social en el cual se persuade a la gente de que se identifique con el papel del combatiente. La consagración del combate trae consigo una consagración de la masculinidad convencional y de la fuerza física. Dentro de la jerarquía de un sistema militar así, las mujeres siempre aparecerán como el sexo más débil físicamente y siempre se les asignarán puestos inferiores. Esta estructura militar impondrá después sus valores a través de una concepción estereotipada de los hombres, que la sociedad transmite a través de sus procesos habituales de socialización.

Cuando un sistema social se construye sobre la base del control (sea esto en los confines de una jerarquía militar o bien en acciones dirigidas a una población ocupada), el poder y el control serán lo que caracterice las relaciones en esa sociedad. Éstas, a su vez, reforzarán los valores patriarcales en una sociedad ya

de por sí dominada por valores militares (en la familia, el trabajo y la política). Las mismas personas que el Ejército ubique en posiciones de poder basadas en una jerarquía de proeza física serán también, por regla general, las que accedan a posiciones de poder análogas en la sociedad civil, importándose de este modo el conjunto de valores militares, esos que defienden el combate, la violencia, la jerarquía basada en nociones de género, y las relaciones personales basadas en el poder.

Estas observaciones vienen avaladas por investigaciones recientes. La doctora *Orna Sasson-Levi*, en *Identidades de uniforme* [1] (una exhaustiva investigación que dirigió en cooperación con el Ejército israelí), recoge que las militares en funciones combatientes tienden a adoptar una identidad masculina alternativa en lugar de una identidad femenina alternativa, lo que en efecto significa que rechazan su identidad femenina. Sasson-Levi identifica un patrón similar entre los hombres israelíes que por alguna razón no pueden asumir la identidad del “*hombre combatiente*”. Otro estudio, realizado en la Universidad Ben Gurion, explica que el fracaso de la integración de las mujeres en las fuerzas aéreas se debe principalmente a que ellas no tienen “*la mentalidad adecuada*” para ser pilotos.

Desacuerdos entre feministas sobre la Ocupación, el Ejército y la violencia

Podemos aprender mucho de nuestro proceder, como personas y como parte de un grupo, en situaciones donde se produce un choque entre dos partes de nuestra identidad. El movimiento feminista israelí se ha dividido respecto al tema de la Ocupación, el Ejército y la violencia. Esto muestra, en mi opinión, que la parte de nuestra identidad relacionada con nuestra actitud hacia la violencia es más importante para nuestro sentido de identidad que la lucha feminista. En los dos grupos de actitudes opuestas hacia la Ocupación, hay mujeres que tienden a cooperar con personas que, aunque contrarias a la lucha feminista, se identifican con sus actitudes hacia el uso de la violencia y lo militar.

Y en este complejo estado de cosas, la lucha de las objetoras israelíes pone en cuestión una serie de mitos que prevalecen, por un lado, en el movimiento feminista y por otro, en la resistencia a la Ocupación y al Ejército.

Las mujeres israelíes se plantan: resistencia al Ejército y crítica en el Movimiento

Durante muchos años, la negativa a hacer el servicio militar por parte de las mujeres israelíes se solapó con el debate sobre el enlistamiento de las mujeres. La cláusula legal relativa a la exención por motivos religiosos para las mujeres quedó formulada de tal manera que pudiera incluir la exención por cualquier

razón de conciencia, religiosa o no, y era relativamente fácil que las mujeres jóvenes consiguieran dicha exención. Así, hasta 2002 sólo se registraron unos pocos casos de condenas por negarse a hacer el servicio militar, o bien de que alguna mujer fuera obligada a enlistarse. Las mujeres que se negaban a hacer el servicio militar formaban parte de los grupos de activistas contra el enlistamiento militar, pero no tenían que enfrentarse abiertamente con el Ejército como los hombres, cuya negativa pública a hacer el servicio les llevaba a la cárcel o una lucha legal. Ellas se quedaban fuera del debate público del tema. En el 2001, la situación cambió radicalmente con la publicación de la primera Carta de las y los Graduad@s de Secundaria (Shministim; incluida en esta antología), tanto en lo que respecta a la actitud del Ejército hacia las objetoras, como a la postura de éstas en el propio movimiento de resistentes y respecto a su papel en él.

La protesta por el lugar de las mujeres en el movimiento de resistentes al Ejército vino de las propias activistas. Las muchas mujeres que participaban en este movimiento sentían que las relaciones de poder en la comunidad de resistentes reproducían los opresivos patrones de género de la distribución de poder prevalente en la sociedad. Entonces dijeron: *“En la sociedad prevalente, las mujeres vitorean desde las aceras a los héroes que pasan; nosotras hacemos lo mismo pero fuera de las cárceles. Seguimos atrapadas en el eterno papel de apoyo y de cuidadoras. Incluso nuestra negativa es de segunda clase, un mero apoyo a su negativa”*. Las jóvenes shministim en colaboración con New Profile empezaron a recoger reflexiones de las mujeres sobre su rechazo al ejército; organizaron un día de estudio dedicado a las objetoras, y en general suscitaron el tema en el foro público, lo que causó fricciones dentro el movimiento. Por desgracia, cuando llegó el cambio no fue como resultado de esta lucha feminista, sino porque el Ejército cambió su política con las objetoras.

Al tiempo que numerosos objetores eran encarcelados de dos meses a dos años, el Ejército había iniciado un largo proceso legal en el tribunal militar contra cinco de ellos. *Haggai Matar*, uno de los cinco, se había declarado públicamente objetor contra el enlistamiento en el Ejército israelí casi con las mismas palabras que la activista *Hadas Goldman*, a quien, sin embargo, habían concedido el estatus de objetora de conciencia. Las autoridades militares reaccionaron ahora endureciendo los criterios para el reconocimiento de las objetoras: empezaron a enviar a la cárcel a las mujeres que se negaban a servir y hablaban de la Ocupación.

Una de las primeras mujeres encarceladas fue *Laura Milo*, que se defendió apelando en la Corte Suprema contra el ministerio de Defensa. Posteriormente, en una sentencia indignante del tribunal, se estableció que la exención sólo podía otorgarse por motivos religiosos. En la práctica esto significaba que se le iba a dar a las objetoras el mismo trato que a los objetores. Otra sentencia de la Corte Suprema obligó al Ejército a regular sus procedimientos respecto a los así llamados Comités de Conciencia y otorgar la exención sólo por razones de

pacifismo total, no a quienes argumentaran cualquier otra forma de objeción de conciencia, como por ejemplo, no querer participar en la Ocupación, o cualquier otra articulación del pacifismo que no le pareciera al Comité 'absoluta'. Estos desarrollos trajeron consigo cambios significativos en el escenario de la negativa a hacer el servicio militar en Israel: las mujeres empezaron a enfrentarse a un Comité de Conciencia inflexible. Aunque muchas y muchos aún eligen enfrentarse al Comité de Conciencia para conseguir el estatus y evitar la cárcel, existe un gran número de activistas que optan por la cárcel para así vincular este hecho al tema de la Ocupación.

Idan Halili – Objetora feminista

En octubre de 2005, tras el rechazo de su petición de audiencia ante el Comité de Conciencia militar, *Idan Halili*, se presentó en el Centro Nacional de Enlistamiento donde declaró que se negaba a servir en el Ejército israelí. Idan había escrito una carta de cuatro páginas, constatando las razones feministas de conciencia que la llevaban a negarse a enlistarse. Tres de sus argumentos eran que su visión feminista entraba en conflicto con las maneras violentas de resolución de los problemas del ejército; que el sistema militar hace un daño específico a las mujeres, tanto dentro del ejército como en la sociedad; y que la noción de igualdad lograda a través del servicio militar no sirve ni es válida para la consecución de una igualdad verdadera. Después de dos semanas en la cárcel, se le permitió, finalmente, aparecer ante el Comité de Conciencia del Ejército. El Comité no le otorgó la exención por razones de conciencia, puesto que en su opinión Idan no había demostrado ser pacifista, pero la dejaron ir por incompatibilidad. La negativa de Idan recibió apoyos del movimiento feminista de Israel, tanto de las radicales como de las menos radicales, pues todas se identificaron con su crítica al papel del Ejército en la opresión de las mujeres. Cuando fue puesta en libertad, Idan hizo una crítica muy clara a que se convirtiera a quienes iban a la cárcel en "héroes" para darle más legitimidad a su declaración política.

Objetoras encarceladas

En el verano del 2008 encarcelaron a seis mujeres por negarse a enlistarse (dos más están siendo juzgadas en el momento en que escribimos estas líneas). La Carta de las y los Shministim del 2008 está firmada sobre todo por mujeres. A diferencia de lo que ocurría antes, en la actualidad el Ejército es reticente a la hora de poner en libertad a las objetoras o de eximir las del servicio militar. Así pues, pasan largos periodos en la cárcel. Como este último grupo de estudiantes ha incluido a tantas mujeres, su carta ha atraído más atención en los medios de comunicación. La actitud de la sociedad hacia las jóvenes con preocupaciones sociales es más comprensiva que hacia los hombres, por el prejuicio patriarcal de que se espera que ellos asuman con más 'seriedad' la responsabilidad de la seguridad de Israel.

Tal y como están las cosas ahora, la principal misión del movimiento feminista no violento es buscar formas no heroicas de negarse a hacer el servicio militar, formas que no dependan de la figura de un héroe o heroína, ni de una ética del sacrificio o de la autoinmolación. Nuestro movimiento debe ser capaz de ofrecer una alternativa al discurso público convencional que tan fuertemente se construye sobre la noción del heroísmo, así como a nuestra tendencia a incluir la ética del sacrificio en la lucha política.

Un agradecimiento a Mirjam Hadar por la traducción del hebreo al inglés.

Notas

- [1] Orna Sasson-Levy, 2006. *Identities in Uniform: Masculinities and Femininities in the Israeli Military* (Identidades de uniforme: masculinidades y feminidades en el ejército israelí), Jerusalén: serie Eshkolot, Magnes Press, y Tel Aviv: Migdarim Series, Hakibutz Hameucahd Press (en hebreo).

Al Primer Ministro Ariel Sharon

Las personas abajo firmantes, jóvenes que crecimos y fuimos a la escuela en Israel, vamos a ser llamadas a cumplir con el servicio militar. Por la presente, le comunicamos nuestra protesta por la política agresiva y racista del gobierno israelí y de su Ejército, y le informamos de que no estamos dispuestas ni dispuestos a participar en la ejecución de dicha política.

Nuestra resistencia al implacable abuso de los derechos humanos por parte del Estado de Israel es rotunda: la expropiación de tierra, las detenciones, las ejecuciones sin juicio, la demolición de viviendas, el cercamiento, la tortura y el imposibilitar la asistencia sanitaria son sólo algunos de los crímenes que éste comete, en abierta violación de las Convenciones internacionales que en materia de derechos humanos ha ratificado como Estado. Dichas actuaciones no sólo son ilegítimas; además, no logran los objetivos que se proponen, a saber, aumentar la seguridad personal de las ciudadanas y los ciudadanos. Tal seguridad sólo se logrará mediante un acuerdo de paz justa entre el gobierno israelí y el pueblo palestino.

Consecuentemente, siguiendo nuestra conciencia, nos negamos a participar en cualquier acto de opresión contra el pueblo palestino, pues consideramos estos actos propiamente actuaciones terroristas. Hacemos un llamamiento a las personas de nuestra edad, a las personas reclutadas, a las soldadas y soldados en el Ejército permanente, y a quienes se encuentran en la reserva a que hagan lo mismo.

....

La presente carta, escrita por Shministims israelíes (curso 12, último de la secundaria), fue enviada al Primer Ministro israelí, Ariel Sharon, el tres de septiembre del 2001. Reproducimos la carta y no la lista de personas signatarias.

Una negativa audaz: historia de una mujer israelí

Por Idan Halili, New Profile

Mi historia de cómo fue que quedé exenta de hacer el servicio militar terminó en el 2005, cuando yo tenía 19 años. Intentaré describir cómo fue que me negué a hacer el servicio militar, el proceso por el que pasé y sus consecuencias e implicaciones.

Creía entonces, como creo hoy también, que participar en el Ejército sería para mí incompatible con los valores feministas que tengo y que tienen que ver con la lucha por la dignidad humana, la igualdad, la consideración de las necesidades específicas de los diferentes grupos y personas de nuestra sociedad, además de con el rechazo a la opresión.

No siempre me consideré feminista. Aunque desde muy pequeña había presenciado formas diferentes en que se les hacía daño a las mujeres, y aunque siempre me había producido rabia e indignación, me llevó mucho tiempo entender la conexión profunda entre los hechos. Aunque me había topado con miles de casos de opresión de las mujeres a lo largo de los años, no conseguí comprender de verdad cómo se conectaban los diferentes aspectos de la opresión de las mujeres hasta que realicé una inmersión profunda en las teorías feministas y empecé a trabajar intensamente contra dichas injusticias.

En el curso 11 [un año antes de terminar la secundaria], me hice de la Línea de Ayuda para Trabajadoras Migrantes, donde aprendí mucho sobre el tráfico de las mujeres y la prostitución. Empecé también a dar charlas sobre estos temas. Esta intensa actividad en los dos temas, que ilustran dos de los casos más extremos de cómo se oprime a las mujeres en la sociedad, me hizo pensar mucho en el feminismo e interesarme más por este movimiento. Fue entonces cuando empecé a ver cómo se conectaban todos estos tipos de explotación de las mujeres. Me di cuenta de que la forma en que se representa a las mujeres en la publicidad, el tema de la violación y otros abusos, el tráfico de mujeres, son todos expresión de la desigualdad fundamental que sufren las mujeres en nuestra sociedad.

Me educaron para que viera el Ejército como una organización benefactora, y yo creía, de hecho, que la manera más evidente y eficaz de ser útil para mi sociedad y mi país era haciendo el servicio militar. Pretendía enlistarme, por lo que, muy motivada, inicié el papeleo para solicitar mi ingreso en la inteligencia militar. Creí que la participación de las mujeres en el Ejército, codo a codo con los hombres, era una solución feminista, y que nos traería la igualdad.

Me surgió la oportunidad de hacer unos servicios comunitarios en un internado donde se hacían terapias y decidí posponer mi enlistamiento un año. Mientras trabajaba allí, mi conciencia feminista sobre las dificultades sociales que enfrentan las mujeres me llevó a hacerme cargo de un grupo de chicas. Esto me proporcionó una fuente valiosa de información sobre cómo las mujeres y las chicas interiorizan mensajes de la sociedad que les son destructivos. Me impliqué más en el activismo, iba a manifestaciones, y empecé a visitar regularmente a organizaciones feministas para ayudar, daba charlas, leía libros y artículos... En aquel año de servicios comunitarios desarrollé mi conciencia feminista considerablemente.

A medio camino de aquel año, decidí que mi manera de contribuir a la sociedad iba a ser desarrollando un trabajo feminista dentro del Ejército. Así que aparté los papeles de haber sido aceptada en la inteligencia militar y me fui a la Consejería de Asuntos de la Mujer, que lleva temas de violación y similares, entre otros, para preguntar si podría hacer el servicio militar allí. Fue una época en que mi conciencia personal se desarrolló muchísimo, y cuanto más consciente era de los dilemas feministas, con más frecuencia también se me planteaban dudas ante el tema de ingresar en el Ejército. Tuve que enfrentarme a un duro conflicto generado por el choque entre las ideas que me habían inculcado desde pequeña (según las cuales el Ejército es una institución benefactora, y participar en él es una forma especialmente respetable de hacer una aportación a la sociedad) y los valores feministas de dignidad e igualdad.

Un ejército es una organización cuyos valores fundamentales no pueden reconciliarse con los feministas. Es una organización patriarcal, y el patriarcado es una estructura social jerárquica facultada como tal por los valores “masculinos” de control, orientación al poder, y represión de la emoción. El que el ejército sea jerárquico por definición le impide ser igualitario. Además, su exigencia de uniformidad y obediencia imposibilita que puedan expresarse identidades y necesidades diversas. Un tipo de organización así, además, suele perjudicar a los grupos más débiles en su seno y fuera de allí.

El ejército afecta el estado mental de una sociedad, especialmente cuando asume un papel rector en la sociedad civil. Así, por vía de su naturaleza jerárquica, sitúa a los hombres en posiciones de poder en la sociedad, deformando la noción misma de la igualdad al establecer que la igualdad de género en función del grado en que se ha incluido a las Mujeres en áreas de actividad diseñadas por los Hombres. Existe además una Cultura Militar que tiene una profunda repercusión en la sociedad civil: la violación y abusos relacionados. Puesto que se trata de una organización violenta, el ejército es también responsable del incremento de la violencia en la sociedad, y como resultado de esto, de la violencia hacia las mujeres.

A continuación iré analizando estos puntos.

La exclusión de las mujeres de puestos de influencia en la sociedad

Las mujeres en el ejército (en cualquier ejército en el mundo) quedan relegadas a los márgenes del poder. En las sociedades donde el ejército ocupa un lugar central, la división de los papeles es incluso más machista. Las mujeres, en las sociedades militaristas, son excluidas sistemáticamente de los centros de poder y toma de decisiones. En una sociedad militarista, los hombres, por su parte, lo tienen más fácil a la hora de acceder a puestos de influencia. Para alcanzar puestos de poder social y político, las mujeres se ven obligadas a subvertir la aceptada división de papeles aunque probando que son capaces de lo mismo que los hombres.

Cuando el poder y la influencia en la sociedad y en un Estado se encuentran principalmente bajo el control de los hombres, no sufren sólo las mujeres que ambicionan ejercer ese poder también; sufre el conjunto de la población de mujeres. Las decisiones que afectan a todo el mundo en la sociedad son tomadas sólo por los hombres, desde su punto de vista. Esto significa que quienes suelen tomar las decisiones ignoran qué necesidades y dificultades enfrentan las mujeres en esa sociedad, por lo que son incapaces de darles respuesta, y se centran simplemente en lo que su experiencia les dice que son “los problemas”. El hecho es que la existencia de una sociedad militarista debilita a las mujeres como grupo.

De lo que yo comprendo, al enlistarte aceptas ser parte de un sistema que basa las relaciones en nociones de poder y control. El servicio militar implica contribuir a un marco que perpetúa sistemáticamente la exclusión de las mujeres de la esfera pública y que construye su lugar en la sociedad como un lugar secundario respecto al de los hombres.

Como feminista, mi obligación es contribuir a la construcción de alternativas civiles al ejército, que nos sirvan para aportar a la sociedad, mientras luchamos al mismo tiempo por reducir la influencia del ejército en la sociedad. No veo como se puede trabajar a favor de la igualdad y el reconocimiento de las necesidades de diferentes grupos si se está sirviendo en un sistema que perpetúa las desigualdades entre hombres y mujeres y en general en la sociedad.

El enquistamiento de los valores patriarcales y los estereotipos de género

En general, se suele pensar que la participación de las mujeres en el ejército es una forma de igualdad; por ejemplo, cuando consiguen realizar funciones consideradas “masculinas”, como entrar en unidades de combate, o trabajar en un entorno predominantemente masculino. La gente que piensa así argumenta que en estos casos, las mujeres no quedan excluidas de esos sitios y funciones

identificadas con los hombres (lo que se extiende al ejército en su conjunto como tal, puesto que se trata de una institución obviamente masculina). Sin embargo, el éxito de las mujeres en estos lugares se mide en función de su capacidad para adaptarse a la norma del soldado combatiente, el Guerrero, un símbolo fundamental militar junto con el de Héroe. Se espera que las mujeres se amolden, por tanto, a una imagen que en nuestra cultura está poderosamente identificada con la masculinidad estereotípica. Una institución fuertemente patriarcal, como lo es el ejército, subraya la marginalidad de las mujeres por un lado, y la superioridad de valores identificados con lo masculino por el otro. Y así, los hombres y las mujeres que pasan largos periodos en el ejército se ven sometidos a un proceso de formación estereotípica en papeles de género.

Es indudable que los estereotipos de género le hacen daño a los hombres y las mujeres. Aunque el daño a las mujeres es más fácil de definir y diagnosticar (dado que ellas suelen ser el objeto de la violencia, los intentos de humillación, el acoso), no debemos subestimar el daño que se le causa a los hombres, a quienes se les pide (de forma no verbal), para demostrar tener algún valor, que se amolden a un modelo que les exige actuar como opresores, humillar a otras personas, no tener sentimientos, moverse en el ámbito “dominador y dominado” y, en casos extremos, renunciar a muchos rasgos del comportamiento humano. Es imposible evitar esta desconexión, alienación y demás elementos del precio emocional que los hombres deben pagar por poder demostrar continuamente su “hombría”.

No planteo que el ejército sea el único responsable de la educación en modelos estereotipados de feminidad y masculinidad, puesto que dicha dicotomía es uno de los pilares de la sociedad patriarcal y la mayoría interiorizamos estos mensajes desde la infancia. Sin embargo, los ejércitos, por ser organizaciones patriarcales basadas en gran medida en imágenes de género estereotipadas, y por cómo están organizados, realizan una aportación considerable a la perpetuación de los estereotipos de género.

Las investigaciones han mostrado que las mujeres que han servido en funciones identificadas con los hombres o en un entorno casi completamente masculino dentro del ejército quedan desconectadas de los patrones de comportamiento identificados con las mujeres, y al tiempo interiorizan los patrones identificados con los hombres, desarrollando una actitud de desprecio y aversión hacia otras mujeres [1]. (Lo que prueba que el ejército se basa en valores “masculinos”, que son normativos, y vistos como deseables y superiores en ese contexto.) Y si desean ser parte de tal organización, tanto hombres como mujeres deben aceptar e interiorizar estos valores: orientación al poder, la violencia y una actitud de superioridad y de exclusión ante otras personas.

Para mí, intentar ser parte del ejército, entraría en conflicto abierto con mis valores feministas, requeriría que me sometiera a valores patriarcales y normas

masculinas. Estaría, por tanto, apoyando un orden social que se asienta en el poder y jerarquía. Yo no quiero probar que soy capaz de servir “igual que un hombre”. No busco un tipo de igualdad que me dé derechos que son el privilegio a priori de los hombres. Es absurdo, de hecho, que busque la igualdad dentro de una organización que es fundamentalmente y por definición no igualitaria, y que se encuentra en clara contradicción con mis principios ideológicos y con mi conciencia.

Mi deseo es ser una persona valiosa para la sociedad sin tener que suscribir principios jerárquicos y de dominación, y sin ser parte de una organización que es especialmente opresora en su concepción de las mujeres y de las poblaciones que no quedan incluidas en el grupo hegemónico.

El éxito de la Cultura de Acoso y Violación

Las mujeres del ejército suelen quitarle importancia al tema del acoso, incluso cuando llevan muy mal las insinuaciones sexuales que se ven forzadas a soportar. Lo normal es que no se quiera considerar la cuestión del acoso y violación como un tema grave. El ejército, como organización patriarcal y dominada por los hombres, crea condiciones óptimas para que se acose a las mujeres. Cuando las mujeres están muy motivadas para integrarse en el ejército, lo pueden pasar muy mal al verse obligadas a admitir que sufren acoso y que las horroriza. Se espera que aguanten, ignoren, y acepten hasta cierto punto estos comportamientos, y que incluso los tomen como algo “sencillamente natural”: como algo que halaga, un mal comportamiento que hace gracia. Así ocurre en especial cuando la situación enfrentada no es la de que un hombre concreto intente aproximarse repetidamente a una mujer concreta, sino la de un ambiente general, el Ambiente Acoso resultante, por ejemplo, de ciertos tipos de comentarios hechos por los hombres, canciones con alusiones sexuales más o menos explícitas, bromas de sexo, miraditas, silvidos, etc.

Investigaciones realizadas en el ejército estadounidense muestran una fuerte correlación entre este tipo de ambiente de acoso y los casos concretos de acoso [2].

Y así, las mujeres en el ejército, especialmente en los puestos más bajos, se encuentran oprimidas y marginadas casi de continuo, no sólo porque se las excluya de papeles que se reservan sólo a los hombres, sino además porque el entorno donde trabajan les es hostil y las debilita como mujeres. De hecho, podemos decir que el ambiente de acoso machista y misógino en una organización patriarcal y jerarquizada como la del ejército es endémico.

Así pues, cuando una mujer se enlista se ve obligada a lidiar con el acoso en un contexto en que se alienta ese mismo acoso. Es más, puesto que el Ejército es una institución central en la sociedad, la Cultura de Acoso y Violación se exporta también a la sociedad civil, donde se atrinchera.

Consecuentemente, yo, como feminista, entiendo que no puedo realizar el servicio militar y que debo actuar para limitar y reducir la influencia del Ejército en la sociedad civil.

El incremento de la violencia hacia las mujeres en la sociedad

Hay estudios que muestran una relación entre la violencia en la esfera pública y el que la cultura dominante considere a las mujeres inferiores a los hombres [3]. En estos contextos, la violencia hacia las mujeres dentro de la familia se ve legitimada. Una explicación es que en sociedades donde se enfrentan conflictos violentos, se legitiman los usos de la violencia en la sociedad civil, lo que actúa como refuerzo para que la sociedad civil se movilice e implique en el conflicto violento de naturaleza militar. Aquí, los niveles de violencia y de indiferencia hacia comportamientos violentos en cualquier ámbito de la vida, incluida la familia, incrementan en espiral. Así es cómo la violencia hacia las mujeres termina siendo tolerada y aceptable.

Cuando los hombres pasan un periodo formativo de sus vidas en el ejército, reciben refuerzos positivos por su uso de la fuerza bruta y la violencia, y desarrollan una actitud indiferente ante el uso de formas “suaves” de violencia “en determinadas circunstancias”. En una organización cuyos valores fundamentales incluyen la superioridad y el control, estos comportamientos suelen ser alentados en las actividades específicas profesionales (las militares), pero también en las relaciones interpersonales, en lo que respecta a las mujeres y a otros grupos considerados inferiores, y tanto en casa como fuera, en la calle.

Como feminista, tengo un compromiso con la lucha por asegurar que los derechos de las mujeres se respetan en la sociedad. No puedo ser parte de una organización que, directa o indirectamente, alienta el uso de la violencia hacia las mujeres (adopte ésta la forma que adopte). Por lo tanto, en mi opinión, ser feminista me impide servir en el ejército, sería una contradicción.

Me niego a ser parte del ejército no sólo en teoría. Al haber comprendido que existe una estrecha conexión entre todas las formas de opresión hacia las mujeres en la sociedad, he visto también que la única manera que tengo de vivir como feminista es vigilando, esté donde esté, las estructuras sociales que posibilitan que se abuse de las mujeres y de otros grupos no privilegiados, para así oponerme a ello y trabajar para que prevalezcan valores alternativos. El servicio militar me impondría una forma de vida que es profundamente contraria a mis valores y creencias morales. Para unirme a él tendría que negar y suprimir mis creencias fundamentales. No puedo vivir en una negación así de flagrante de mi conciencia y no puedo servir en una organización que pisotea los valores sobre los que está construida toda mi visión moral.

En Israel, donde la ley que impone la obligación de las armas a hombres y mujeres judías existe una serie de opciones legales a través de las cuales es posible que te otorguen la exención del servicio militar. Como he mencionado antes, me educaron para creer que el ejército era una organización positiva y vital y que servir en él era realizar una valiosa función en la sociedad. Hasta unos pocos meses antes de que fueran a llamarme a filas, ni siquiera había considerado la opción de negarme a ir. Cuando se me ocurrió, me vi sumida en mar de confusión, frustración y temores, y sentí que si iba a evitar el servicio militar, tenía que entender muy bien el significado de lo que iba a hacer, conocer muy bien mis razones para hacerlo y saber muy bien cómo iba a hacerlo.

En el periodo en que reflexionaba sobre la idea de negarme a servir, sentí que mis razones tenían que ser impecables, que no debía presentar ideas que no estuvieran plenamente fundamentadas, y que no quería conseguir la exención con razones que no fueran a reflejar fiel y plenamente mis pensamientos. Mirando atrás, sonrío ante las exigencias que me impuse, ya que -según lo veo hoy de claro- era casi imposible que una persona joven en un proceso tan complejo y que generaba tanta confusión, tanto a nivel personal como social, pudiera recorrer ese camino tan cargado y lleno de controversias sin tener carencias. Me sentía muy confundida: sentía claramente que el servicio militar entraba en conflicto con los valores en los que yo creía, pero sabía que “razones feministas” no era una opción para recibir la exención, y me estaba costando mucho escapar a las ideas con las que me crié sobre lo importante que era el ejército y lo implanteable que era no querer cumplir con esa obligación.

Durante mi principal periodo de confusión, en el que no conseguía conectar mis razones para no hacer el servicio militar con cómo conseguir la exención, estuve considerando mis opciones. En Israel, las mujeres pueden conseguir la exención del servicio militar de varias maneras. Una forma aceptable es por motivos religiosos. Yo no soy creyente, y donde me crié es un lugar conocido por su secularismo: estaba claro que si intentaba conseguir la exención por motivos religiosos nadie me creería. Otro modo es por matrimonio. Me pasó por la mente lo de casarme por conveniencia, pero duró poco porque no quería sentir que estaba “haciendo trampa”, y desde luego, no quería colaborar con las instituciones a cargo del matrimonio en Israel, que son, como poco, bastante patriarcales y anacrónicas.

La opción de quedarme embarazada y dar a luz, que también hace posible la exención, estaba descartadísima en aquel momento, por razones obvias, por lo que me quedaban dos opciones. Una era conseguir la exención por razones “psiquiátricas”. Estoy convencida de que la mayoría de las personas no tienen que mentir para que se las considere No Aptas mentalmente para servir en la organización militar, pero para mí aquella razón no describía la realidad de por qué objetaba yo al servicio militar.

La última opción era presentarme a un cuerpo militar llamado el Comité de Conciencia. Es un comité militar autorizado para otorgar la exención por motivos de conciencia. En la práctica, sólo aprueba solicitudes de personas que son pacifistas, quiero decir que quienes argumentan que no quieren hacer el servicio militar porque están en contra de la Ocupación, por ejemplo, no reciben la exención, puesto que se considera que se trata de una objeción a una política concreta del gobierno, y no al uso de la violencia del tipo que sea. Sólo quienes se declaran pacifistas y se niegan a emplear cualquier tipo de violencia, y quienes no ingresarían en ningún tipo de ejército, reciben la exención por motivos de conciencia en Israel. Hoy es fácil para mí definirme como pacifista, pero en aquel momento del proceso aún no me veía como una pacifista. Así que una vez más, debido a esas exigencias un tanto duras que me había impuesto, la de estar totalmente segura, la de no tener ningún tipo de reserva respecto a mis acciones, no quería pedir la exención por razones de pacifismo.

Cuando recuerdo el momento en que finalmente comprendí cómo no alistarme visualizo una imagen típica de los dibujos animados, cuando sobre la cabeza de la protagonista aparece una bombilla. En un momento puntual, totalmente diferente a cuando deliberaba continua y largamente en los meses precedentes, me di cuenta de algo. Comprendí que incluso aunque no existiera la opción de pedir la exención “por razones feministas” nada podía impedirme hacerlo. Tenía claro que la objeción feminista, la mía, es una objeción a cualquier ejército y no a una política concreta del gobierno. Sin duda, estoy contra la Ocupación, pero mi negativa a alistarme se hubiera producido incluso si no existiera la Ocupación e incluso si hubiera sido el ejército de otro país. Así que poco después estaba escribiendo una carta al Comité de Conciencia, en la que describía mis creencias feministas e intentaba explicar con el máximo detalle posible el vínculo que existía entre el feminismo y la objeción al militarismo, una explicación nada evidente para el público israelí que tiene una noción de feminismo completamente diferente.

Una década antes de cuando me tocaba alistarme, un caso del Tribunal Supremo llegó a los titulares en Israel. Una joven llamada Alice Miller quería ser piloto de combate y se le negó el ingreso porque era mujer. En su apelación al Tribunal Supremo, respaldada por organizaciones feministas liberales, pedía que se le otorgara la “igualdad”, así lo interpretaba ella, el “derecho” a ser piloto de combate igual que lo tenían los hombres.

El único aspecto que el público israelí consideraba una discriminación respecto a las mujeres es que ellas no podían realizar papeles considerados masculinos. El Tribunal Supremo dictaminó que esto era sin duda discriminación, y que las mujeres tenían también derecho a acceder a las fuerzas aéreas. A día de hoy, esto sigue siendo considerado un logro importante, y si preguntas a la gente en la calle sobre “ejército” y “feminismo”, no hay duda de que el nombre de

Alice Miller saldrá más de una vez. Así pues, sabía muy bien que cuando yo pidiera quedar exenta por razones feministas, se iba a generar asombro, como de hecho ocurrió.

Me llevaron a juicio con un tribunal militar y me condenaron a dos semanas en una cárcel militar de mujeres. Si me quedaba alguna duda en esta fase, iba a disiparse ahora: la cárcel militar reflejaba la opresión y el absurdo del sistema militar en extremo. Después de ponerme el uniforme de presa (que pertenece al ejército estadounidense; y según los rumores, son uniformes que sobraron de la guerra de Irak, que Israel recibió como donativo del ejército estadounidense...), me llevaron con unas 50 mujeres más de mi edad. La mayoría estaba en la cárcel por desertión, causada en muchos casos por la incapacidad del sistema militar para resolver adecuadamente sus problemas: había una soldada que había escapado porque su comandante había intentado violarla; una chica que era el único sustento de una familia numerosa cuyos progenitores eran minusválidos, a quien no le dieron permiso para trabajar y mantener a su familia; otra soldada que no había llegado a tiempo a la base porque su compañero, por celos, la había encerrado en casa; y muchas historias más. En lugar de comprender sus problemas, la forma natural en que el ejército lidiada con estas soldadas “inútiles” era enviándolas a la cárcel, lo que no ayuda en nada a resolver esos problemas, ni a mejorar su estado psicológico.

La experiencia más intensa que tuve en la cárcel fue el sentimiento de no tener ningún control. Cuando llegas a prisión, te quitan casi todas tus pertenencias, y te meten en una celda que está casi completamente llena de literas. Tú y las otras presas tenéis que limpiar las celdas todas las mañanas, pero por más que frotas, no consigues eliminar el insoportable olor a humedad, que penetra en los colchones, las mantas, los muros, en el aire mismo, en tus huesos. La mayor parte de las rutinas en la cárcel son formar y romper filas, y obligan a hacerlo en cualquier momento. Pongamos que estás en tu celda intentando leer un libro, hablando con otras presas o descansando; en cuanto oyes “¡60 segundos!” tienes que salir corriendo a formar filas con las otras presas. Estas órdenes, frecuentes, sin horas fijas, con su imposición de que lo dejes todo de pronto y rápidamente, alimentan el sentimiento de que no tienes ningún control sobre tu persona.

Cuando estuve en la cárcel, como me di cuenta después, mi espíritu de resistencia y mi capacidad para defenderme quedaron minadas en algún grado. Comprendí que la experiencia en la que no tienes el control sobre ninguna cosa y ninguna capacidad para tomar decisiones sobre lo que te afecta te hace sentir como si fueras una niña pequeña totalmente dependiente de las personas adultas que te rodean. Automáticamente, me vi reproduciendo patrones de comportamiento de la infancia, intentando “ser buena”, “no causar problemas”. Uno de los casos en que me di cuenta de cómo de absurda era mi situación fue cuando un día le pedí permiso a una oficiala para usar el teléfono público más de

tres minutos (tiempo máximo de las llamadas diarias de las presas) y me lo dio porque “era una buena soldada”. Admito que no me lo tomé como un halago...

Si la experiencia carcelaria fue dura para mí, no tengo duda alguna de que para quienes fueron condenadas a cárcel por haberse visto envueltas en problemas personales (en lugar de por libre elección) esta experiencia debió de ser mucho más dura y destructiva. Problemas alimentarios, uso abusivo de drogas, acoso y violación, son algunos de los ejemplos de las experiencias de muchas de las presas. La pérdida de control, quedar cortadas del mundo exterior, la soledad, los dolores, y los otros elementos de la vida en la cárcel, obviamente intensifican esas experiencias tan duras.

Las oficialas, debemos recordar, son chicas de la misma edad que las presas, y se supone que deben controlar y supervisar a las presas y todas sus actividades. Como no se las entrena para eso, no me cabe la menor duda de que no saben cómo lidiar con los diferentes problemas que sufren las presas, y tampoco me cabe la menor duda de que a algunas esa experiencia les ha hecho daño también. La obligación que tienen de actuar de maneras controladoras y opresivas en una situación tan absurda y deprimente, en las que se las obliga a oprimir a quienes lo están pasando muy mal, suscita preguntas que no son fáciles de resolver.

Pasar tiempo en la cárcel fue sin duda muy deprimente y no se lo recomiendo a nadie. En el movimiento de resistencia al ejército en Israel, a las personas que hacen objeción de conciencia se las envía repetidamente a la cárcel: varias semanas por negarse a alistarse, y cuando termina el primer periodo de cárcel, si persisten en su negativa, se las vuelve a enviar a la cárcel, una y otra vez, hasta que una de las partes cede: o bien la persona que objeta (normalmente decidiendo solicitar la exención por razones mentales) o bien el Ejército (normalmente considerándole persona No Apta para el servicio militar, no objetor u objetora de conciencia).

La elección de ir a la cárcel realizada por algunas de las personas objetoras es a veces vista como un acto casi heroico en el movimiento de objeción al servicio militar. Puedes sentir el aprecio que suscita tu determinación y disposición a renunciar a tu libertad y poner en peligro tu estado mental, que es lo que pasa cuando estás en la cárcel.

Durante mi tiempo allí, comprendí los problemas que plantea el encarcelamiento reiterado. No eres vista como una “combatiente heroica” dispuesta a sacrificar la vida y la salud mental por el servicio militar y la lucha, pero sí como una “objectora heroica”, dispuesta a “sacrificarse” yendo a la cárcel por sus creencias. En mi opinión así se reproduce justamente el patrón militarista de comportamiento que yo me niego a reproducir. Sin duda, en ocasiones caes en una trampa, porque por ejemplo si quieres darle voz a tu opinión (una objeción ideológica al servicio militar) en los medios de comunicación se espera que lo

narres como un acto “heroico”: no te has “sacrificado en la guerra” pero al menos has “sacrificado” tu salud mental en la cárcel.

Claro que sólo me di cuenta de esto después de la experiencia de pasar por la cárcel, de comprobar lo que implicaba, en el nivel más emocional. Fue cuando decidí que no quería cooperar con la imagen de “objetora heroica”. Al mismo tiempo, los procesos por los que pasé durante el periodo de mis encuentros finales con el Ejército me hicieron comprender que no necesitaba el sello de aprobación de éste para sentirme segura con mis creencias y mis razones para la objeción. Así pues, decidí no insistir en luchar por la exención como objetora de conciencia.

Al final de todo, después de ser puesta en libertad, y después de mi apelación, asistida por mi abogada, me concedieron el dudoso derecho de presentarme ante el Comité de Conciencia. La reunión con este órgano fue una experiencia absurda en sí misma. Unos días después, me otorgaron la exención como “No Apta para el servicio militar”, explicándose que la razón de “feminismo” no justificaba la exención como objetora de conciencia.

Una de las manipulaciones ridículas a las que me sometió el Comité de Conciencia fue intentar hacerme pensar que mi negativa a hacer el servicio militar era optar por “ser pasiva” frente a la opción de ser “activa” aportando un trabajo a favor del cambio “desde dentro”. De alguna manera, no me queda claro cómo unirme a la organización más masculina y chovinista del país vaya a poder generar acción feminista. Es cierto que en los estudios, en muchos lugares de trabajo y en la calle, también existe un ambiente de jerarquía, fuerza o patriarcado, pero sólo en el Ejército se da la combinación de tantos elementos opresivos juntos y de un modo tan extremo, y sólo allí estos elementos son vitales para la esencia de la organización. Un ejército no jerárquico, no agresivo o no violento no sería un ejército; así pues, no me queda claro lo que significa “hacer un cambio desde dentro” (para mí en el Ejército). El chovinismo masculino existe en todos lados, cierto, pero no es un fundamento en todos lados.

El ejército, a diferencia de otros lugares con ambiente agresivo, necesita los valores masculinos chovinistas y machista-misóginos para poder existir. Sin la adoración de la masculinidad combatiente, la gente empezaría a perder interés en las unidades de combate, que son la esencia del Ejército. Sin la represión de las emociones y la admiración de la superioridad y la capacidad de agresión, la gente tendría que desarrollar más compasión, humanidad y demás características que les incapacitarían para poder tirar bombas en el corazón de una zona de población civil densamente poblada, pegarle un tiro a la persona que tienen delante, humillar a familias enteras en el día a día, aceptar el riesgo de morir en cualquier momento, y otras materias militares rutinarias.

Otro argumento que escuché a raíz de mi negativa fue que el Ejército, al fin y al cabo, era una organización encargada de cuestiones de vida y muerte, y que éstas siempre serán más importantes que otros temas sociales, por muy dolorosos que éstos sean. Sin siquiera entrar en la discusión de si las actividades del Ejército salvan vidas o causan más muertes, creo que este argumento se encuentra basado en una perspectiva un tanto problemática para empezar.

No me cabe la menor duda de que en Israel en nombre de la palabra mágica “seguridad” se tiende a convertir el Ejército israelí en una vaca sagrada, por lo que, cualquier discurso social puede ser silenciado. Después de la Segunda Guerra del Líbano, el centro de ayuda a mujeres violadas recibió muchas llamadas de mujeres que habían sido atacadas en los refugios antibombas; en su intento de escapar a la habitual amenaza a la seguridad, se encontraron expuestas, sin protección, a una amenaza a su seguridad que no era menos dolorosa... No recuerdo haber oído que el gobierno o la sociedad estuvieran ofreciendo recursos para ayudar a las supervivientes de este gravísimo daño. No podemos ignorar tampoco a las mujeres asesinadas en Israel en los últimos años por maridos y familiares celosos, en ocasiones con armas que pertenecen a las fuerzas de “seguridad” o a empresas de seguridad. Las características del asesinato por razones de celos son bastante familiares para todo el mundo, y crean un ambiente de terror que no es menor que el terror que provoca una amenaza de seguridad “externa”. En cualquier caso, el asesinato en la familia o en la pareja se considera una cuestión “social” de importancia secundaria, no una cuestión en la que es necesario invertir todos nuestros recursos sociales, a pesar del hecho de que es un tema de vida o muerte, como lo son los conflictos armados entre diferentes grupos nacionales.

En mi acto de resistencia y en mi vida en general, he intentado cambiar las cosas desde dentro. No cambiar el Ejército desde dentro, sino influir, desde dentro de la sociedad en que vivo. Me gustaría vivir en una sociedad más sana, menos militarista, más igualitaria y respetuosa, y menos violenta y opresora. No creo que mi propio acto de resistencia por sí solo pueda generar todo eso, pero estoy contenta por haber tenido la fortaleza de unirme a un movimiento de personas dispuestas a plantear ciertas preguntas.

Un agradecimiento a Tal Hayoun por la traducción del hebreo al inglés.

Notas

- [1] Sason-Levy, Orna 2003 “Feminism and military gender practices: Israeli Women Soldiers in ‘Masculine’ Roles” (Feminismo y prácticas de género en el Ejército: las soldadas israelíes en papeles ‘masculinos’) *The Sociological Inquiry*, vol. 73, n.º. 3, pp. 440-465.
- [2] Firestone, Juanita M., y Harris, Richard J., “Sexual Harassment in the U.S. Military: Individualized and Environmental Contexts” (Acoso y violación en el ejército estadounidense: contextos particulares y sociales), *Armed Forces & Society*, vol. 21, n.º. 1, otoño 1994

- [3] Schmeidl, S. y E Piza-Lopez (2002). Gender and Conflict Early Warning: A Framework for Action (Aviso temprano sobre género y conflicto: un marco para la acción). International Alert y Swiss Peace Foundation.

Mujeres de Eritrea: en un cruce de fuegos entre la conscripción y que se las niegue ser objetoras de conciencia

Eritrea está en el Cuerno de África, y se independizó de Etiopía después de treinta años de una amarga, sangrienta y costosísima lucha armada. La guerra de Independencia empezó en 1961 y la independencia se consiguió formalmente el 24 de mayo de 1993, tras un referéndum supervisado por las Naciones Unidas en el que una aplastante mayoría votó a favor.

Eritrea es uno de los dos únicos países del mundo que reclutan a las mujeres. El gobierno ha militarizado el país por completo. El reclutamiento forzoso de jóvenes, niños, niñas y personas adultas menores de 50 años es diario. Desde el momento en que ingresan en el Ejército, les tratan con brutalidad, y hay pruebas de que violan a las niñas y a las mujeres. Nadie tiene derecho a cuestionar a las autoridades militares. Nadie tiene derecho a la objeción de conciencia. A las personas que se declaran objetoras, el régimen las considera cobardes y antipatriotas. No existe forma de defenderse en el ámbito legal, ni un servicio civil alternativo. Quien se declara objetor u objetora y quien deserta sufre tortura, penas de cárcel larguísimas e incluso condena a muerte.

El número de objetoras y objetores sobrevenidos (que declaran su objeción ya estando en el Ejército) aumentó después de la guerra de Fronteras con Etiopía (1998-2000). En la actualidad, son miles las personas que quieren objetar. Tienen que exiliarse. Un número considerable está buscando asilo político en Europa, especialmente en Alemania, y en Libia, Etiopía, Egipto, Israel y Sudán. En Alemania, la población refugiada eritrea ha fundado la *Iniciativa Antimilitarista de Eritrea*, que ofrece apoyo a otras personas refugiadas y trabaja para promover la paz y el antimilitarismo en Eritrea.

Debido al número abrumador de violaciones de derechos humanos de las mujeres a manos del ejército, el número de mujeres que intenta abandonar el país es alto. *Ruta Yosef-Tudla* y *Bisrat Habt Micael* son dos jóvenes lo bastante valientes como para contarnos sus experiencias. Ruta es pacifista, y salió del país antes de que la reclutaran. Bisrat nos habla de sus vivencias en el Servicio Nacional obligatorio antes de lograr escapar. En la actualidad, ambas viven en Alemania.

No existe ninguna organización de derechos humanos que organice campañas contra los abusos que sufren las personas reclutadas. La *Asociación de Mujeres Eritreas* trabaja para el régimen y muestra poca interés por (o bien no se las permite investigar) las violaciones y demás abusos que cometen los militares.

Se cree que una de cada cuatro combatientes del Ejército es mujer. Según la Proclamación del Servicio Nacional, que obliga a las mujeres a hacer el servicio

militar y emitida por el actual gobierno en 1994, todas las mujeres mayores de 18 años deben recibir formación militar durante seis meses para servir después un año en la Reconstrucción Nacional. Después de la Proclamación, la oposición a la participación de las mujeres vino en especial de las comunidades musulmanas y fue de carácter religioso. Según informes, en las tierras bajas, donde la concentración de población musulmana es elevada, el gobierno no muestra el mismo celo a la hora de cumplir con la Proclamación que en las tierras altas.

Después de la guerra de Fronteras con Etiopía, no se ha cumplido con la sección de la Proclamación que limita la duración del servicio a 18 meses. El grupo más afectado ha sido el de las mujeres: les han ampliado el servicio de manera ilimitada.

En los últimos años, el campo de entrenamiento de Sawa se ha convertido en el cuartel general para el Servicio Nacional Universal. Todas y todos los estudiantes de secundaria son obligados a hacer su último año de estudios, el curso 12, en Sawa; ninguno ha vuelto para continuar estudiando después de realizar el Servicio Nacional. Sólo un grupo pequeño ha sido transferido a facultades nuevas semimilitares, como la de Mai NefHi, abiertas después de que la Universidad de Asmara, la única en Eritrea, fuera cerrada por el gobierno. Los rectores de las nuevas universidades son militares.

Hasta la guerra de Independencia, en Eritrea, la sociedad era muy tradicional y patriarcal, pero las cosas han ido cambiando en los últimos años, especialmente en las ciudades. Legal y teóricamente las mujeres son iguales a los hombres. En general, todo el mundo tiene derecho a la educación. Las mujeres que han estudiado tienen mejor estatus en la sociedad: disfrutaban de igualdad de oportunidades en el ámbito laboral; en las ciudades pueden tomar decisiones sobre su propia vida respecto a casarse y similares; y pueden participar en política y en campos tradicionalmente exclusivos de los hombres. Sin embargo, la dominación masculina ha sido muy prolongada, por lo que su participación plena y el que la sociedad proteja su nuevo estatus no se encuentran más que en sus comienzos.

Tanto las zonas cristianas de las tierras altas como las zonas musulmanas de las tierras bajas son conservadoras en sus actitudes para con las mujeres. El padre o el hijo mayor es el jefe de la casa. Si éstos no están, los tíos o familiares hombres tienen el poder sobre las mujeres y las niñas. Las mujeres se ocupan de lo doméstico, como del cuidado de las niñas y los niños y de llevar la casa. Los hombres son los que toman las decisiones de toda la vida social y económica de la familia, incluido con quién van a casar a sus hijas. Hasta hace muy poco, los hombres eran los únicos que participaban en política en los poblados. Sólo los hombres podían ser jueces, funcionarios y similares. Sólo los hombres podían ser Ancianos, del Consejo que arbitra y media en los conflictos en las aldeas.

El proceso de armar a las mujeres de Eritrea empezó durante la lucha por la Independencia: tanto el *Frente de Liberación Popular de Eritrea* (FLPE) como el *Frente de Liberación de Eritrea* (FLE) lo apoyaron. El FLPE en concreto lo presentó como parte de su lucha por la igualdad de las mujeres.

Lograda la Independencia, las mujeres pasaron a tener un estatus oficial en el Servicio Nacional. Algunas y algunos académicos explican que la participación de las mujeres durante la guerra de la Independencia contribuyó a romper la dominación de los hombres: su estatus mejoró de hecho porque accedieron al poder político. Se nombraron ministras y otros cargos importantes. La primera Constitución, de 1997, estableció la igualdad. El documento reservaba el 30% de los escaños parlamentarios para ellas, a lo que se podrían sumar los que se hubieran ganado en las elecciones. Sin embargo, la posición de las mujeres ajenas a este ámbito no cambió, y conservó sus elementos más duros, en especial, para las que eran reclutadas para el Servicio Nacional.

Después de la Independencia, el FLPE estableció de inmediato un gobierno de transición con miembros suyos en todos los puestos administrativos y lugares claves. En su Tercer Congreso de 1994, el partido cambió el nombre a *Frente Popular por la Democracia y la Justicia* (FPDJ). Sin embargo, el régimen no era democrático y sí era injusto, además de inconstitucional. En septiembre del 2001, el FPDJ aplastó a toda la oposición, ignorando la Constitución ratificada en 1997.

En la actualidad, el FPDJ ejerce una brutal dictadura y es el único órgano que hace leyes. A la población se le niegan derechos humanos y civiles básicos; todas las protestas terminan en detenciones arbitrarias, cárcel y tortura. Para todas las personas del país que imaginaron una nueva nación de paz, estabilidad y prosperidad, el nivel alcanzado por las guerras, la corrupción y el abuso de poder que siguió a la Independencia les parece inconcebible. La Eritrea de hoy es un país donde la pobreza y la opresión lo dominan todo. No existe prensa ni televisión independientes y todas las fuentes de información son propaganda del gobierno.

Aquí presentamos las historias de Ruta y Bisrat en sus propias palabras, los textos han sido revisados para incluirlos aquí.

Introducción de Ellen Elster y Abraham G. Mehreteab. Una versión distinta de esta introducción apareció en El fusil roto, nº 68, noviembre 2005.

Ruta Yosef-Tudla: "Me opongo por principios a la guerra"

Nací el 27 de noviembre de 1987 en Asmara, y tengo cuatro hermanos. Mi madre murió en 1996 y aquel mismo año, a mi padre lo detuvieron y encarcelaron sin dar ningún tipo de explicación. Después de que muriera mi madre, se encargó de nosotras mi abuela por parte de madre, y yo tenía que ayudarla. Cuando ella también murió, en 2001, se hizo cargo de nosotras mi abuela paterna (es de un poblado) y también tuve que ayudarla, por eso dejé de ir a la escuela. En 2003 dejé la escuela del todo.

En Eritrea me fue muy mal. En la escuela nos daban formación militar dos veces a la semana, dos o tres horas. A veces hacíamos marchas muy largas, otras el entrenamiento era en la escuela. A las chicas nos llevaban a Gahtelay, donde hace muchísimo calor y podías morir de sed. Dos de mis compañeras del colegio murieron allí.

Casi todas las estudiantes, sobre todo durante la guerra, eran reclutadas sin escapatoria y las llevaban a Sawa y al frente. Unas morían en combate, otras quedaban heridas y ahora tienen discapacidades; otras volvían y lograban terminar sus estudios.

El 24 de mayo es el Día de la Liberación. Todo el mundo lo celebra. En la tele salen adolescentes celebrándola, en desfiles y haciendo ejercicios todas y todos al mismo tiempo. Tres meses antes de la celebración, se va recogiendo a estas personas en las escuelas. Si alguien hace algo mal le pegan una paliza. Una vez, hasta los padres y las madres protestaron: se negaron a que sus hijas e hijos fueran a la escuela. Las madres, muy valientes, organizaron una manifestación, aunque estaba prohibido. Dijeron: *"Se interrumpe la educación de nuestras hijas. Eso hará que se las vea mal en la sociedad. Por eso, es necesario que continúen en la escuela, que las dejen volver a estudiar. Si tienen que ir a algún tipo de formación [militar], que sea de manera voluntaria."* Por esta manifestación, se consideró a las madres opositoras a la Independencia. A unas las detuvieron. No hay libertad de expresión. Tampoco hay libertad religiosa. Para las mujeres, la situación es especialmente difícil. A algunas se las llevaron a la fuerza a Sawa, donde recibirían un entrenamiento básico. Allí las trataron como a esclavas y también las violaron. Las cristianas quedaban embarazadas de los musulmanes y al revés. A algunas las repudiaron sus familias. Era horrible soportar esto para las mujeres, por eso algunas se suicidaron, otras se practicaron un aborto, y algunas se volvieron locas.

Quienes viven en Eritrea sin problemas son de familias de gente importante o con mucho dinero. Las hijas y los hijos de los gobernantes, de los generales, de los funcionarios y demás no son reclutadas. El resto de la gente se ve obligada a

morir en la guerra. A mi modo de ver, eso no está bien. Todo esto me ha minado mi fuerza y me ha dado mucho miedo.

Como yo había dejado de ir a la escuela (por ayudar en casa), no me iban a dejar volver, me enviarían al Servicio Nacional. A algunas adolescentes las reclutaban a la fuerza en la calle. Así que iba a llegar el día en que me llevaran a mí también.

Yo tenía muy claro que no quería ir al Ejército por varias razones. Una es que mi corazón es sensible, es mi naturaleza. Además, recibí educación religiosa, y sería pecado para mí participar en una guerra. Es más, yo me opongo por principios a la guerra. No sé por qué se hacen las guerras. ¿Quién muere y quién se salva? Los gobernantes, los miembros de sus familias y sus hijas e hijos están a salvo. El resto debe morir. ¿Existe alguna guerra con sentido? La guerra asesina a las personas y genera pobreza. Las niñas y los niños sufren.

Otra razón es que se llevaron a dos hermanas mías a la guerra y nunca volvimos a saber de ellas. Otra razón era que a mi padre lo detuvieron sin dar ninguna explicación. Se lo llevaron cuando no estábamos en casa. Después los soldados volvieron para registrar la casa. Yo les pregunté: “¿Por qué le habéis detenido? ¿Dónde está?” y en lugar de contestarme me dieron una paliza. Y seguimos sin conocer el paradero de nuestro padre.

Así que yo estaba en una posición muy difícil porque podían reclutarme en cualquier momento. Un amigo de mi padre me prometió que me iba a ayudar a salir del país. Pude irme con él a Sudán en 2003. No me quedé allí mucho tiempo, un mes o dos.

No me siento bien desde que llegué a Alemania. Vivo en un pequeño pueblo, Seeheim-Jugenheim, cerca de Darmstadt. Tengo problemas con la Oficina de Asuntos Sociales. No me permiten ir a visitar a mis amistades o a mi familia. Solicité que me trasladaran a otro alojamiento, y les pareció bien que pudiera vivir con familiares, pero al final rechazaron mi solicitud. Ahora, a menudo no estoy en el campamento. Así que me han reducido varias veces los servicios sociales.

Ruta Yosef-Tedla fue entrevistada el 2 de junio del 2004. Traducción al inglés de Axel Heinemann. La versión alemana fue publicada en: Connection e.V. (editor) Offenbach, Germany: “Eritrea: Kriegsdienstverweigerung und Desertion”, noviembre 2004.

Bisrat Habte Micael: “Estoy más que harta de la guerra”

Nací el 10 de enero de 1981 en Asmara. Terminé el curso 11, hice mis exámenes finales. Sólo tenía 15 años. Nos dijeron que nos darían las notas cuando hubiéramos hecho la Formación Básica con el Servicio Nacional. Por eso tuve que hacer el servicio militar a los 15 años. Deseaba que mis notas fueran buenas para así poder marcharme de allí, después de la Formación Básica, y seguir con mis estudios. Así pues, en 1996 fui reclutada por el Servicio Nacional en su quinta ronda de reclutamiento y me llevaron a Sawa a hacer aquel entrenamiento.

El tiempo que pasé en Sawa fue duro. Era la época de las lluvias y las instalaciones de Sawa estaban en muy malas condiciones entonces. Muchas enfermaron, de hepatitis. A menudo cogíamos hipo; lo llamamos lewti. Aunque estuviéramos enfermas nos obligaban a formar cuando pasaban lista. Tenías que estar gravemente enferma para que el Servicio Nacional te concediera unos días. Nos obligaban a participar en ejercicios militares hasta la extenuación. No les importaba si sobrevivías o te morías. Sin embargo, a las familias de los altos mandos les trataban diferente. Les otorgaban la exención del servicio militar incluso sin enfermedad.

A muchas chicas las violaban. Había chicas que sobrevivían a la situación tomando ellas la iniciativa de insinuarse a oficiales para que así no las violaran. Los oficiales eran todos hombres. Las chicas que no se dejaban, las que les rechazaban, eran enviadas a los peores trabajos, o al frente. Las chicas que habían sido violadas y les rechazaban eran enviadas al frente. Las chicas que eran agradables eran tratadas bien. A menudo quedaban embarazadas, sin quererlo.

Después de seis meses de Formación Básica llegué a la división 381. Al principio se suponía que iba a trabajar de secretaria, pero después me enviaron al frente. Esto me sorprendió. Había asumido que haría un total de 18 meses de servicio militar. Quitando las vacaciones, esto habría sido 8 meses más después del fin de la Formación Básica, es el tiempo que suelen hacer los soldados. También había solicitado vacaciones, pero mi superior no quería que me las tomara. Quería que cocinara para él y que fuera su muñequita. Me negué.

Las chicas que se negaban a jugar a ama de casa tenía que hacer guardias nocturnas de 3 o 4 horas como castigo. También castigaban a los jóvenes que las ayudaban; les castigaban a estar firmes bajo el sol durante un día entero. A las chicas que jugaban al juego, las trataban mejor. Les daban una habitación mejor, una cama bonita, y vacaciones cada mes para visitar a su familia. Pero no había muchas que lo hicieran. La mayoría se negaba. Siempre pensábamos que cuando terminara el servicio militar podríamos volver a casa.

Después de los 18 meses en eso, tuvimos que hacer dos meses más. Y entonces empezó la guerra. Es difícil describirlo... Fue horrible. Por ejemplo, cinco o seis jóvenes soldados murieron y los dejaron en el campo. Cuando la unidad se retiró del frente para un descanso, algunas personas salieron corriendo a ver a sus familias, sin autorización. Cuando volvieron, su unidad ya habían partido al frente, pero las hicieron ir al frente solas como castigo. A otros incluso los ejecutaron.

Yo estoy más que harta de la guerra. Dije que estaba enferma, aunque eso significaba que tendría que quedarme allí, no irme a casa. Después de insistir con peticiones y quejas, conseguí cinco días de vacaciones, pero me ausenté 10. Entonces me asusté muchísimo. Volví. De castigo, tuve que cargar un contenedor grande de agua arriba y abajo de una colina durante una semana.

En mayo de 1999 el comandante de la unidad intentó violarme. Yo grité y otras personas corrieron a ayudarme. Impidieron que pasara. Pedí que le castigaran, pero él era el encargado de informar sobre mi queja a sus superiores. No le castigaron. Después mi superior me presionó y contó mentiras sobre mí, porque yo seguía sin ceder a sus exigencias. Por ejemplo, me acusó de robar dinero, aunque él no dejaba dinero por ningún sitio. Informó sobre sus acusaciones a sus superiores para que me castigaran. Era insufrible. Así que me fui con mi familia, a Asmara.

Después de un mes, me detuvieron, y me llevaron al cuartel de policía de Gegeret. Después de aquello, me enviaron a Adiabeto. Yo pedía una y otra vez: “Quiero que me lleven a mi unidad. Si me van a castigar, quiero que me castiguen allí”. Después de varias semanas, conseguí escapar de la cárcel de Adiabeto y fui a Adisegdo. Conseguí quedarme allí más de un año, escondiéndome todo el tiempo. Como no había vuelto, las autoridades presionaron a mi padre, y finalmente lo detuvieron. Con la ayuda de sus amigos, conseguí escapar a Sudán. Estuve allí una semana para preparar el resto de mi vuelo.

En Sudán también tenía miedo de que me detuvieran. El presidente de Eritrea, Afewerki, había dado la orden de que detuvieran a las y los desertores y los trajeran de vuelta a Eritrea. El gobierno de Eritrea exigía que los jóvenes que hubieran huido a Sudán fueran devueltos y a veces el gobierno sudanés lo hacía, los deportaba. En Eritrea, les pegaban un tiro, o simplemente desaparecían. Además, el Servicio Secreto de Eritrea opera en Sudán y a veces secuestra a mensajeros secretos de Eritrea, y también soldados y soldadas de a pie. A esto hay que añadir la corrupción de los soldados sudaneses, por ejemplo en Kessela. Debido a los conflictos entre Sudán y Eritrea, no les importa lo que les pase a las y los desertores. Detienen a quienes no les dan dinero y les dejan en la frontera. Las desertoras y los desertores ni siquiera pueden esperar ayuda de las Naciones Unidas.

En Sudán me quedé un mes con un familiar en Khartoum. Con su ayuda y la ayuda de los que se ganan la vida ayudando a la gente a cruzar fronteras conseguí llegar a Alemania.

Aquí en Alemania estoy bien. He encontrado mi descanso. Mi solicitud de asilo, sin embargo, ha sido rechazada por las autoridades. Estoy recurriendo la decisión pero no tengo muchas esperanzas. No sé cómo está mi familia, y estoy muy muy preocupada. No puedo escribirles ni llamarles, porque probablemente les vigilan. Tengo miedo de que las autoridades averigüen que mi familia me ayudó a escapar. No sé nada de mi padre. No sé si sigue vivo. A mis hermanas las ha reclutado el Servicio Nacional. Mi madre está sola. No sé cómo pueden soportarlo.

Bisrat Habte Micael fue entrevistada el 28 de mayo de 2004.

Traducción del tigrí al alemán de Yonas Bahta y Abraham Gebreyesus.
Traducción del alemán al inglés por Andreas Speck.

Fuente: Connection e.V./Eritreische Antimilitaristische Initiative: Dokumentation: "Eritrea: Kriegsdienstverweigerung und Desertion".

Mujeres de Estados Unidos resistentes a la guerra del Golfo, de Afganistán y de Irak

En Estados Unidos el ejército se profesionalizó en 1973, por lo que en la actualidad se compone de personal voluntario. Existe un sistema sólidamente diseñado para captar a gente joven; la financiación anual para los programas de reclutamiento y retención pasó a ser más del doble del 2003, con \$3.400 millones, al 2007, con \$7.7000 millones. Hoy en día, las mujeres constituyen el 15% de las fuerzas, casi medio millón de los tres millones de militares en las fuerzas armadas combinadas. De los efectivos desplegados en Irak y Afganistán, el 11% son mujeres [1]. Aunque ellas no pueden ocupar "*posiciones combatientes*" (política empleada por el Ejército para reclutar a las mujeres), la realidad es que cualquier puesto ocupado en guerras como las de Irak y Afganistán es un puesto combatiente.

Existen numerosas razones por las que las mujeres ingresan en el Ejército. *Stephanie Atkinson* y *Tina Garnanez*, aunque se enlistaron con casi 20 años de diferencia, explican que venían de familias pobres con escasas oportunidades, y que no sabían qué iban a hacer en su vida adulta. Jóvenes en situaciones así son un blanco fácil para los grupos de captación militar. *Anita Cole* y *Diedra Cobb*, que habían pasado por la universidad antes de ingresar en las Fuerzas Armadas, nos cuentan que pensaban que así servirían a su país "*sacrificándose por el bien común*", tema que utiliza el Ejército en sus campañas publicitarias. Cada una de estas mujeres se enfrentó a una difícil decisión a medida que crecía su oposición a la guerra. La declaración de *Katherine Jashinski* refleja lo que todas decidieron: "*No comprometeré mis creencias por ninguna razón*". Todas pagaron un precio por sus acciones.

A *Stephanie Atkinson* y a *Diedra Cobb* se les pidió un artículo para esta antología, y les fue doloroso escribirlo. *Stephanie* manifiesta: "*Me cuesta una verdadera lucha contra lo que me pasó*". "*A veces no sé si quiero visitar esta historia*", escribe *Diedra*. Para ella, incluye mencionar que la violaron en unos barracones. La violación es una amenaza muy real para las mujeres que sirven en el Ejército: documentos gubernamentales demuestran que casi un tercio de las mujeres militares son violadas. Las dos tienen muy claro lo difícil que es cuestionar el Ejército estando en él. Como cuenta *Stephanie*, "*Fue años después de mi resistencia cuando empecé a educarme para poder entender racionalmente lo que me había generado tanto malestar*". Menciona los escritos de *Cynthia Enloe* como buena fuente de información sobre nacionalismo y masculinidad desde una perspectiva feminista. La invitamos a escribir sobre esto, pero nos dijo que ése sería otro capítulo que no podría escribir para la presente antología. No obstante, sí habla ahora lo que llama "*la Cultura hipermasculinizada Militar*". El mensaje que le envían a las mujeres militares, nos explica, es: "*Os permitimos*

estar aquí pero nunca seréis como nosotros". Existe un tipo de feminidad que no amenaza a esta cultura, pero no todas las mujeres encajan en él.

En agosto del 2008, el informe del Observatorio del Congreso (Government Accountability Office) recogió que los altos cargos y los comandantes habían obstaculizado (al no apoyar) los pasos para combatir la violencia "sexual" dentro del ejército: *"Las cifras más recientes del Pentágono reflejan que casi 3.000 mujeres sufrieron agresiones "sexuales" (violación) en el año fiscal 2008, un 9% más que el año anterior; y que entre las mujeres sirviendo en Irak y Afganistán, la cifra asciende un 25%. Cuando contemplamos el universo entero de las víctimas, casi un tercio manifiestan haber sido violadas o acosadas en servicio, el doble de lo que ocurre entre civiles."* [2]

Jessica (prefiere que no utilicemos su apellido) es una de las mujeres que pasó por una experiencia así y que no ha podido escribir sobre ella, aunque lo ha intentado. Contó su historia por primera vez en público en un acto para gays y lesbianas que habían sido víctimas de la violencia. La mayoría de las historias contadas aquella noche eran sobre terceras personas, pues no habían sobrevivido a la tortura homófoba a la que habían sido sometidas. Pero Jessica contó su propia historia. Cuando estuvo en el Ejército, un día fue a un bar gay, y al salir a tomar el aire, los sargentos que la conocían del cuartel la secuestraron y la violaron, estrangulándola y abandonándola porque la dieron por muerta. Unas estudiantes de secundaria que trabajan para evitar la captación militar en sus institutos, le pidieron a Jessica que diera una charla en su grupo, YouthPeace (JóvenesPaz), y lo hizo.

Jessica ingresó en el Ejército a los veintipocos. Antes había trabajado como entrenadora personal en fitness. Físicamente estaba fuerte, y eso les parecía amenazante a los militares hombre. El acoso lo sufrió desde el primer entrenamiento. Habló de cómo consiguió sobrevivir a las violaciones y al estrangulamiento, de cómo le robaron documentos del caso, de cómo la hicieron volver a empezar desde cero en los entrenamientos después de trasladarla a otra base. Jessica sufría Trastorno del Estrés Post Traumático, pero en el Ejército no se le prestó asistencia médica para tratarlo. Eligieron a Jessica, contó Stephanie, porque no se ajustaba al "nivel de feminidad" que exige la "Cultura hípermasculinizada Militar". Después de un año entero de horribles abusos, Jessica pudo abandonar el Ejército con dinero suficiente para ir a la facultad y recibir atención médica. Sin embargo, hasta el momento, le ha sido demasiado doloroso escribir su historia. Espera poder hacerlo algún día, pero necesita más tiempo para recuperarse.

En esta sección de la antología podréis leer a mujeres que se enlistaron en el Ejército estadounidense a lo largo de un periodo de veinte años, desde las militares que fueron enviadas a la Guerra del Golfo, a las que sirvieron en Irak y Afganistán. Hablan de sus evoluciones en los primeros entrenamientos, influidas

por lo que iban leyendo, por lo que aprendían del papel de Estados Unidos en el mundo, por el hecho de recibir un arma, y enfrentarse finalmente a la realidad de la guerra y el hecho de matar. Aunque cada una tiene una historia personal propia sobre cómo fue que decidió oponerse a la guerra, y a abandonar el Ejército, sus vivencias son de hecho compartidas por muchas otras mujeres cuyas historias no han sido contadas jamás.

Introducción de Joanne Sheehan, Liga de Resistentes a la Guerra (WRL)

Notas

- [1] Budget figures: The Washington Post, May 11, 2009. Todas las cifras sobre el Ejército son del Departamento de Defensa de EEUU, 2009
- [2] The War Within (La guerra de dentro), de Nancy Gibbs, Time Magazine, 8 de marzo, 2010

Orgullosa de ser desertora

Por Stephanie Atkinson

No soy objetora de conciencia. No soy alguien que haya tenido que defender sus creencias de negarse a participar en la guerra. Soy alguien que cuando fue llamada a filas para participar en una guerra que consideraba injustificable por muchas razones, se negó a hacerlo. Me convertí en una desertora del Ejército estadounidense por mi oposición a la Operación Tormenta del Desierto. Soy sólo una más en un largo historial de resistentes a la guerra, pero estoy orgullosa de aquella decisión, de haberme negado a participar en aquella guerra.

Si el Ejército estadounidense acepta otorgarte el estatus de objetora de conciencia, sales del Ejército honrosamente. Esto ocurre, no obstante, después de un proceso militar largo y muy difícil, en el que las objetoras y los objetores tienen que defender su proceder, que suele ser coherente con una oposición a la guerra por motivos religiosos o morales.

Yo me defino como resistente a la guerra por muchas razones pero nunca he presentado una solicitud para el reconocimiento del estatus de objetora. Además, si lo hubiera hecho, creo que no habría podido defender mi oposición a la guerra ante el Tribunal Examinador. Mis razones fueron sobre todo políticas, y en cualquier caso, indefinidas. En lugar como objetora, me veo más bien como una persona orgullosa de haber desertado. Pienso que hay mucha gente como yo, quizá no sientan este orgullo que yo siento, pero han desertado o han hecho el Ausente Sin Permiso (AWOL, en inglés); personas que quizá no sepan explicar bien por qué, pero que han acumulado una serie de experiencias y de sentimientos que las han llevado a sentir que *“algo no va bien”*. Pero me cuesta mucho contar la historia de mi experiencia. No tengo, por ejemplo, el sentimiento de haber hecho algo noble por haberme opuesto a ir a guerra por profundas convicciones religiosas. De hecho, no soy creyente. Cuando me opuse a ir a la guerra, no disponía de ninguna argumentación, ni elocuente ni sólidamente razonada, ni basada en datos ni en un análisis político. (Esta educación me vino más tarde, y me sirvió para validar y darle una fundamentación a mis sentimientos.) Pero sí tenía sentimientos y experiencias que me decían que estaría mal participar en la primera guerra del Golfo. No me conmovían los discursos patrióticos y sobre la lealtad. Pasar a estar Ausente Sin Permiso no me supuso un dilema moral o amoroso que requiriera justificación religiosa o moral. No sentía la presión de si *“mi país tenía razón o no”*. De hecho, sentía lo contrario: *“Esto está mal, por muchas razones, y no lo voy a hacer. Personas de los dos bandos morirán, se dilapidarán recursos y dinero, y nada de esto ayudará a conseguir nada para mejorar las condiciones de nadie”*.

Cómo fue que ingresé en el Ejército estadounidense

Me alisté en las reservas del Ejército estadounidense a los 17 años, en septiembre de 1984, con la autorización de mi madre. Lo decidí de repente, sin pensarlo mucho. No tenía esos planes; no tenía planes de ningún tipo. Aunque en el instituto había sacado matrícula de honor, no había recibido mucha orientación de nadie. A eso hay que sumar que mi vida en casa estaba llena de problemas emocionales y económicos. En mi último año de secundaria, empecé a preparar mi marcha, con unas ideas vagas sobre mi futuro. Había abandonado todas las actividades extracurriculares y me había buscado empleos a tiempo parcial, sólo iba al instituto la mitad del día. Lo que más ansiaba era independizarme, poder mantenerme económicamente, y empezar mi vida.

Me crié en un pueblo. Hay muchas comunidades como la mía: agraria y obrera, política y religiosamente conservadoras y con oportunidades económicas limitadas. (Más tarde, cuando conocí a otras personas resistentes, me di cuenta de que muchas compartíamos circunstancias similares, procedíamos de la periferia industrial, de pueblos o de barrios pobres en el centro de las ciudades. Muchas veníamos de familias monoparentales obreras. Y lo normal era que no supiéramos qué queríamos ser o a qué nos queríamos dedicar. Aunque en realidad, ¿quién lo sabe a los 17, 18, o 21?) Estas comunidades son ideales para la captación militar. Para las personas adultas jóvenes que no saben qué van a hacer ni cómo empezar sus vidas, el Ejército aparece como una oportunidad real de acceder a estudios superiores, conseguir un empleo fijo, independencia económica, la oportunidad de viajar... Vivir experiencias que jamás vivirían si continuaran en sus comunidades. Con mis buenas notas, mis ganas y mi ingenuidad, con mi voraz deseo de irme de casa, yo era una candidata ideal.

Acompañé a mi madre y a mi padrastro (que quería alistarse en la Marina) a una oficina de reclutamiento, y fue fácil captarme: yo había hecho el ASVAB en el instituto (examen de aptitud para una carrera en las Fuerzas Armadas), porque me gustaba hacer tests. Resultó que el oficial de reclutamiento tenía mis notas. ¡Muy conveniente! Era una joven sana inteligente, sin planes de futuro y con una madre entusiasta dispuesta a firmarme la autorización para que pudiera alistarme de inmediato. ¡Podría aprender tantas cosas! ¡Y viajar! ¡Ir a la facultad! Los captadores nos dijeron a mi madre y a mí todo lo que queríamos oír sobre lo que sería para mí ingresar en el Ejército, y no nos corrigieron ninguna percepción desinformada que tuviéramos sobre lo que era en realidad estar allí. En un par de horas, ya habíamos hecho los preliminares de mi enlistamiento. Estaba muy emocionada y un poco nerviosa: tenía un plan, algo en lo que pensar durante el curso.

Flotaba en una nube de ensoñaciones. Había tomado una decisión como una persona adulta, y ser una adulta independiente estaba tan cerca... Pero era una adolescente con información muy limitada, y, cierto, había tomado una decisión de persona adulta: de vida y de muerte. Lo que menos me había planteado era que estar en el ejército estadounidense significaba algo muy concreto: guerra. No

tenía información o sentimientos fuertes respecto a temas nacionales o internacionales, ni siquiera tenía el sentimiento de patriotismo o de estar respondiendo “*una llamada superior*”. Nunca había considerado la guerra o la violencia más que como parte de la Historia de la Antigüedad. Mis dos abuelos habían ido a la Segunda Guerra Mundial, pero eso eran cosas de “*viejos*”. Como la mayoría de las personas adolescentes, no tenía un sentido de la mortalidad y tampoco una preocupación por el mundo en su conjunto, sólo aspiraba a cambiar mis circunstancias personales inmediatas. ¿Es eso egoísta? Sí. ¿Es raro en la gente joven? No.

Todas las percepciones erróneas que había tenido sobre el Ejército a la hora de alistarme quedaron disipadas en mi experiencia de la Formación Básica, en el verano de 1985. La misión principal de estos entrenamientos es “*forjar soldados*”, es decir, destruir psíquica, emocional y físicamente a la persona que eres, para hacer de ti una “*eficaz máquina de combate*”. El proceso de transformación de adolescente ingenua en soldada se me hizo muy difícil. En casa, por los problemas emocionales que había, me había acostumbrado a los gritos y las escenas. Sin embargo, ésta era la primera vez que ser “buena” o “lista” no me servía de nada para evitar que me gritaran. Todos los días solicité mi vuelta a casa, todos los días me lo denegaron. Quedó bastante claro desde el principio que yo no encajaba. Deseaba suspender, para terminar con aquellos entrenamientos y salir de allí. Lo raro de todo aquello fue que, de hecho, me convirtieron en una eficaz máquina: me endurecí, me convertí en alguien más fuerte, por lo que les pareció importante retenerme. Mi sargento me amenazó con Reciclaje, lo que quería decir repetir la Formación Básica en lugar de graduarme y pasar a la Formación Individual Avanzada. Ser reciclada era la peor de mis pesadillas, por lo que esto me dio fuerzas para luchar por pasar a la siguiente fase.

Poco a poco, empecé a llevar mejor los entrenamientos. La falta de sueño, los cambios en la dieta, el contacto constante con el grupo, el cambio en el modo de vida, y el entrenamiento, le comen la moral a cualquiera. Pero incluso en aquel punto, la guerra seguía siendo algo abstracto. Los ejercicios, entrenar con armas, las simulaciones y los ensayos de guerra seguían sin tener significado para mí. Para mí, eran algo “*por lo que tenía que pasar*”. A mediados de octubre de 1985 había terminado mis dos procesos de formación, Básico y Avanzado, en el Fuerte Jackson, Carolina del Sur. En noviembre y diciembre, volví a casa y allí me quedé, atrincherada. Mi madre tuvo que animarme a que me apuntara al semestre de primavera de la facultad. La adolescente ingenua que había en mí había muerto. Era otra persona: más dura, con más miedo y más cautela respecto a la gente. Antes del entrenamiento, me emociona la posibilidad de probar cosas nuevas; ahora me daba miedo, porque si todo fuera mal, creía que no podría dejarlo.

Resistencia creciente

Como la mayoría de las jóvenes y los jóvenes estadounidenses, no me interesaba lo que pasaba en el mundo, y no tenía tiempo para enterarme de esas

cosas. Como lo peor de mi formación militar ya había pasado, lo de ser reservista un fin de semana al mes y dos semanas en verano sólo me pareció una actividad más. Pronto me adapté a las libertades y responsabilidades de ser una universitaria. Tenía varios trabajos a tiempo parcial, estudiaba todo lo necesario para mi semestre y luchaba por construirme una vida mejor, aunque tuviera un contrato de seis años con el Ejército. De paso, intentaba pasármelo bien, hacer amistades, y disfrutar de mi vida independiente, que es lo que más había deseado.

Como reservista, no sentía que esta parte de mi vida fuera tan significativa como el resto; la guerra seguía siéndome ajena. La guerra del Vietnam era un tema del pasado, de la generación de mis padres, algo que se analizaba en clases de Historia. A mediados de los ochenta, en la era Reagan, los conflictos militares ocurrían en las selvas de pequeños países de habla hispana o alrededor de muros que había que destruir y guerras frías con las que había que terminar. En cualquier caso, yo seguía notando tendencias que me preocupaban: parecía que cada verano, Estados Unidos estaba invadiendo un nuevo país. Recuerdo que sentí mucha ansiedad cuando invadieron Panamá.

Pronto mi aprendizaje sobre el mundo y mi papel en él se coordinó con mis experiencias como soldada “*a tiempo parcial*”. Entre 1987 y 1989 hice dos viajes al extranjero, uno a Japón, y uno a Corea del Sur, como integrante de la Operación Espíritu de Equipo, un ejercicio militar conjunto que se celebra una vez al año. Cada vez me sentía peor con cómo nos portábamos fuera de nuestro país, como personas: actuábamos como abusones. Me frustraba nuestra falta de interés en la gente y los paisajes que nos acogían. Se trataba de gente con la que trabajábamos para defender nuestros intereses mutuos y les tratábamos fatal. Éstas fueron mis experiencias a nivel individual, no a nivel global. No pude entender las cosas racionalmente hasta años después de mi resistencia, cuando fui encontrando explicaciones a qué era lo que me hacía sentir tan mal. (*Cynthia Enloe*, en su obra *Bananas, Beaches and Bases* explica elocuentemente el impacto de una base militar en una comunidad y en última instancia en un país. [1]) Mis experiencias se limitaban a acompañar a compañeros de unidad a los clubs nocturnos y los espectáculos de strip-tease, emborracharme con ellos e intentar que no se pelearan o portaran mal con la gente.

Mientras tanto, como estudiante, en mi “*verdadera vida*” empecé a hacerme amiga de gente de una pequeña contracultura de la Universidad Illinois del Sur, punk rockers que sacaban fanzines de música y política. Participábamos en las protestas contra las armas nucleares y empezamos a prestarle atención en serio a asuntos originados en la era Reagan, como el Irán-Contra. Mi participación en mi unidad de reserva se convirtió en algo irritante que tenía que soportar. (Estoy segura de que el sentimiento era mutuo respecto a mis superiores.) Cada vez obedecía menos, estaba más irascible, y no funcionaba bien “en equipo”. Básicamente, iba allí e intentaba que pasara el tiempo gastando la mínima

energía posible. Era una soldada nefasta. Iba a mis entrenamientos de fin de semana mensual con el pelo punk, me negaba a pasar las pruebas de tiro, y en general tenía muy mala actitud. Algunas de estas cosas tenían que ver con ser joven, pero también con mi malestar por el compromiso que había adquirido con el Ejército a plazo largo, porque no lo podía dejar. Ójala hubiera sabido que había consejeros militares que ayudaban a gente en mi situación.

En mi último campamento de verano en 1990, me moría de ganas de que llegara el fin del contrato de seis años. Tenía 23 años, hacía menos de un año que había terminado la facultad y estaba lista para seguir adelante con mi vida. Aún no sabía qué iba a hacer, pero tenía bastante claro que no quería seguir en el Ejército. No habíamos formado una buena pareja. Me encontraba en el campamento de Wisconsin con una unidad distinta a la mía (porque se me había pasado la fecha de mi campamento), cuando en el último día de ejercicios, me enteré de que Irak había invadido Kuwait. Una vez más, este hecho parecía no tener relación con mi realidad: yo iba a quedar libre de la reserva en un mes. Había sobrevivido a la espera.

Llamada al Servicio

Cuando me llamaron en octubre de 1990, me quedé alucinada y me sentí muy frustrada por ver que no llegaba el fin. El presidente George H. W. Bush había firmado una orden para “*Detener la Pérdida de Personal*”, lo que significaba que no se iba a eximir del servicio a nadie, no habría desgaste, ni pérdida, y así de claro lo tenían ya en el inicio, desde agosto 1990 (aunque Estados Unidos no invadiría Irak hasta enero de 1991). Francamente, mis deseos de vida, mis preocupaciones, dudas y confusión sobre mi experiencia militar y el escenario político mundial no le interesaban al Ejército; mis ambigüedades morales sobre el significado de la guerra le eran indiferentes. Yo sólo era una persona que formaba parte de una operación muy grande; el tiempo de “dejarlo” o de que “me echaran” por no dar la talla había pasado.

Cuando alertaron a mi unidad, me preparé. Sentí que no tenía elección. Pero poco después, leí sobre dos objetores de conciencia, *Jeff Paterson* y *Erik Larsen*. Los dos eran Marines, se habían negado a ir a la guerra, y sus palabras me resonaban en la cabeza, “*A mí me pasa eso*”, aunque no sabía aún cómo expresar qué era “eso”. Paterson se había plantado, sentándose en la pista de aterrizaje de Kaneohe, en Hawaii. En las fotos aparecía como un buda flaquillo en atuendo militar, inmóvil. Los escritos y discursos de Larsen eran una lista de puntos concretos que explicaban su oposición a la guerra y a la violencia por motivos religiosos y políticos. Los dos hombres demostraban su valor al negarse sencillamente sentándose en silencio, o declarando “*Ya no soy un Marine*”. Sentí que yo, también, podía dejarlo.

Decidí que cambiaría mis planes. En lugar de presentarme al servicio, lista para embarcar a Kuwait, me presentaría para entregarme y negarme a cumplir.

Recibí bastantes malos consejos de personas bienintencionadas en aquella época: que me quedara embarazada, que me declarara homosexual (en la época pre-Clinton, “no preguntes, no cuentes”, esto era motivo de expulsión), ideas que me eran inasumibles si decidía aceptar la responsabilidad de lo que sentía y pensaba. Tenía el ejemplo de Paterson y Larsen, por lo que quería declararme resistente a la guerra y asumir las consecuencias. No sabía qué consecuencias serían ésas, pero pensé que, en cualquier caso, serían mejor que ir a la guerra o mentir sobre mis motivos. En algún momento tomé una decisión simple: prefería ir a la cárcel que ir a la guerra del Golfo. No sabía cuánto tiempo iría a la cárcel, o dónde me enviarían, pero parecía sencillo: la guerra no era una opción. De todas las cosas que una persona puede hacer y reprocharse haber hecho más tarde, no hay manera de des-hacer el haber perpetrado actos de violencia y quizá asesinado a otro ser humano.

Declaración Pública

Me puse en contacto con un grupo del que había leído, Citizen Soldier, donde me animaron a que hiciera una declaración pública sobre mi situación y solicitara el estatus de objetora de conciencia, en lugar de presentarme al cuartel para entregarme preventivamente. No estaba bien preparada para todo lo que esto significaba, pero la publicidad de mi caso influiría en los acontecimientos. Tod Ensign, de Citizen Soldier, es un competente abogado que se había ocupado de soldados y veteranos y que tenía una larga experiencia a la hora de trabajar con los medios de comunicación. Él y otro abogado, *Louis Font*, objetor de conciencia a la guerra de Vietnam, adoptaron mi caso. Hablé públicamente en diferentes actos y me entrevistaron en la televisión. Se me daba muy mal ser mi propia abogada, tenía poco conocimiento de cómo lidiar con los medios de comunicación. Luego estaba la cuestión del cómo había desertado (estar Ausente Sin Permiso): si hubiera pretendido solicitar el estatus de objetora después de eso, habría sido controvertido. El procedimiento para que te declaren objetora de conciencia no era nada fácil. Tienes que hacer la solicitud, someterte a evaluaciones por expertos que determinarán la sinceridad de tu convicción y, mientras esperas a la resolución del caso, tienes que participar plenamente en tu unidad. Y como me habían llamado a servicio y me había negado a presentarme en mi unidad de inmediato, esto socavaba cualquier consideración de que yo pudiera ser una objetora de conciencia. Por eso me considero más bien una resistente a la guerra.

Mi caso en la arena pública fue tanto una bendición como una maldición. En lo positivo, como acaparé tanta atención del público justo en los inicios de la construcción de esta guerra, creo que el Ejército lo que quería era que me callara cuanto antes y librarse de mí rápido, para así evitar repercusiones en la moral de los soldados. Desde el punto de vista de las relaciones públicas, una persona contra una organización muy grande con mucha credibilidad es una batalla fácil: me tratarían como una aberración, no representativa del Ejército ni de sus soldados, un caso único, un error. (Por esto me pusieron pronto en libertad.)

Mi resistencia enfureció a aquellas personas que no me apoyaban, pero también me ganó el apoyo y la confianza de un pequeño grupo de simpatizantes. Yo estaba muy confundida y asustada con la reacción que había tenido gente a la que yo no conocía. Me producía desasosiego que una decisión mía personal, por la que estaba sufriendo unas consecuencias, fuera debatida públicamente. Me dejó atónita que mi negativa a ir a la guerra pudiera ser algo importante para nadie. Las compañeras y compañeros de mi unidad que me conocían no se sorprendieron, y tampoco mis amistades de la universidad. Pero aún vivía en mi barrio de siempre, y la indignación de que yo hubiera disentido en el seno de una comunidad tradicional puso fin a mi vida allí. Recibí amenazas por teléfono y por correo, y tampoco me sentía segura como “fugitiva” del Ejército.

Detenida y Despedida del Ejército

Me detuvieron en octubre, un viernes por la tarde en casa. La policía vino a mi casa para notificármelo y me llevó a la cárcel del condado. Poco después, me recogió una unidad de la policía militar en la base aérea de Scott, que me retuvo aquel fin de semana. A continuación, me transfirieron a unas instalaciones carcelarias para el personal de Fort Knox, en Kentucky, donde tenía que esperar a que se emitieran los cargos. El sitio no era una cárcel en realidad, sino un barracón para gente que estaba a la espera de ser expulsada, para las “manzanas podridas” que se habían desviado del Código Uniforme de la Justicia Militar. Ésta sería mi última experiencia en el Ejército. Se parecía a mis primeros entrenamientos: no sabía qué me iba a pasar, estaba aislada de todo lo que conocía. Después de un par de semanas, me ofrecieron una separación administrativa del Ejército por “*condiciones otras que honorables*”. Me degradaron el rango a E-1, con lo que perdía el derecho a recibir la ayuda de las y los veteranos, no me enterrarían con la bandera y tenía prohibido volverme a alistar. Todo esto me pareció bien. Estaba contenta de poner fin ya a esta relación. Tuve mucha suerte. Mientras mi unidad se estaba instalando en Kuwait, yo ya había dejado de ser parte del Ejército.

Ya antes de que empezara la guerra en enero de 1991, mi vida era completamente diferente. No pude retomarla donde la había dejado. Encontré trabajo en un pequeño negocio de mi barrio, pero tuve que dejarlo cuando el jefe me explicó que la gente de la comunidad le había dicho que se dejarían de ir a su negocio si yo continuaba allí. A consecuencia del tema de las amenazas telefónicas y por carta, cuando alguien me miraba “raro” me sentía paranoica. La gente del barrio que creí que era amiga mía, ya no era tan amiga; incluso familiares más lejanos ya no sabían cómo relacionarse conmigo. Así que fue una suerte que recibiera la beca Jim Bristol, del programa Juventud y Militarismo [de búsqueda de alternativas al servicio militar] del *American Friends Service Committee* [el AFSC, o Sociedad de Amigos estadounidense, es un grupo cuáquero, que recibió el premio Nobel de la Paz en 1947 por su trabajo de

oposición a la guerra], de Philadelphia. *Harold Jordan*, el director del programa, me había apoyado cuando empezó todo, y me ofreció una oportunidad concreta de usar mi experiencia en trabajo constructivo. Desde allí conocí a gente que me apoyaba, objetoras y objetores de conciencia y resistentes a la guerra de épocas anteriores. Un grupo especialmente activo que nos arropó a otras personas y a mí bajo en esta época fue el de *Veteranos por la Paz*, allí empezó mi amistad con *Nancy Clarke*, una miembro muy activa del grupo que había en Boston.

Una comunidad de resistentes a la guerra

Quienes hemos rechazado la participación en la guerra convirtiéndonos en resistentes a la guerra llegamos a la misma decisión pero por circunstancias tan diversas que no hay dos historias iguales. Las consecuencias de nuestras experiencias, no obstante, son universales: saber que de alguna manera somos diferentes, alienígenas; sentir el aislamiento que se siente al principio; el ostracismo al que nos someten nuestros iguales, la gente extraña e incluso las personas queridas por haber expresado nuestra diferencia. El sentimiento se da antes de iniciar el papeleo solicitando el estatus de objetora, o antes de decidir desertar. Convertirse en una resistente a la guerra o en una objetora de conciencia no es una decisión que se tome de repente; es el punto álgido que se da tras la acumulación de experiencias, e incluso aunque nos presionen para que expliquemos qué nos pasa, a unas personas nos cuesta, otras son elocuentes, pero todas compartimos la claridad de la negativa rotunda.

Lo único que puedo decirle a los y las resistentes a la guerra y objetoras de conciencia es esto: es normal tener miedo por las consecuencias que pueda tener la acción. Vivimos en un mundo que da mucho miedo. No todo el mundo va a comprender tus razones o a apoyarte. Algunas personas te amenazarán y es posible que vayas a la cárcel. Pero otra gente sí que te va a apoyar. Existe toda una comunidad de gente que cree que lo que haces es lo correcto. No pasa nada si no puedes explicar bien por qué sientes que participar en la guerra está mal. No tienes que resolver los conflictos o proponer una solución diplomática al problema por creer que la guerra no está mal. No tienes que tener todas las respuestas. Al margen de qué ocurra, sé fiel a lo que te dice tu corazón: confía en tu decisión, has hecho lo correcto.

Notas

- [1] Cynthia Enloe: *Making Feminist sense of international politics. Bananas, beaches and bases* (Entendiendo la política internacional desde el feminismo. Bananas, playas y bases). London, Sydney, Wellington, Pandora 1989

El poder de contar tu historia

Por Diedra Cobb

Quierido Dios, por favor, escúchame. Necesito escuchar a mis guías espirituales. Necesito apaciguar las palabras que resuenan en mi cabeza. Necesito crecer como la Diosa que soy. Necesito escribir. Necesito crear. Necesito construir contando conmigo misma y con otras personas. Necesito pasarlo bien. Necesito comer bien. Necesito cariño, la atención de los afectos. Necesito una comunidad fuerte, solidaria, inteligente, positiva. Necesito que se respete mi feminidad. Necesito los árboles y el agua. Necesito una comunicación directa y productiva con quienes están a mi alrededor y más allá. Necesito la fuerza y la guía de la Madre Naturaleza. Necesito verdad. Te necesito. Me necesito. Gracias. Te quiero. Me quiero.

Sacrificarse por el Bien Mayor

A veces no sé si deseo visitar esta historia de nuevo. La experiencia de escribir esta historia representa la psicosis de mis interacciones con esta sociedad como mujer, como mujer negra, como pensadora, como ser espiritual. Contar esta historia representa revivir, volver a despertar, volver a evaluar, volver a tener la visión de, renovar todo lo que ha sido: creación. Escribo sabiendo que poder contar esta historia es lo que necesito, intentando ser precisa, sabiendo que probablemente me quedaré corta frente a las expectativas más críticas, y sabiendo que al final todo está en equilibrio siempre. Poco a poco me cuento mi propia historia. Poco a poco se la cuento a las demás personas. Y poco a poco, sano, gano en claridad y amo a mi bello ser incondicionalmente, para poder amar a las demás personas incondicionalmente.

Empecé mi viaje con los militares en junio del 2001. Me uní a las Reservas del Ejército con la comprensión de que me estaba uniendo a una comunidad de personas que creían en el sacrificio por un Bien Mayor. Me uní a las Reservas del Ejército con la comprensión de que estaría construyendo futuros seguros y más libres para todos los seres humanos, quedara esto cerca o lejos, y con esa comprensión, me sentía llena de energía y viva.

Mi padre y mi tío había servido en el Ejército, y por mis interacciones con ellos entonces y ahora, nunca les describiría como hombres malvados. Son cariñosos y generosos, inteligentes, y siempre están ahí. En el año 2000, decidí asistir al Instituto Militar de Nuevo México, una academia militar preparatoria, pero después de un semestre allí, comprendí que la naturaleza autoritaria y exclusivista de la vida en la Academia no era para mí. Lo dejé y volví a la facultad, a un par de facultades de Illinois, antes de decidir que quería explorar el mundo, conocer a gente con muchas y diferentes experiencias en la vida, y

ejercitar mi pasión por cuidar y proteger. ¿Dónde podría encontrar estas tres cualidades pudiendo, al tiempo, ocupar un lugar como mujer joven en la sociedad? En el Ejército... o así lo creí.

Entré en junio del 2001 y en enero del 2002 partí a Fuerte Jackson para hacer la Formación Básica, la fase inicial donde aprendes disciplina militar, formaciones, y a manejar armas. De allí, fui al Fuerte Huachuca, en marzo del 2002, para hacer la Formación Individual Avanzada (la AIT en inglés), donde aprendes lo que necesitas saber como soldada. En estas fases iniciales, me fui dando cuenta de que la base necesaria para procurar una sociedad segura y más libre en cualquier lugar no fundamentaba nada de lo que hacía. Sin al menos una comprensión básica y/o un conocimiento mínimo de la historia, el idioma, las costumbres y las fuentes de felicidad de personas diferentes, no podías más que actuar como una autómatas asustada, a la espera de instrucciones para saber cómo proceder en un lugar extraño.

En la Formación Básica escuché y me ordenaron cantar cosas como “*Jeí, jo, Capitán Jack, quedamos en las vías del tren, con este arma en la mano, voy a ser una ametralladora, una máquina de matar*”, “*La sangre, roja y fresca, hace crecer la hierba verde*”, etc. Nos enseñaron a usar bayonetas, granadas de mano, rifles semiautomáticos, minas antipersonas, lanzaderas de granadas impulsadas por cohetes, y muchas otras armas de destrucción masiva. Cuando me gradué, me sentía muy mal por esta falta de orientación y de conocimiento sobre las sociedades donde teníamos que entrar e impactar. Asegurarnos de que no abusamos de estas habilidades, y que las usamos de la manera más disciplinada, contenida y estratégica, requiere disponer de una comprensión de las gentes con las que vamos a interactuar. Al parecer, esto era “*pensar demasiado*”, porque el sargento, riéndose de mí por solicitar información sobre estos temas, me respondió, “*Especialista Cobb, ¿dónde se cree que está?!*”.

Primeros pasos hacia la objeción de conciencia

Cuanto terminé la Formación Básica y la AIT, pasé unos seis meses en unidad de la Reserva del Ejército en Decatur, Illinois. Había empezado y terminé un libro llamado, En tiempos de las mariposas, de Julia Álvarez. Al acabarlo, tuve una epifanía: “*lo que me he comprometido a hacer no es compatible con mi yo espiritual*”. Ser parte de una organización que ocupa países por la fuerza para proteger negocios e intereses de un Poder que nunca podrán crear esa paz porque sólo la usa de marketing para justificar sus actuaciones equivaldría a aceptar mi autodestrucción, una muerte larga, lenta y tortuosa. Estaba profundamente afectada, tanto que una sargenta de mi unidad se me acercó en unos ejercicios para preguntarme si estaba bien. Le conté lo que me estaba pasando y me dijo que tenía que comunicarlo, urgentemente.

El personal de nuestra unidad aún no había sido movilizado, pero ya se hablaba de movilizaciones en los noticieros de la región. Empecé a intentar

escribir las razones por las que no estaba dispuesta ni era capaz de seguir participando, para fundamentar mi petición de que se rescindiera mi contrato con el Ejército. En ese momento, no sabía que todo en esta institución tiene un canal oficial, incluida la Resistencia a ser parte de la misma. Mientras redactaba e imprimía documentos que describían el conflicto entre mis creencias y los objetivos militares, fui descubriendo que según las emitía, los oficiales que tenían que considerarlas las descartaban, o directamente las ignoraban.

En febrero del 2003, me dijeron que tenía que ir a Wisconsin para hacer el SRP, un proceso para trabajar la buena disposición del personal militar. Pregunté en qué punto se encontraba mi caso, y también que por qué me enviaban al SRP de Wisconsin. Me dijeron que no me preocupara, que estaban considerando mi caso y que todas y todos los soldados pasaban por el SRP, sólo que en diferentes momentos. Cuando llegué allí, sentada en el comedor de un gimnasio (lo que me recordaba el comedor de mi infancia) era como si hubiera vuelto a primaria. Cuando finalmente terminó la fase “*Deprisa, deprisa*” y “*Espere aquí*”, descubrí por qué mi intuición me enviaba alarmas cuando me dijeron lo de Wisconsin. Me comunicaron que no se había iniciado ningún proceso sobre Objeción de Conciencia, que ya no estaba asignada a la unidad de Illinois, y que tenía una semana para hacer las maletas: me trasladaban a Maryland, me habían asignado al Batallón de Inteligencia Militar, que aguardaba la entrada de un puñado de soldados antes de ser desplegado. Yo iba a ser una de las últimas personas asignada allí.

¿Una semana? No sabía por dónde empezar exactamente, pero sabía que tenía que hacer algo. Dejé mis clases en la facultad, y busqué la ayuda de amistades de la School for Designing a Society [escuela para el diseño de una sociedad], y me puse a rezar. Le expliqué lo mejor que pude lo que me estaba pasando a mis padre, mi madre y mis amistades, y seguí rezando. Metí en la maleta todo lo que creí que necesitaría, y dejé todo aquello que pudiera causar demasiada controversia o generar problemas, y seguí rezando.

Resumiendo, llegué a la Base de Verificación de Aberdeen en la madrugada del 3 de marzo, 2003, y presenté mi solicitud de objeción de conciencia aquella misma mañana. Mis amistades de la School for Designing a Society me habían ayudado a saber cómo solicitar el estatus de objetora, así que desde el momento en que puse el pie en ese nuevo puesto militar, dejé claro que no quería seguir teniendo nada que ver con el Ejército. Sabía que además de presentar documentos explicando mi negativa y documentos de apoyo de otras personas, tendría que pasar por entrevistas con un párroco y un psiquiatra, una audiencia informal con un oficial de la base, y después esperar a que la Junta Examinadora Militar emitiera su decisión final. Al llegar a la unidad tuve la suerte de que mi Comandante me asignara a la retaguardia. Él no quería que me desplegara con el resto de la unidad por miedo a que les bajara la moral y pusiera en peligro su seguridad. Me considero bastante poco violenta, pero por mis creencias y por el

hecho de que si me hubieran ordenado ir a la misión, me habría negado, no tuve queja alguna sobre esa asignación a la retarguardia.

Efectos de la vida militar

Cuanto más tiempo pasaba en aquel puesto, más ejemplos de engaño se acumulaban ante mis ojos, y de frustración y comportamientos autodestructivos por parte de las tropas, ya que no sabían por qué se les pedía desplegarse. Supe de varias personas que llevaban años en el Ejército, leales de pensamiento y acción, y que se quedaron sin la pensión porque les degradaron: desaparecían los expedientes militares que probaban diferentes discapacidades o que iniciaban procesos para salir del Ejército. Encarcelaron y degradaron a soldado raso a un sargento que por error había sido llamado al servicio activo 20 años después del fin de su contrato con el Ejército porque había caído en una depresión por la injusticia y había bebido alcohol en los barracones, y lo hicieron incluso después de que se hubiera aclarado el error y se determinara que se le eximiría del servicio y se le volvería a asignar su pensión de jubilación. Muchos hombres y mujeres frustrados, confundidos, habían empezado a beber también, y se estaban haciendo daño a sí mismos y a sus seres queridos. De hecho, nunca he visto llorar a tantos hombres. Fue en el Ejército donde descubrí que al igual que mi padre, mi tío y yo hasta cuando cambié mi percepción de las cosas, muchos de los hombres y mujeres militares tenían buenas intenciones; era la premisa de estas intenciones la que a menudo era inexacta o estaba incompleta debido a inexactitudes en las que nos adoctrinaron desde la guardería hasta la escuela secundaria privada.

Fue la absoluta falta de interés del Ejército por tener en cuenta, con honestidad y siendo fieles a la verdad, a quienes les habían ofrecido tanta fidelidad lo que me puso sobre la pista de que era imperativo que buscara dónde recurrir si necesitaba apoyo. Poco después de que desplegaran mi unidad en Irak, mi Comandante aspiró a obtener el rango más alto de los Comandantes, y por ello se dio cuenta de que le iba a plantear problemas explicar el hecho de que yo no hubiera sido enviada a Irak, siendo una soldada entrenada y en perfecta condición física. Fue entonces cuando me amenazó con usar recursos legales contra mí por desobedecer una orden directa: “*fingimiento y conducta impropia de una soldada*” fueron los cargos que presentó contra mí, para que así me entrara miedo y aceptara ir a Irak. Gracias a la ayuda del teléfono de ayuda de emergencia para soldadas y soldados (GI Rights Hotline), al equipo de defensa legal militar (Military Law Task Force) y al abogado DC *Jim Klimaski*, conseguí demostrar que eso era falso, pues el Comandante me había asignado a la retarguardia y había firmado un contrato conmigo para asegurarse de que me quedara allí hasta que se resolviera mi caso como objetora de conciencia.

Cuando estaba en la Base de Verificación de Aberdeen, en Maryland, conocí a una mujer llamada Claribel Torres, también conocida como Claire o Jewelz, que

pasó a ser una muy querida amiga mía en aquella fase de militarismo de mi vida. Me permitió quedarme en su casa de Delaware cuando nos daban días libres en el barracón, y en los barracones y en la base nos apoyábamos como hermanas. Cuando la enviaron a Irak, envié los paquetes que quería enviar y nos escribíamos, y cuando volvió, incluso fui su dama de honor en su segunda boda. Aunque perdimos nuestra amistad, ella tuvo un papel fundamental en mi felicidad mientras estuve estacionada en la Base de Verificación de Aberdeen. Mucha gente de mi unidad, tanto de la que se había alistado como entre los oficiales, compartían abiertamente creencias parecidas a las mías sobre la guerra y me apoyaban; sin embargo, la mayoría no quería oponerse como yo, por miedo a las consecuencias. La violación que sufrí en los barracones, cuya resolución legal no me ha sido transmitida ni por la división de investigación criminal (CID) ni por la oficina del auditor de guerra (JAG, Judge Advocate General) de la Base de Verificación de Aberdeen, era una materia tan grave que mucha gente en mi unidad fue solidaria en extremo.

Evitando que otra persona fuera barrida bajo la alfombra

Dios, y mi familia y amistades siempre serán los pilares de mi vida. A esto se sumó que hubo muchos hombres y mujeres de la comunidad de activistas que me proporcionaron el cariño y apoyo que necesitaba para sobrellevar aquella experiencia. *Damu Smith*, *Jonah House*, *Joe Morton*, el grupo cuáquero (*American Friends Service Committee*), *Not Your Soldier* (No tu soldado@), la *Liga de Resistentes a la Guerra* (WRL), el *Anti-War*, *Anti-Racism Effort* (AWARE, grupo antiguerra y antiracismo), *Not in Our Name* (No en nuestro nombre), *Anarchist People of Color* (Personas de color anarquistas), *Suncere Ali Shakur*, el *Women of Color Resource Center* (Centro de recursos para mujeres de color), la *Service Women's Action Network* (SWAN, Red de acción para las militares en activo), *Alix* y *Naima* de *Climbing Poetree*, y un maravilloso grupo de estudiantes activistas de la universidad de Towson (descansa en paz, Jordan) estuvieron a mi lado a lo largo de todo el proceso. No sería honesto decir que sentí que todos actuaran por una solidaridad altruista con mi caso. De hecho, hubo algún momento en que sentí rechazo por el 90% de los grupos con los que estaba en contacto, porque sentí que me trataban como si fuera una oportunidad para difundir su causa y no un ser humano. No obstante, con la distancia del tiempo, entiendo que todo su interés y las invitaciones a participar en los diferentes actos del movimiento antiguerra fueron herramientas que posibilitaron que mi caso recibiera la publicidad colectiva necesaria para que la burocracia militar no pudiera barrer mi caso bajo el felpudo, como otros muchos. De ahí que siento gratitud hacia todos. A quienes me vieron como una persona, más allá de lo que yo pudiera representar, todo mi amor y mi gratitud.

Amy Goodman de *Democracy Now!*, *Eunice Buckner-Boone* de WEFT, *Ryme Khatkouda* de WPFW, el *Chicago Tribune*, y *The Guardian* proporcionaron el apoyo

personal y mediático que me permitió sobreponerme ante la amenaza de dos años de cárcel por mis creencias. Aunque no reprodujeron correctamente mis palabras en el Chicago Tribune, les doy las gracias a todos por haber hecho posible que una resistencia que venía del propio interior del ejército pudiera ser conocida. A través de estas experiencias, aprendí sobre el poder de los medios de comunicación, y sobre el poder que tenía contar tu propia historia.

En diciembre de 2003, me negaron el estatus de objetora. Era la decisión final de la Junta Examinadora Militar. Volví a mi casa en Illinois, donde el abogado de Chicago, Charles Nissam-Sabbat, me asistió en lo que fue preparar e identificar una estrategia para presentar recurso de habeas corpus y así defender mi posición de objetora de conciencia a pesar de la decisión del tribunal, en caso de que me volvieran a movilizar y ordenar ir a alguna misión. Después de abandonar el Ejército, mi querida amiga *Cecil Smith, Jr.*, tuvo una actitud bellamente abierta y comprometida con ayudarme a ver/soñar más allá de mi experiencia militar traumática, y así seguir adelante con toda mi fortaleza. Con todo y para siempre, mi fe en Dios me ha permitido dejar atrás mis demonios y acceder a las bendiciones de mi interior. Sigo adelante bajo la luz y la armonía que creó el mundo, y doy gracias a quienes creen en y buscan lo que es justo.

Anita Cole

A finales de noviembre del 2001, Anita Cole, recibió su liberación del servicio al ejército estadounidense como una objetora de conciencia (OC) a la guerra.

Antes de entrar a las fuerzas armadas, me sentía como muchas personas se sienten, hablando de manera general, sentía que asesinar era malo, pero a momentos consideraba que matar era inevitable e incluso justificable, como, por ejemplo, en una guerra..

Yo soy una persona de convicciones intensas. Mis padres me criaron creyendo que servir a la sociedad -entregando tiempo y donando recursos es un imperativo moral. Desde que era una niña, siempre he sido agradecida de ser una ciudadana estadounidense; Senti que todas las personas deben de servir a su país y las Fuerzas Armadas apelaban a mí con un esfuerzo mezclado con sentido.

Después de graduarme del bachiller decidí unirme al Ejército. Mi motivo para unirme al Ejército no fue recibir un crédito para el bachiller o cualquier otro incentivo monetario, al momento de mi enlistamiento me sentí llena de orgullo y profundamente plena con mi compromiso de servir a mi país.

Durante el entrenamiento básico, el entrenamiento con bayoneta se conjugaba con el mantra "¿Qué hace el pasto crecer?! Sangre, sangre, sangre hace el pasto crecer!," esto me choqueo. Pero incluso en ese momento, pensé que si eramos llamadas para la guerra, también debería enarbolar el espíritu guerrero.

En agosto del 2000, fui enviada al recinto para calificar para mi arma asignada: "la M-16A2". Estaba profundamente atormentada y traumatizada mientras disparaba con una arma mortal a siluetas humanas, un sargento percibiendo mi, obvio, acongojamiento trato de darme una motivación diciendo: "Vamos, tu eres una asesina". En el momento estaba tan aturdida que no fui capaz de razonar.

Me dije a mi misma que sólo estaba "haciendo agujeros en papeles". A pesar de este acto de voluntad (.....) de todas formas las palabras del NCO en el recinto ("Vamos, tu eres una asesina") me han perseguido continuamente. Esta "arenga", cimiento en mi consciencia la objeción a mis obligaciones como soldado.

Mi conciencia, la meditación, la lectura y la introspección me han llevado a respetar la verdadera naturaleza de mi ser; No sere capaz de vivir en ningún tipo de paz si es que mato, dejo a otros matar o apoyo en mis pensamientos o en mi manera de vivir cualquier acto de matar En otras palabras, soy una objetora de conciencia en el sentido literal.

Publicado en El fusil roto no 70, mayo de 2006. <http://wri-irg.org/pubs/br70-es.htm>

Tina Garnanez

"Yo era una Nativa perdida". Tina Garnanez reflexiona sobre su tiempo en el Ejército.

Tina creció en una reserva Navajo y trabajó en la educación pública en Farmington, Nueva Mexico. Siendo la única hija de cinco niños criados por una madre soltera, Tina se enlistó cuando tenía 17 años, para obtener dinero para el bachillerato.

"Yo quería asistir al bachiller y sabía que, entre la situación de mi familia y siendo parte de la reserva de Americanos y Americanas Nativas, tenía pocas opciones para alcanzar una educación de bachiller."

Tina, fue enviada a Kosovo en marzo del 2003, en ese mes los aviones estadounidenses comenzaron a bombardear Bagdad y, en julio del 2004, Tina fue enviada a Irak.

Tina, ya había cumplido el tiempo requerido, pero el Ejército estadounidense puede extender el enlistamiento de un soldado por medio de una política llamada "stop-loss."

Como medico en Irak, Tina, transfería pacientes desde la ambulancia hasta el hospital donde ella evidenció el alto costo de la guerra: "yo vi cuerpos desfigurados, soldados que perdían la cordura..."

Ella también viajó con convoys entregando suministros medicos a las bases, en uno de estos convoys, Tina, por muy poco escapó de una explosión; Una bomba explotó y polvo de roca voló por todos lados.

"Estaba tan enojada... no enojada con los iraquíes, pero enojada por el motivo por la cual estaba allí. Para qué?, me pregunté, mi madre habría recibido una bandera doblada en forma de triángulo en cambio de su única hija."

Ella supo en el momento que no podía seguir sirviendo en esta guerra: "He terminado...no estoy peleando por ninguna agencia de petroleo de otros."

Tina, esta en su casa en Silver City, Nuevo Mexico, honorablemente des-enlistada; "Yo en verdad quisiera nunca haber estado en el Ejército... ahora tengo un desorden de Stress Post Traumático. Yo ahora me sobresalto con todo."

Tina, dice que ella le habla a muchos estudiantes de secundaria, porque los reclutadores se enfocan en estudiantes pobres y de minorías.

Esta juventud está buscando un camino de salida, fuera de los ghettos, fuera de la pobreza, fuera de los lugares donde hay poca esperanza de mejores expectativas: "Las fuerzas armadas no son la única opción, pero normalmente son los reclutadores de las fuerzas armadas los únicos que van a estas escuelas."

Tina, a luchado por entender como ella, como una Americana Nativa, pudo ser parte de la misma maquinaria que casi exterminó a su pueblo.

"Rompiendo acuerdos... Forzandonos en reservaciones...Yo era una Nativa perdida."

Pero Tina, a encontrado su camino como parte de un movimiento creciente de soldados que hablan en contra de la guerra en Irak.

Tina Garnanez, entrevistadas por Christine Ahn, Women of Colour Resources Center. War Times; Tiempo de Guerras.

Katherine Jashinski

Soy una SPC en el Ejército de la Guardia Nacional de Texas. Nací en Milwaukee y tengo 22 años. A la edad de 19 me enlisté en la Guardia como cocinera porque quería experimentar la vida militar. Cuando me enlisté yo creía que matar era inmoral, pero también que las guerras eran una parte inevitable de la vida, por lo tanto, una excepción a la norma.

Después de enlistarme comencé la lenta transformación hacia la adultez. Como muchas adolescentes que dejan su hogar por primera vez, pase por un periodo de crecimiento y de búsqueda interior, del alma. Conocí a mucha gente nueva e ideas que expandieron mis limitadas experiencias.

Después de leer ensayos por Bertrand Russel, viajar al Pacífico Sur y hablando con personas de todo el mundo, mis creencias sobre la humanidad y su relación con la guerra cambiaron. Comencé a ver una imagen más grande del mundo y comencé a re-evaluar todo lo que había aprendido sobre guerras mientras era una niña. Desarrolle la idea de que tomar vidas humanas estaba mal y que las guerras no eran una excepción. Así fui capaz de clarificar quién soy y cuales son mis principios.

La que yo más respeto en este mundo es la vida y yo nunca tomare la vida de otra persona.

Así como otros tienen fe en dios, yo tengo fe en la humanidad.

Tengo una profunda convicción de que las personas tienen que solucionar todos los conflictos por medio de la diplomacia pacífica, sin el uso de la violencia. La violencia solo provoca más violencia.

Porque creo fuertemente en la no violencia, no puedo realizar ningún rol en las fuerzas armadas.

Toda persona que realiza alguna labor, sea la que sea, en el Ejército contribuye de alguna manera a la planificación, preparación o implementación de la guerra.

Por 18 meses, mientras mi estatus de CO estaba en espera, he respetado mi compromiso con el Ejército y he hecho todo lo que me han pedido.

Ahora he llegado al punto donde estoy forzada a elegir entre mi obligación legal al Ejército y mi profundos valores morales. Quiero dejar en claro que no comprometeré mis creencias por ningún motivo.

Yo tengo una obligación moral no solo conmigo, con el mundo entero y esto es más importante que cualquier contrato legal.

Yo utilizare todos mi derechos legales para no tomar un arma y no participar en esfuerzos de guerra. Estoy determinada a ser des-enlistada como una OC y, durante el proceso de apelación, continuaré siguiendo ordenes que no choquen con mi conciencia hasta que mi estatus sea resuelto. Estoy preparada para aceptar las consecuencias por adherir y respetar a mis creencias.

Las mujeres turcas despiertan a la objeción de conciencia

Por Ferda Ülker

Consideremos primero la situación actual en Turquía antes de pasar a analizar la lucha por la objeción de conciencia y el tema de las objetoras de conciencia.

Nacidos para ser soldados

La historia de la República de Turquía es la historia de un pueblo que procedía de una tradición imperial y que posteriormente volvió la mirada a Occidente. Todas las reformas que siguieron al establecimiento de la República de Turquía aspiraban a un futuro brillante más prometedor. Los dueños de este proyecto de Construcción de una Nación(-Estado) eran soldados. Este proceso, emprendido bajo el liderazgo de Atatürk, perdió con el tiempo toda cualidad progresista; el Ejército turco, sin embargo, mantuvo su hegemonía. Podríamos decir que culturalmente hoy también se concibe el Ejército turco como salvador y defensor del régimen político: lo que implica que está por encima de toda crítica. Y esto ha ocurrido a pesar de su efecto aniquilador, claramente perceptible en todos y cada uno de los numerosos momentos en que esta institución ha considerado que existía una amenaza al régimen, cuando no ha dudado en dar golpes militares, “*poderosos*” y “*destructivos*”. El golpe militar del 12 de septiembre de 1980 ha dejado una huella profunda en la población turca, y esta herida sigue precisando ser sanada.

En la escuela, lo fundamental que se nos enseña es que somos una Nación-Ejército. Ya en los primeros años de colegio, juramos defender la nación hasta con la última gota de nuestra sangre. Todas las mañanas prometemos sacrificarnos como parte que somos de esta nación, y como ofrenda a la nación. “*Todo turco es un soldado desde la cuna*” se nos repite una y otra vez. Al margen de lo que hagamos o seamos, no hay elección: siempre seremos soldados, desde la cuna. Puede que no sepamos qué vamos a hacer cuando seamos mayores; lo que sí está claro es que somos sin duda alguna soldados, y que siempre lo seremos. Los chicos son pequeños soldados, y nosotras, pequeñas Ayses, según la canción infantil que dice:

“Soldadito, soldadito, dime, ¿qué estás haciendo?
Estoy limpiando mi fusil, poniéndole municiones.
Pequeña Ayse, pequeña Ayse, ¿qué estás haciendo tú?
Estoy cuidando a mi bebé, cantándole una nana.”

Nos enseñan que Turquía limita por tres de sus lados con tres mares y con enemigos por los cuatro lados. El Ejército turco concibe los enemigos y las

amenazas, y actúa en coherencia con estos escenarios teniendo al pueblo turco preparado y en formación ante la eventualidad de un ataque. Se supone que nosotros, el pueblo turco, tenemos reflejos militares: cualquier crítica al Ejército puede implicar que te acusen de ser un enemigo doméstico.

La historia de la República de Turquía, a lo largo de la cual se ha diseñado toda nuestra vida en sociedad, ha inyectado el militarismo en nuestras vidas cotidianas, convirtiéndolo en una parte fundamental de nuestras tradiciones. Uno de los efectos directos de esta situación ha sido que se considera el machismo como una parte casi natural y necesaria de la realidad social. Así, el militarismo es uno de los bastiones del machismo, útil para alentarlo y consolidarlo.

Lo que es ser hombre y ser mujer queda descrito y codificado desde el militarismo, y cualquier tercera posibilidad es considerada una enfermedad. El Ejército turco protegió esa idea de “*ser hombre*” cuando se estableció que la homosexualidad era una enfermedad incurable y que los homosexuales quedaban, por tanto, exentos del servicio militar por razones de “*incapacidad*”.

Respecto a las mujeres, en Turquía no se las recluta. Por desgracia, esto no es el resultado de una larga lucha ni de algo positivo que proceda de que se considere que el ejército es algo negativo. La causa es que las mujeres son concebidas como el segundo sexo: no son dignas de cumplir con este “*deber sagrado*”. Se piensa que el lugar de las mujeres es el “*hogar*”, y que su deber es cuidar de los niños y las niñas. El Ejército es el lugar de “*los hombres de verdad*”, de ahí que no tengan cabida en sus filas segundos ni terceros sexos. En este mundo masculino, todo lo relacionado con las mujeres y lo femenino se utiliza para insultar.

Así pues, la cuestión es, ¿por qué nosotras, mujeres que no deseamos ingresar en el Ejército (seamos bienvenidas o no) nos declaramos objetoras de conciencia, y por qué decimos “no” al militarismo?

La objeción de conciencia en Turquía

En Turquía los temas del Ejército son tabú y las personas que los suscitamos somos objeto de represión. Sería injusto no mencionar el papel que ha tenido el movimiento de objeción de conciencia respecto a la apertura de espacios (aunque estén limitados) en la sociedad actual, espacios donde se pueda hablar, analizar la cuestión del Ejército y del militarismo. Se trata de un movimiento que ha sobrevivido en condiciones muy difíciles, sostenido por muy poca gente, personas que le han tenido que dedicar todo su tiempo y energías. Ser parte del movimiento de objeción de conciencia turco ha significado que incluso la izquierda nos consideraba personas raras, aunque pudieran vernos como interesantes también: siendo nuestras acciones y nuestro discurso muy distintos a los de la izquierda, les costaba y cuesta comprender nuestros análisis. El

movimiento kurdo también eligió distanciarse cuando se dieron cuenta de que el lema “*Ni ejércitos ni montañas (guerrillas)*” no era mera táctica sino principio fundamental en el movimiento.

Ser objetor u objetora, apoyar al movimiento de objeción de conciencia y defender el derecho a la objeción de conciencia en un contexto tan militarizado conlleva un alto riesgo de represión legal. La objeción de conciencia no está reconocida como derecho en Turquía. Para la sociedad turca, la objeción de los hombres es cobardía, la cobardía de no querer cumplir con su deber; y la objeción de las mujeres no se comprende, la consideran superflua. No sólo la sociedad, esto ocurre también en los movimientos de oposición de la izquierda, entre las feministas e incluso entre parte de los objetores de conciencia. Ocurre porque la mayoría concibe la objeción de conciencia meramente como la negativa a realizar el servicio militar, por eso no les cabe en la cabeza qué podría significar la objeción de conciencia de las mujeres.

Los objetores de conciencia surgieron por primera vez a principios de la década de los noventa. Unos años más tarde, a raíz de sus primeras declaraciones, se fundó la Asociación de Resistentes a la Guerra de Izmir. Este espacio, poblado por un puñado de activistas que se negaban a limitar el antimilitarismo a una línea política teórica y lo conectaban también con una manera de vivir, se convirtió en el lugar fundamental de encuentro para las personas que apoyaban la objeción de conciencia. En un sentido, se ha convertido en el lugar de referencia para cualquier declaración, acción o actividad relacionada con la objeción.

La objeción de conciencia ha estado en la agenda social a varios niveles y en diferentes periodos. Incluso a día de hoy, no existe una definición del tipo de estrategia a seguir; se trata de una lucha de reacción: se organizan acciones cuando pueden encarcelar a algún objetor. En las campañas, no obstante, intentamos llegar a cuanta más gente nos sea posible. Sin embargo, no podemos decir que nos hayamos convertido en un movimiento aún. El Grupo de Trabajo Objeción de Conciencia, que se creó en la Asociación no consiguió funcionar bien. Hasta la fecha, seguimos juntándonos sólo cuando tenemos que montar estas campañas.

Todas nuestras acciones, actividades y declaraciones se desarrollan, por lo tanto, en este marco. Y dado lo muy costoso que es participar, al final sólo llegan hasta el final un puñado de personas, lo que termina debilitando y disolviendo las campañas, y nos deja una sensación de agotamiento y de personas heridas que se distancian. Sin embargo, no debemos olvidar algo crucial: quienes determinan el curso de los acontecimientos no somos los y las activistas; el tema “Cárcel” viene determinado por las autoridades militares, y quizá esto sirva para explicar por qué las campañas se van debilitando.

En mi opinión, en este escenario tan poco radiante, no todo es negativo. Contra todo, hemos ido manteniendo un proceso continuado, y esto sigue proporcionando la posibilidad de que se genere un movimiento mucho más fuerte en el futuro. Aunque somos pocas personas numéricamente, no hemos perdido la esperanza. En Turquía, la objeción de conciencia ha sido concebida desde el antimilitarismo: es un terreno abierto de lucha nutrido de personas concretas e intrínsecamente antimilitarista. Es vital que esta lucha sea capaz de rechazar todos y cada uno de los brazos del militarismo.

Las mujeres en la lucha por la objeción de conciencia

La objeción de conciencia ha sido asociada únicamente a los objetores de conciencia. De hecho, los temas del movimiento han sido presentados y concebidos por ellos, han venido determinados sobre todo por el tema de la obligación de que los hombres hagan el servicio militar obligatorio. Nosotras las mujeres no nos hemos considerado agentes de la lucha desde el principio, sino personas que les apoyaban. A medida que nos íbamos implicando más, nos fuimos dando cuenta de lo importante que es incluir a las mujeres en la lucha de este movimiento. Sin embargo, durante mucho tiempo no pudimos reunir el valor necesario como para decir *“aquí estamos, somos parte de esta lucha”*. Una de las razones que podría explicarlo es justamente lo hondo que nos afecta la cultura militarista en la que vivimos; tanto que, incluso aunque participemos en movimientos de disidencia, podemos estar perpetuando sin querer cosas que deberíamos estar combatiendo. Como mujeres, incluso en las reuniones de los movimientos de oposición, tenemos miedo a hablar: cuando se nos ocurre una idea, no la expresamos, la pensamos y repensamos, para poderla presentar con la mejor argumentación posible y que así no se pueda descartar fácilmente, y el caso es que el tiempo pasa y ahí estamos, esperando el momento adecuado para hablar.

Queríamos argumentar (y no lo conseguimos entonces) que la objeción de conciencia no es un área limitada a hombres concretos, que si así lo concebíamos, podríamos terminar haciendo análisis machistas, y que aunque la objeción de conciencia se relaciona con los ejércitos y las obligaciones militares, con todo, el tema requiere un enfoque más amplio. A las mujeres, nos ha llevado mucho tiempo reunir el valor necesario para expresar nuestros análisis. El 15 de mayo del 2004, en el Primer Festival Militarista, cinco compañeras nuestras se declararon objetoras de conciencia públicamente. Su valor, en el contexto de críticas del estilo *“Muy bien, bonita, pero ¿qué tiene que ver contigo?”*, nos animó a más mujeres a declararnos objetoras a partir de aquella acción. En la actualidad, existen 62 personas haciendo la objeción de conciencia en Turquía y 13 son mujeres. Puede que la cifra parezca menor, pero considerando lo joven que es esta lucha y lo profundamente arraigado que está el militarismo en nuestra cultura, no se debe subestimar.

¿Qué es lo que hizo que las mujeres reunieran el valor necesario como para dar el paso de declararse objetoras? En mi opinión, ocurrió principalmente porque llegamos a un punto en que tuvimos que decidir si íbamos a luchar para que nos tuviera en cuenta o si íbamos a renunciar a eso. Nosotras luchábamos por más temas que el de exigir el derecho de los hombres a no realizar el servicio militar. Eso podría ampliar la agenda del movimiento de objeción de conciencia, además de visibilizar a las mujeres, generadoras de esos otros planteamientos. No obstante, como pensábamos que el proceso iba a ser difícil, seguíamos esperando que llegara el momento adecuado. Y para mí, aquel momento llegó cuando vi abrir la brecha a las primeras mujeres que se declararon objetoras públicamente. Pero las cinco siguientes, nuestro momento iba a llegar cuando organizábamos las acciones para el Festival Militarista, pues pasamos mucho tiempo juntas, preparándolas, y no parábamos de discutir temas. Se puede decir que las cinco decidimos declarar nuestra objeción juntas a raíz de haber estado trabajando juntas: sabíamos que iban a hacernos muchas preguntas sobre por qué lo hacíamos, pero habíamos madurado nuestras razones en los últimos años y había llegado nuestro momento.

Declaraciones de Objetoras de Conciencia

Las siguientes citas de las declaraciones públicas de las primeras objetoras sirven para ilustrar mejor de lo que yo pueda expresar la posición y el análisis de las objetoras de conciencia.

Inci Aglagul, la primera objetora de conciencia:

“Me consideraré cómplice si continuo en silencio. Y de ninguna manera deseo ser cómplice de la guerra ni del militarismo, ni observar sin hacer nada cómo encarcelan nuestras vidas, nuestras mentes y nuestros sueños. No participaré en ninguna maquinaria que socave la vida. Por eso rechazo el servicio militar, el militarismo y esta compulsión al estilo de vida que nos imponen”.

Nazan Askeran (fallecida recientemente):

“Rechazo cualquier tipo de violencia, organizada o no organizada. No quiero matar ni morir en ninguna guerra. Además, también me niego a ser una amenaza, una aniquiladora de la vida orgánica / no orgánica que existirá en este planeta cuando hayamos desaparecido. Rechazo el enfoque militarista que introduce y legitima el militarismo para oprimir, ser oprimidas/os; para dar órdenes y recibir órdenes; para matar y morir. Rechazo la guerra, el servicio militar, la violencia en todas las áreas de nuestras vidas”.

Escuchemos ahora la voz de Ceylan Ozerengin:

“Dejemos que todo el mundo viva y actúe según sus deseos y su modo de pensar. En mi opinión, la vida humana es el único concepto sagrado que

existe en la tierra. Rechazo todos los otros “deberes sagrados” que se nos imponen, los rechazo radicalmente”.

Ayse Girgin:

“Como mujer, y aunque no me relaciono con el militarismo desde el ejército, tengo que enfrentarme al militarismo en todas y cada una de las áreas de mi vida. Lucho contra él con todas mis fuerzas en este mundo que basa todas sus relaciones en nociones de hegemonía-opresión, discriminación machista y todo tipo de violencia, sangrienta y no sangrienta. Rechazo todas las manifestaciones del militarismo”.

Figen:

“Las mujeres somos el grupo más oprimido del militarismo, aunque no se nos reclute. El militarismo, como ideología patriarcal, define nuestras vidas, haciendo que las mujeres sean percibidas como propiedad, criadas, esclavas, objetos, personas que no están ahí para expresarse y sí para ser acosadas/violadas. En Turquía, donde hoy son visibles los rastros del golpe militar, del gobierno militar y de la guerra que hay, la liberación de las mujeres es posible a través de la lucha contra el militarismo.

Declaro mi objeción en nombre de los millones de niños y niñas cuyas vidas fueron partidas en dos después del golpe militar del 12 de septiembre de 1980. Presenciamos el terror de aquel 12 de septiembre y de lo que se siguió después, vivimos aquel terror. Mataron a nuestras personas queridas, hubo desapariciones, personas forzadas al exilio, o aterrorizadas a tal punto que aprendimos que el miedo es bueno. Con el golpe militar del 12 de septiembre, comprendimos para qué servían los ejércitos. El ejército es miedo, existe para crear miedo. El ejército es el terror”.

Todas estas declaraciones comparten un punto de vista feminista a la hora de hacer la crítica al militarismo. Lo fundamental es que dejan claro su rechazo al militarismo, adopte éste la forma que adopte. La tradición ubica la relación de las mujeres con el servicio militar en los temas de maternidad, de ser hermanas, esposas, novias de hombres que serán soldados. Sin embargo, las objetoras de conciencia, la mayoría feministas y antimilitaristas, manifiestan en sus declaraciones públicas que existen maneras de relacionarse con el ejército diferentes a las que concibe la tradición.

Los hombres intentan explicar el papel de las mujeres en el movimiento de objeción de conciencia como el de esposas, hermanas o madres de los objetores de conciencia. Ésta es la visión aceptada por todos. Cuando no se da dicha conexión, dicen los hombres, es porque la mujer tiene algún amigo objetor. Obviamente, estas razones que explican la implicación de las mujeres en el movimiento de objeción de conciencia parten de que la existencia de las mujeres

está supeditada a su relación con los hombres. Nuestras declaraciones públicas explican por qué estamos aquí, en este movimiento. Es evidente que apoyamos a los objetores de conciencia por negarse a realizar el servicio militar, así lo hace cualquier persona que esté sensibilizada con este tema. Pero nuestra intención y papel fundamental es visibilizar que el militarismo invade todas las áreas de la vida en sociedad, todas las relaciones sociales. Queremos que esto se vea con claridad, para poder combatirlo.

Sin duda, las relaciones llamadas “*tradicionales*” son en sí mismas rechazables, aunque cuando consideramos lo que se manifiesta vemos que estos contextos también quedan incluidos. Las objetoras de conciencia construimos nuestra relación con el militarismo a partir de nuestra propia existencia y nuestros “*problemas*” específicos, y no a través de los hombres de nuestras vidas. Como nuestras declaraciones reflejan claramente, no consideramos la objeción un mero rechazo al servicio militar obligatorio, sino que para nosotras es cuestionar el militarismo en su conjunto.

¿Qué significan las declaraciones de objeción de hombres y mujeres?

El punto común de las declaraciones de objetoras y objetores es su posicionamiento antimilitarista y la crítica abierta al militarismo. El objetivo es identificar y mostrar el militarismo en todas sus manifestaciones y todos los contextos, así como declarar públicamente que no participaremos en el militarismo bajo ningún concepto. Ninguna de las declaraciones de objetores u objetoras se limita a exigir la abolición del servicio militar obligatorio. Más bien, pretenden mostrar el militarismo como práctica criminal y perversa así como manifestar que sus crímenes nunca serán excusados.

A partir de aquí, entra en funcionamiento un proceso diferente, que introduce la diferenciación respecto a la resistencia de los objetores y de las objetoras: la posibilidad de que los hombres sean enviados a la cárcel o forzados a hacer el servicio militar. Este riesgo impone que los objetores se vean obligados a aceptar una “*muerte civil*”.

Las mujeres aún no se enfrentan a este riesgo de detención o encarcelamiento, lo que no significa que esto no vaya a ocurrir jamás. Actualmente, lo normal es que ni los hombres ni las mujeres sean procesados. Sin embargo, algunos hombres son procesados y castigados por no cumplir con las órdenes; para las mujeres, el único riesgo judicial surge del artículo que criminaliza “*disuadir al público de que cumplan con su deber militar*”. Hasta ahora ninguna mujer ha sido procesada por eso, y pienso que esto se explica en parte porque no se nos toma en serio.

El Ejército dispone de muchas herramientas para neutralizar las declaraciones de los objetores de conciencia. Como movimiento, intentamos influir en un

proceso que está de hecho determinado por otros. Sin embargo, frente a las objetoras de conciencia, el Ejército no parece tener una política clara a seguir. El potencial de la objeción de conciencia de las mujeres es que muestra que la cultura militarista de la sociedad no es inevitable o inmutable. La clave para salvar la lucha por la objeción de conciencia de las críticas existentes (equiparar la objeción de los hombres con la cobardía) son las declaraciones de las objetoras. La implicación de las mujeres en el movimiento puede llevarlo a otra fase. En este sentido, es deseable que se multipliquen las preguntas: ¿por qué?, ¿qué intentas decir haciendo eso? Las respuestas a estas preguntas podrían abrir la puerta a un nuevo mundo. Quizá sea demasiado pronto como para decir algo así, pero cuando imagino manifestaciones con miles de objetoras, también soy capaz de soñar con la posibilidad de llegar a la conciencia de las personas, atravesando las capas de polvo y corrupción de los siglos. Pero para que un sueño tan fantástico se haga realidad, todos y todas tenemos trabajo que hacer. La tarea primera y principal es asumir la responsabilidad de llegar a construir un movimiento.

Las necesidades de las objetoras de conciencia

A pesar de las críticas que se le hacen a las mujeres que deciden ser objetoras, seguimos aquí como objetoras y no pensamos dejar de existir. Después de tres años en la lucha, nuestra primera necesidad es conocernos mejor y crear juntas un lenguaje común que explique nuestra postura política. No conozco cuáles son las necesidades de las objetoras en otras partes del mundo, pero lo que necesitamos aquí en primer lugar es construir este lugar común. Nuestra historia es todavía muy corta. Como objetoras de conciencia que viven en Turquía, nuestra necesidad más urgente es ser muy conscientes de los puntos en que estamos de acuerdo y también de los que son diferentes, para poder crear un lenguaje que recoja el consenso más amplio posible dentro del movimiento. Todas y todos compartimos la crítica al militarismo en nuestras declaraciones públicas, las diferencias se dan en las argumentaciones que las fundamentan.

Sin embargo, algo que constantemente se ignora es que somos parte de la lucha antimilitarista. Sin duda, somos conscientes del amplio espectro del antimilitarismo. Cuando miramos la relación entre objeción de conciencia y mujeres, se ve claramente que estamos aún al inicio de un camino. Por eso, constituye una oportunidad de oro para la lucha antimilitarista que nosotras podamos reforzar que se planteen preguntas. Porque cuanto más se fortalezcan las preguntas, más sólidas serán las respuestas. En este contexto, es evidente que la comunicación y el compartir experiencias en el foro internacional nos ayuda tanto moralmente como en términos prácticos.

Un agradecimiento a Alp, Ash, Cuneyt y Ulku por su ayuda con la traducción y la corrección del turco al inglés.

Manifiesto mi rechazo al militarismo

Ferda Ülker

Como es lógico, desde que me he definido como antimilitarista y feminista, me considero objetora. Con la presente declaración, pretendo formalizar esta situación.

La lucha del movimiento de objeción de conciencia no es únicamente contra el servicio militar obligatorio. El nombre mismo alude una enfoque mucho más amplio. Y nosotras, las mujeres, tenemos una voz y ocupamos un lugar que es mayor que el de apoyo solidario al movimiento. La objeción de conciencia implica oponerse abiertamente al militarismo y a todo aquello con lo que éste se relaciona. El militarismo no está sólo en el Ejército: la vida cotidiana de la población está influida por una concepción del mundo militar, una concepción donde las mujeres ocupan una posición inferior e invisible, pues son consideradas personas de segunda clase (incluso aunque en ocasiones asciendan a alguna mujer de posición). Los conceptos que rigen este mundo son autoritarismo, jerarquía y obediencia. Nosotras las mujeres conocemos bien el significado y el impacto de estas palabras: aluden a las fronteras de un mundo que siempre nos fuerza a ocupar el segundo plano. Para las mujeres de esta región, el militarismo es siempre un invitado no anunciado que impone su presencia sin pudor en todos los aspectos de la vida: lo encontramos en las calles, en casa, en el trabajo, en nuestras relaciones, en nuestros campos de lucha, en todos lados.

Así pues, declaro que hoy, igual que ayer, desafiaré toda forma secreta o evidente de militarismo y que me solidarizaré con toda persona que le haga frente al militarismo. Mientras el militarismo siga resuelto a influir en mi vida, yo seguiré resuelta a continuar con mi lucha.

¡No al militarismo!

Un análisis feminista sobre la objeción de conciencia en Turquía

Por Hilal Demir, Internacional de Resistentes a la Guerra

¿ Por qué nosotras, las mujeres, nos declaramos objetoras de conciencia en Turquía cuando no tenemos que hacer el servicio militar? Deseo abordar algunos de los problemas y dinámicas de la objeción de conciencia, valorar las declaraciones públicas que hicimos las objetoras, y comentar los debates que se generaron.

Considero que al vivir en una cultura patriarcal, los movimientos de oposición, incluido el feminista, corren siempre el riesgo de masculinizarse. Este riesgo es tan fuerte que esta masculinización puede desnaturalizar, anaquilar la mayoría de los movimientos.

En mi opinión, ignorar el análisis feminista en un movimiento que lucha contra el patriarcado y sus operaciones condena el proceso al fracaso. En un movimiento como el antimilitarista, la lucha contra el machismo debería ser uno de los elementos fundamentales en la agenda. Además, si no prestamos atención autocrítica, los mecanismos insidiosos del sistema patriarcal se infiltrarán en el movimiento y lo trivializarán. Me gustaría citar a *Pinar Selek*, en un artículo que publicó en la revista de análisis feminista *Amargi*:

Aunque éste es un tema muy importante en lo que respecta a la militarización y la reproducción de la masculinidad, sigue siendo uno más de los muchos puntos de la agenda de lucha contra el militarismo. En especial aquí, en Turquía, el militarismo se relaciona con una gran cantidad de temas. Tenemos asuntos que resolver en lo tocante a la historia, la república, el enfoque predominante, incluso dentro de la propia oposición. Tenemos que desarrollar políticas contra la militarización de las políticas y de la economía, contra la rápida institucionalización del militarismo. Sin embargo, desde sus inicios, el movimiento antimilitarista ha fracasado a la hora de abordar temas que no sean el “servicio militar obligatorio” y “la alienación del servicio militar”.¹ Lo que el movimiento feminista aporta salvaría al movimiento antimilitarista de su restringida agenda y de las actitudes patriarcales en las que se ha estancado. Mientras los trabajos antiguerra y antimilitarista no consigan generar una agenda y un debate público feministas para cuestionar el militarismo, el nacionalismo y la política que organiza la guerra a través la integración en los micropoderes, seguiremos sin poder avanzar. Para evitar el estancamiento, el movimiento antimilitarista debe integrar el trabajo del movimiento feminista. Siempre ha tenido esta necesidad. [1]

Como mujeres y activistas en movimientos antimilitaristas, antiguerra y de objeción de conciencia, hemos estado buscando formas alternativas de expresar nuestra resistencia al militarismo. Hemos luchado por abrir un espacio que nos acogiera en los movimientos donde luchábamos porque éstos no incorporan el enfoque de género. En 1999, algunas activistas que trabajábamos en la *Asociación de Resistentes a la Guerra de Izmir* creamos el grupo independiente *Feministas Antimilitaristas*. Fue el primer grupo que tenía el objetivo de superar los problemas que enfrentaban las mujeres por el hecho de ser mujeres en el propio movimiento. En los años que se siguieron, se formaron grupos similares en varias ciudades.

En Turquía, como en la mayor parte de los lugares del mundo, es común definir la objeción de conciencia como la negativa a realizar el servicio militar obligatorio. Como las mujeres no tienen que hacer el servicio militar, se considera que no tiene sentido se declaren objetoras. Mi intención fundamental al declarar mi objeción era llamar la atención sobre el riesgo que corría el movimiento de convertirse en una especie de foro de política masculina, y recordarnos, además, que el militarismo no se circunscribe al tema del servicio militar. El hecho de que las mujeres no puedan ingresar en el Ejército turco se debe a la percepción de que no somos lo suficientemente dignas como para ingresar en una institución “*tan noble*”. Esto significa que el servicio militar no sirve únicamente para la “*defensa de la nación*”, sino también para que quede bien definido el estatus ciudadano de hombres y mujeres, y el lugar que cada grupo ocupa en la sociedad.

Cuando pensaba en qué poner en mi declaración pública, tenía muy claro qué puntos quería explorar en mi texto: causas de las guerras, cómo se usa a las personas en las guerras, cómo el militarismo presente en la vida cotidiana nos prepara psicológicamente para las guerras y la violencia, cómo perpetúa este sistema una vida social estructurada en torno a los papeles de género... En mi declaración quería rechazar todos estos puntos.

Esra Gedik es una de las analistas del tema de la objeción de conciencia de las mujeres en Turquía. A continuación, presento algunas de sus consideraciones sobre nuestra situación.

Las mujeres que declaran su objeción aunque no vayan a ser reclutadas lo hacen como forma de enfrentarse al militarismo, a todas las formas de la guerra, la violencia y la discriminación. Además, dirigen su mensaje a las fuerzas armadas y la propia guerra; a la economía de guerra y la mentalidad bélica. El sector más oprimido por el militarismo son las mujeres, pues el militarismo se construye desde el machismo, el patriarcado, el heterosexismo además de todos los otros tipos de discriminación. Por esa razón, la lucha que están haciendo las mujeres es

importante. Supone el rechazo a los ejércitos, a todas las guerras que éstos provocan y lideran, al armamento y a todos los tipos de armas y violencia en su conjunto. Son mujeres que se expresan como madres, como defensoras de la paz, como antimilitaristas, como personas. Y es la prueba de que ellas, en este movimiento, tienen más que decir y que hacer que sencillamente servir de apoyo a los objetores. Aunque las mujeres no son reclutadas, son en ocasiones parte del militarismo y por regla general siempre víctimas. Así pues, están alzando su voz contra todos los tipos de estructuras autoritarias, jerárquicas, nacionalistas, machistas y militaristas, porque no quieren matar ni morir en las guerras, y no quieren ser oprimidas ni explotadas. Seguir calladas equivaldría a apoyar la guerra. Existe una voluntad a favor de un mundo sin armas, sin discriminación racial, religiosa o sexista. [2]

Yo hice mi declaración pública el 15 de mayo del 2004 en el *Festival de Militarismo* que habíamos organizado. Nuestras declaraciones nos hace correr el mismo riesgo que corren los objetores, pues nos aplican la misma legislación. Es una estrategia política para intentar forzar al gobierno de la República de Turquía a posicionarse definitivamente sobre la objeción de conciencia; las declaraciones de las objetoras son parte de esta estrategia. Algo que comparten las declaraciones de las objetoras es su actitud feminista frente al militarismo. La mayoría de las definiciones de la objeción de conciencia incluyen el derecho humano a la libertad de conciencia y la objeción de conciencia como expresión personal de esta conciencia, así pues, como feminista no veo problemático el declararme objetora de conciencia.

El primer caso legal sobre objeción de conciencia en Turquía fue el de *Osman Murat Ülke*, en 1996. El caso fue muy problemático por la larga duración del proceso, la incertidumbre, el desgaste, las insuficiencias materiales, la falta de movilización, la marginalización, y la falta de apoyo de otros movimientos políticos. Todo esto generó agotamiento y problemas que nos acompañarían los años siguientes en el movimiento de conciencia. El impacto de la cultura en la que vivimos, el tener que trabajar estando agotadas y agotados, las muchas deficiencias... llevaron al movimiento a ocuparse exclusivamente de las declaraciones de los objetores de conciencia, pues se negaban a cumplir con un servicio obligatorio. Por lo tanto, se cayó en la creación de héroes, pues eran hombres que corrían el riesgo de cumplir condenas carcelarias prolongadas en un país donde la objeción de conciencia no es un derecho constitucional.

La negativa a hacer el servicio militar de los hombres y su posterior encumbramiento como “*héroes*” puede ayudar al desarrollo del movimiento en algún grado, pero debería aspirarse a ir devaluando este estatus, porque de lo contrario, no habrá espacio para las mujeres, será un movimiento sólo de hombres. De hecho, ya ha empezado a pasar en el movimiento de objeción de conciencia. El ‘heroísmo’ es un concepto masculino y militarista, y por tanto

debemos cuestionarlo. Es evidente que tenemos que desarrollar nuevas estrategias y actitudes. La única acción que hemos concebido hasta el momento se inscribe en el marco de la objeción de conciencia, y las mujeres tenemos nuestra parte de responsabilidad en esto. No hemos conseguido establecer prioridades que nos permitan disponer de tiempo para suscitar los puntos que consideramos importantes. No pretendo ser dura en mi crítica, pero creo que lo que hemos descuidado sobre todo es el tema de los problemas que enfrentamos por ser mujeres.

Recientemente, hemos empezado a discutir una cuestión importante: *“Aunque estamos seguras de que queremos materializar enfoques y acciones antimilitaristas y feministas en la resolución de todos los problemas, ¿es la plataforma de objeción de conciencia el lugar adecuado para hacerlo?”*. Para que esto se comprenda, he de aclarar que nosotras concebimos el concepto ‘objectora’ de manera distinta a cómo se concibe generalmente en el movimiento, de cómo lo conciben otras mujeres del movimiento de objeción de conciencia y el movimiento antimilitarista en su conjunto. Según estas otras personas, el término ‘objeción’ se acuñó por una situación legal, y debería, por tanto, restringirse al uso en este contexto. Se oponen a que las mujeres nos declaremos objetoras. Sostienen que las mujeres deben concebir, nombrar y luchar por sus propios temas. Que como las mujeres tenemos nuestro propio poder, tendremos que crear nuestras propias palabras contra el militarismo, en lugar de pretender cambiar el significado de ‘objeción de conciencia’.

Pienso que las declaraciones de las 12 objetoras de conciencia han ayudado a desarrollar la sensibilidad de género en el movimiento, cuestionando los debates sobre este concepto y animándonos a buscar un camino donde desarrollar nuevos enfoques. Las declaraciones de las objetoras nos ayudan a estar alerta, a hacernos más fuertes, y evitan, además, que nuestro movimiento se centre exclusivamente en los juicios a los objetores.

Dentro del movimiento antimilitarista, sólo veo que se realiza activismo en esa visión restringida de la objeción de conciencia. Y si las mujeres, que son invisibilizadas por el militarismo, son también ignoradas en el activismo, seguiremos atrapadas y atrapados en la trampa militarista.

Con todo, sigue pendientes de análisis varias cuestiones importantes como: ¿deberían las mujeres trabajar por su visibilidad dentro del campo de la objeción de conciencia, para ser *“iguales”* a los hombres? ¿Y cómo alentar actitudes no machistas dentro del movimiento? Las declaraciones de las objetoras han aportado más cuestiones aún, recogidas por *Ayşegül Altınay* en *Amargi*:

- ¿Quién y qué procesos dan a luz al *Soldado Turco* (y a su contrafigura, el *Militante*)? ¿Por qué creemos que somos Soldados Natos culturalmente y que

la aportación más valiosa que podemos hacer a nuestra sociedad es servir en el Ejército?

- ¿Cuál es el lugar que ocupan los hombres y las mujeres en la tesis Soldado-Nación?
- Si entendemos el militarismo de manera más amplia como glorificación de las conquistas y prácticas militares y crisol donde se forja la vida “civil”, ¿cuál es nuestra aportación al militarismo como “civiles”?
- ¿Qué aportan las mujeres?
- ¿Qué aportamos las feministas? ¿Podemos mantener nuestras declaraciones y actuaciones ante todos los tipos de violencia y militarismo?
- Resumiendo, ¿cuándo nos enfrentaremos realmente a los procesos de “ser” y “generar” soldados y militarismo? Si no somos Soldados Natos, ¿qué podemos hacer para no serlo? [3]

Hace poco tuvimos una reunión de mujeres de diferentes ciudades para debatir estos temas. Seguimos con el de la objeción de conciencia y estamos buscando nuevas estrategias para abrir nuevos caminos. Las necesidades que compartimos nos han llevado a establecer una red de mujeres, donde hemos empezado a analizar diferentes conceptos y formas en que desarrollar el activismo antimilitarista de las mujeres. Y veo que empezamos a recoger frutos en este proceso que comenzó en la práctica con las mujeres que se declararon objetoras de conciencia.

Un agradecimiento a Balam Kenter por traducir las citas en turco al inglés.

Notas:

- [1] Pınar Selek, “Feminizme ve anti-militarizme ihtiyacımız var (Necesitamos el feminismo y el antimilitarismo), Amargi, S.2, Autumn Issue 2006, p. 27).
- [2] Esra Gedik, “Kadınlık ve Vicdani Red Üzerine” (Sobre la feminidad y la objeción de conciencia), Amargi, S.2, Autumn Issue 2006, p. 38.
- [3] Ayşe Gül Altınay “Asker Türk’leri Ve Onların Asker Kardeşlerini Kim Doğuruyor?” (¿Quién está pariendo al “soldado turco” y a sus hermanos soldados?), Amargi, S.2, Autumn Issue 2006, p. 18.

Declaración de Objeción de Conciencia

No quiero vivir en un mundo machista, jerárquico, autoritario, militarista y patriarcal.

No quiero una educación basada en este sistema.

No quiero que la gente muera en guerras por una inconmensurable mentira.

No quiero tener que estar demostrando que soy un ser inteligente y una persona por el hecho de ser mujer.

No quiero ignorar las políticas de guerra del Estado y sus mentiras.

No quiero que los militares entrenen a la gente como corderos que irán al matadero.

No quiero que nadie decida por mí sin preguntarme.

No quiero que operen los conceptos y comportamientos militaristas en nuestros movimientos.

No quiero vivir bajo reglas patriarcales, y soportando normas que invaden mi vida privada.

No quiero que se juzgue la identidad sexual de las personas.

No quiero que me etiqueten como “madre”, “esposa”, “hija” y “novia” sólo porque sea una mujer.

No quiero vivir encerrada en fronteras.

No quiero matar ni que me maten.

Y, rechazo todo esto porque estoy escuchando mi conciencia.

Porque QUIERO vivir en libertad, con alegría, en un mundo donde no exista la guerra, ningún tipo de violencia, que sea anti-autoritario y que no imponga fronteras.

¿Y tú?

Hilal Demir

Esta declaración se publicó por primera vez en Izmir, Turquía en 2005

Las mujeres en el Movimiento por la Paz de Corea del Sur

Por Jungmin Choi, Solidarity for Peace and Human Rights

Paisajes militaristas después de la Democracia

En Corea del Sur el militarismo se basa en el Ejército, y el sistema de conscripción tiene una influencia considerable no sólo en la vida de los hombres, también en la de las mujeres. Dicha influencia va desde el uso de la violencia física directa hasta el tono cultural y emocional prevalente en la sociedad, pasando por un amplio espectro. Las activistas que trabajan en temas de objeción de conciencia al servicio militar, Seguridad Nacional, y paz y desarme se enfrentan a varias dificultades, que ilustran bien lo profundamente militarizada que se encuentra la sociedad surcoreana. A continuación presento mis reflexiones y experiencias como activista interesada en temas de pacifismo y feminismo.

Corea, como único país del mundo que está dividido, es un lugar donde la posibilidad de que estalle un conflicto militar entre el norte y el sur y la consecuente tensión militar son continuas. Aunque la distancia entre Corea del Norte y del Sur ha quedado mitigada a lo largo del prolongado proceso de reunificación y con la globalización neoliberal, la sociedad sigue creyendo que la seguridad se consigue gracias a la defensa militar. A lo largo de la historia, la población coreana ha creído que la defensa nacional y la defensa militar son conceptos vitales para su existencia como nación. Esta angustia por la seguridad (especialmente concebida así, militarmente) ha posibilitado que continúe vigente el sistema de conscripción “*No preguntes*”; peor aún, es responsable además de que la gente crea que la violación de derechos humanos dentro del Ejército es inevitable hasta cierto punto.

Con la obsesión por esta noción tradicional de seguridad, las diferencias entre los sexos se hacen más específicas, y se celebran la beligerancia y la violencia masculinas. Este patrón de comportamiento se puede apreciar por regla general en las relaciones internacionales, la guerra fría, la carrera armamentista, y también en las relaciones entre hombres y mujeres. No sorprende que el Ejército quede retratado como un activo defensor de la paz. En Corea, donde el sistema de conscripción ha sido duramente puesto en práctica, es innegable que las imágenes de las mujeres como ciudadanas de segunda clase, seres débiles, a los que hay que proteger, han sido necesarias para conformar y mantener el poder de la cultura militarista e incluso del propio Ejército. En la sociedad coreana, donde el equilibrio de poder es entendido como la única forma de sobrevivir, sólo se valora a los hombres con cuerpos aptos para el combate y la masculinidad. En consecuencia, las mujeres y personas con minusvalías quedan marginadas. Por

esta razón, en Corea a los objetores de conciencia se los asocia a menudo con seres afeminados o mujeres; pasan a ser ciudadanos de segunda clase que quedan excluidos de la sociedad.

El Ejército y la defensa nacional disfrutaban de una ideología y una historia muy sólida y compleja en Corea del Sur. En los más de 30 años de dictadura, el Ejército se ha convertido en un santuario que escapa al control civil. En su seno, se han producido numerosas violaciones de derechos humanos, situación que continúa produciéndose hoy. Aunque Corea del Sur, en general, se ha desarrollado en una dirección más democrática, estos logros no se aplican al ámbito militar, como si lo militar no entrara en la consideración del sistema democrático. Es un secreto a voces que algunos privilegiados abusan de su poder para conseguir que sus hijos no hagan el servicio militar. Corea del Sur no aplica la conscripción de manera universal, pues sólo se recluta a los hombres sin dinero o poder.

Últimamente, el nacionalismo y el patriotismo en Corea (las bases de una defensa nacional autosuficiente) han pasado a ser bastante amenazantes. Tanto las personas conservadoras como las de izquierdas sueñan con un país que no tenga que prestar atención a otros más poderosos, que pueda mantener su política sin tener en cuenta a las superpotencias, ejerciendo su autoridad soberana. Y es incuestionable: este tipo de patriotismo necesita del Ejército. Ahora es común ver a jóvenes estrellas en anuncios donde cuentan que se han enlistado, para alentar el patriotismo y que se participe en la cacería de quienes no quieren hacer el servicio militar. A diferencia de antes, cuando la mayoría consideraba que ingresar en el Ejército implicaba el *“fin de la carrera a la fama”*, ahora esto mejora la popularidad porque se considera que estos hombres se comprometen con la protección de las mujeres y de la familia. Como contrapunto, una estrella del pop que consiguió evitar legalmente la conscripción porque era ciudadano estadounidense, ahora no puede volver a Corea porque no hizo lo que prometió: renunciar a esa nacionalidad para poder servir en el Ejército.

Las mujeres y el Ejército

El debate sobre una decisión judicial que determinó que el trato preferencial (otorgar méritos computables a los hombres desempleados que hubieran hecho el servicio militar) es anticonstitucional muestran claramente cómo afecta el sistema de conscripción a las vidas de las mujeres de una forma u otra. (Con todo, se sigue pensando que este sistema no les afecta.) El 23 de diciembre de 1999, cuando el Tribunal Constitucional dictaminó que la política de méritos computables violaba la igualdad en la nación, los hombres que sintieron que esto era una provocación emprendieron ataques ciberterroristas contra sitios webs de organizaciones de mujeres, y contra la Universidad Mujer-es de Ewha, a la que asistía la parte litigante. Las activistas de estos grupos empezaron a sufrir vómitos y dolores de cabeza por la tensión soportada, ya que las webs estaban plagadas de insultos y amenazas. Tuvieron que cerrarlas.

A partir de esa época, el ciberterrorismo ha sido muy común: los sitios feministas que critican el Ejército o la cultura militarista son arrasados o cerrados por los ataques terroristas de hombres. En algunos casos, roban la información personal de las mujeres que participan en estas webs y la publican en sitios de pornografía en Internet. Una mujer estuvo sufriendo más de 60 llamadas telefónicas pornográficas al día, por ejemplo. La cuestión que afecta a la Universidad Mujer-es de Ewha no acaba aquí. En 2003, en pleno debate social sobre la objeción de conciencia, cuando expresaron su apoyo a este movimiento, su web volvió a quedar cerrada. Desde entonces, se considera esta web el lugar de encuentro del movimiento feminista, y no cesan los ataques a manos de hombres militaristas cada vez que surge un debate social sobre las mujeres y los ejércitos.

El papel de “*protector*” es alentado también por la gratitud y el respeto de quienes reciben esa protección, por eso, por ejemplo, en los colegios se le escriben cartas de agradecimiento a los soldados. Las personas ciudadanas de segunda clase, mujeres y hombres con discapacidades, que sólo pueden estar en el grupo de las personas protegidas, no tienen derecho a expresar sus opiniones.

Una de las preguntas que más me hacen como objetora de conciencia es “*¿Por qué si no tenéis que hacer el servicio militar os ponéis a debatir este tema?*”. La pregunta es reflejo de la ideología prevalente en la sociedad coreana, que ha silenciado las voces de las mujeres en lo concerniente al Ejército o la conscripción, tanto visiblemente como de forma invisible.

En los inicios del movimiento, yo participaba en debates online porque, como mi nombre puede ser de hombre o de mujer, creían que era un hombre. Cuando quedo con alguien a quien no conozco en persona, siempre le sorprende que sea una mujer. Ya me he acostumbrado al “*¿Pero si eres una mujer!*”. Sin embargo, en los debates de la televisión, o en los artículos de los periódicos que van con foto, no he tenido esa presencia. No sólo porque las personas a cargo consideraban el hecho de que soy mujer, sino también por seguridad mía, pues el tema me preocupa desde que he visto lo que le pasa a las mujeres que se expresan públicamente. Mi autocensura llegó a tal punto debido a todo esto, que me vi hablando del Ejército, de la conscripción o del militarismo de manera muy limitada, o buscando que lo hiciera algún hombre en mi lugar, incluso aunque no nos hubieran pedido que el portavoz fuera un hombre. Mis compañeras activistas que han sido objeto del ciberterrorismo por ser de la Universidad Mujer-es de Ewha, dicen, a día de hoy, que siguen sin decirle a la gente que no conocen bien que estudian allí.

La población está convencida de que las mujeres no tienen derecho a debatir nada relacionado con temas militares. Este tipo de hechos (que las mujeres que no hacen el servicio militar no pueden hablar) define el Ejército como un ámbito exclusivamente masculino/de hombres, restringiendo el acceso de las mujeres a

él. Dicha actitud impide que la gente se dé cuenta de cómo el Ejército coreano y la cultura militarista coreana han estado exacerbando el sistema que regula los papeles de género, la explotación de los derechos humanos, y el derecho de una mujer a la vida. Por estas razones, cuando las mujeres coreanas hablan contra el sistema de méritos y a favor de la objeción de conciencia sólo se entiende que lo hacen desde su posición de madres o esposas de soldados.

Los inicios del movimiento de objeción de conciencia

La gente ha estado practicando la objeción de conciencia al servicio militar durante al menos 60 años, y se les ha castigado por ello. Pero no fueron motivo de interés hasta que una revista semanal sacó el tema en su portada a principios del 2001. Antes de este artículo sobre la objeción de conciencia de los Testigos de Jehová, nuestra sociedad había tratado a los objetores como si fueran invisibles. Aunque nunca antes se había discutido este tema a nivel social, ahora ha pasado a ser un tema de debate.

Cuando creamos el movimiento de objeción de conciencia, empezamos por mostrar el sufrimiento de los objetores de conciencia y de sus familias. De hecho, durante la dictadura militar, cuando se negaban a sostener un fusil entre las manos, muchos recibían palizas, que en ocasiones les costaban la vida. La necesidad más urgente que teníamos era transformar su imagen, pues estaba gravemente dañada. No queríamos hacerlo con argumentos lógicos, sino consiguiendo generar un ambiente emocional en la sociedad. Según previmos, se armó un gran revuelo: la gente empezó a darse cuenta del abuso de las violaciones del gobierno y de lo irresponsable que era no querer enterarnos del tema. Y entonces llegó la represión sistemática del ministerio de la Defensa Nacional y de los grupos cristianos conservadores. Cínicamente, presentaron a los objetores como un grupo de privilegiados que intentaban librarse del servicio militar, ilegalmente. Asimismo, hicieron hincapié en el hecho de que la mayoría de los objetores pertenecen a una religión determinada, para que se les diera el trato especial de herejía. Pronto la sociedad le dio la espalda a los objetores de conciencia, y dejó de ser posible tratar el tema con argumentos en el foro social.

El movimiento de objeción de conciencia y las mujeres

La crítica feminista al activismo dominado por los hombres es ya una realidad en casi todos los movimientos sociales, y casi siempre enfrenta una poderosa oposición, que adopta muchas formas y que se da en muchos terrenos. Según lo que yo entiendo, esta oposición se basa en el argumento de que la crítica feminista socava la Causa Mayor del movimiento, y elimina la posibilidad de que se encuentren formas más eficaces de resistencia. Yo no creo que las críticas feministas existentes en el movimiento por la paz y de mujeres se produzcan para crear problemas: muy al contrario, señalan que existen diferentes enfoques sobre lo que es la paz, y no se puede ignorar esto. Las activistas también nos negamos a ser consideradas un grupo con una sola identidad, hemos cuestionado el constructo Mujeres y “nosotras” para averiguar dónde estamos cada una en

realidad. Además, nos oponemos a cómo se presentan nuestros sufrimientos en el movimiento Antiimperialismo Estadounidense o en el de la guerra de clases. Estamos planteándoles a los y las activistas la necesidad de análisis y redefinición de una metodología dentro del activismo para evitar que se reproduzca la dominación masculina.

La marginalización de las mujeres dentro del movimiento de objeción de conciencia tiene que ver con la breve historia de siete años del movimiento. Al participar en la lucha contra la oposición y la violencia hacia el movimiento, no hemos tenido elección: hemos tenido que limitar lo que queríamos decir. Esta estrategia tuvo aspectos positivos: mostró el sufrimiento y el dolor del objeto y de la gente que le rodea, familia y amistades. Pero también es verdad que dicha representación facilitó que se distorsionara el sufrimiento de los objetores para colmar la interpretación social de ellos, a saber, que un objetor era una “*pobre víctima*” de la violencia del Estado, en lugar de un activo resistente al militarismo. En consecuencia, los objetores de conciencia tuvieron que adaptarse (al margen de sus específicas personalidades) al papel de “*buena gente*” que soporta en silencio la crítica de la sociedad, lo que no ha sido sólo una carga para los objetores, sino que ha contribuido además a marginalizar a quienes les apoyaban, en especial, las mujeres. El fenómeno ha sido más común en el servicio social alternativo, donde el activismo ha estado excesivamente centrado en los objetores individuales y donde las mujeres sólo han sido personajes secundarios de apoyo (por ejemplo, en el tema apoyo a los presos). Por otro lado, con objeto de criticar la fuerte masculinidad que la sociedad espera de los hombres, cada objetor, individualmente, tenía que convertirse en un superhéroe. No tuvieron más elección que objetar a hacer el servicio militar, no porque fueran extraordinariamente valientes sino porque son débiles, demasiado débiles como para poder entrenarse militarmente en desarrollar la capacidad de hacerle daño a alguien. Estos papeles de género que se esperan de las activistas también, junto con un ambiente que hace énfasis en la obediencia ciega ha desesperado a las activistas y oscurecido los objetivos de nuestro movimiento.

Yo espero que el movimiento de objeción de conciencia nos proporcione la oportunidad de averiguar dónde estamos en esta sociedad donde la violencia se encuentra normalizada, y si somos o no parte de esta violencia. Espero que sea un movimiento que nos empuje a pensar cómo se crea la violencia en nuestra sociedad y que nos ayude a evitar que entre en nuestras vidas cotidianas, en vez de limitarse a entender el mundo y establecer el papel del movimiento desde la arena de la esfera pública y los discursos grandilocuentes.

Pensar el movimiento de objeción de conciencia como proceso y no como producto, ¿no sería acaso ejercer un activismo por la paz auténtico?

Un agradecimiento a Dongyoung Kim por la traducción del coreano al inglés.

Paraguay@s unid@s contra el militarismo

Por María Elena Meza Barboza, Movimiento de Objeción de Conciencia Paraguay

En el Paraguay, los sectores más pobres de la sociedad son criminalizados a través de la maquinaria del Estado: su ejército, policía e incluso las estructuras judiciales, son las que pavimentan el camino a la represión o a privar a la gente del acceso a los servicios básicos, como sanidad, educación y vivienda.

Militarismo en Paraguay

En el Paraguay el militarismo es muy fuerte todavía en términos de estructura en el sentido de que existen muchos cuarteles o destacamentos militares. Además, se asigna mayor presupuesto a las fuerzas armadas que a salud y educación. Este desvío de recursos económicos y humanos al ejército es perjudicial porque es un aparato que está encargado muchas veces de reprimirla y en especial a los sectores más pobres.

A pesar de que todo el aparato del estado, con su estructura militar y policial, se mejoró en muchos aspectos en la democracia aún falta mucho por hacer. Esta estructura muchas veces no protege al pueblo, un ejemplo claro es el poder judicial que existe solo para los poderosos y los que tienen dinero.

En los últimos tiempos los militares en el país tenían mucho dinero que cobrar. Primero inventaron un conflicto con Bolivia [1], después se pusieron a reprimir o generar miedo a las personas. Se ponían frente a los colegios con sus armas y uniforme para que nadie se comporte mal, porque a los chicos de colegios se les daba por manifestarse mucho incluso romper portones si se oponían las autoridades a que lo hagan.

Después ya estaban en todas partes en la capital, estaban en los colegios, en los shopping, en las plazas, en las esquinas, en todos lados, un tiempo ya parecía que todos los días estábamos en estado de sitio.

Después como que disminuye un poco la cantidad de militares en las calles por diferentes acciones que hemos hecho como MOC y también la sociedad en general, pero al Estado se le ocurre crear lo que es la guardia urbana en Asunción y solo para el centro de Asunción. Pero lo que actualmente está ocurriendo es que se están expandiendo como para que la gente no perciba de golpe eso lo hacen de a poco y lo hacen bordeando todo lo que sería El Bañado que es la zona donde casualmente vive gente pobre, o sea, los criminales para ellos.

Y por cierto en el interior del país se les ocurrió la magnífica idea de invadir los terrenos de los asentamientos campesinos e indígenas [2] además de estar

constantemente coaccionándoles y matando en las manifestaciones campesinas.

El movimiento antimilitarista en Paraguay

Desde sus comienzos el MOC fue uno de los grupos, es más yo diría que es el único movimiento social antimilitarista que sigue siendo oposición de las fuerzas armadas y la cultura violenta en nuestro país. A pesar de que es un país que culturalmente conserva la cultura militar a través de valores como el patriarcado, el machismo, la sumisión, la solución de conflictos de forma violenta, nosotr@s como movimiento estuvimos haciendo frente a todos esos valores desde el comienzo, a pesar de que no fue fácil hoy podemos decir que tenemos muchos logros tan fortalecedores y satisfactorios para nosotr@s y sobre todo visibles en la sociedad, uno de ellos es haber instalado el derecho de la objeción de conciencia y que todos los días esté gente declarándose objetores no solamente en Asunción sino en todo el país.

La declaración de objetores se debe a que en un comienzo rompimos el miedo que existía en ejercer el derecho a la objeción, a pesar de ya haberlo introducido en la constitución nacional existía todavía mucho miedo en la sociedad al ejercicio de los derechos.

En 1995 la primera objetora de conciencia hizo pública su declaración de objeción [3] y después a partir de ese momento las mujeres del MOC se declaran objetoras cotidianamente. Otro grupo de mujeres se declaró en 2002 [4], en que se declaran mujeres famosas, otro grupo se de mujeres del MOC y de la sociedad en general se declara públicamente en el 2004, pero el Congreso no quiso expedir el carné a las chicas porque la Constitución no obliga a las mujeres a realizar el servicio militar.

También las formas como resolvemos conflictos y las acciones no violentas que hacemos la gente va tomando como alternativas y las va incorporando a sus grupos, muchas veces otros movimientos nos llaman a pedir capacitación sobre lo que es ADN, nos piden que seamos seguridad en sus manifestaciones y eso demuestra para nosotros una postura que nos hace ver que ellos prefieren una forma de solución de conflictos no violenta.

Somos aliados de muchos movimientos sociales como los movimientos estudiantiles, de Bañados, niños y adolescentes, salud, las víctimas del Ycuá Bolaños (un gran supermercado que ardió el 1 de agosto de 2004, dejando al menos 400 muertos y más de 500 heridos), etc. y eso nos da fuerza para seguir haciendo cosas día a día, porque significa reconocimiento social, porque eso significa que lo que hacemos vale a pesar de no ser un movimiento de un gran número de personas ni de redes incluso a pesar de ser 10 o a veces poco menos de 10 estamos muy felices de hacer lo que hacemos.

Ser una objetora de conciencia

En el MOC la organización es una sola, tanto para hombres y mujeres, no existe diferencia ni tampoco existe una organización aparte que sea feminista y antimilitarista, la única organización en la que estamos las mujeres antimilitaristas y hacemos cosas en torno a todo lo que significa el antimilitarismo, la objeción de conciencia y cultura de paz es el MOC, y el acompañamiento por parte de los compañeros es siempre la mejor en eso no tenemos problema las chicas del MOC.

Sobre el servicio militar, este es obligatorio para los hombres, incluso los niños son reclutados, sobre todo en las zonas rurales. La declaración de objetoras no es reconocida por el Estado en el sentido de que la ley del servicio militar no es obligatorio para las mujeres entonces no es necesario que las chicas tengan su carné de objeción a pesar de que no tendría porque haber discriminación en ese sentido, no obstante en algunos casos hemos conseguido el carné todo depende de la coyuntura y presión que hagamos. Pero de hecho existen muchas chicas que son objetoras.

Socialmente las personas se preguntan que hacen las mujeres en el movimiento si el servicio militar no es obligatorio para ellas, la gente cree que la objeción solo afecta a los hombres, afortunadamente hemos demostrado más de una vez que eso no es así y que el militarismo nos afecta a todos, que la violencia nos afecta a todos. En el movimiento no hay dificultad en cuanto a que exista mujeres objetoras.

El M.O.C. es un movimiento que mucha gente piensa que esta integrado solo por varones, porque el servicio militar es obligatorio solo para varones, pero el M.O.C. desde sus comienzos siempre fue un grupo integrado por varones y mujeres y donde todos tienen el mismo nivel de incidencia en las decisiones porque estas se toman por consenso. En algún tiempo el movimiento estuvo conformado por más mujeres que hombres eso es algo que no se ve como negativo sino como algo que da más fuerza y legitimidad. Es más siempre nos preguntan a las chicas porque estamos en el M.O.C. y eso del servicio militar no nos afecta a nosotras, y siempre respondemos que si nos afecta, es más les afecta a todos, niños, adultos, todos, porque todos queremos una vida mejor y cada una de las personas que forma parte de esta sociedad contribuimos de alguna manera para eso ya sea con nuestros impuestos, estando en un movimiento social, luchando por una ideología, con nuestro trabajo, o simplemente no haciendo nada también colaboramos con algo, y es por eso que las chicas del M.O.C. decidimos ser antimilitaristas porque a diario queremos colaborar para cambiar esa cultura machista que hay en la sociedad paraguaya y si nos afecta mucho, queremos que se acabe la dominación de los grupos de poder hacia los pobres, niños, indígenas y también nosotras las mujeres y es por eso que día a día aportamos nuestro granito de arena.

No nos gusta el ofrecimiento que nos hacen las fuerzas armadas y el estado en sí como ciudadanos, porque ellos dicen vamos a darle su lugar a la mujer, miren ya no somos machistas, ya no discriminamos ahora las mujeres también pueden estar en el ejercito, pero nosotras decimos para qué, para aprender lo mismos que siempre ha hecho las fuerzas armadas matar, torturar, oprimir al pueblo, colaborar con las injusticias del gobiernos del turno.

Así, en relación con la entrada de las mujeres a las fuerzas armadas, no estamos de acuerdo con que las mujeres deben realizar los mismos roles que los hombres dentro del ejército, creemos que no todos los espacios son válidos, creemos que entrar en la academia militar no es un buen lugar, no es un buen lugar no solo para las mujeres, no es un buen lugar para los niños, el ejercito no es un buen lugar para nadie.

Desde una perspectiva de género, una forma importante de como nos afecta el militarismo son los valores, valores que están muy arraigados a la cultura y en lo que es lo milicia y es eso justamente lo que queremos que acabe, queremos que acabe el la cultura militar en los colegios, calles, en la casa, en todos lados. En el país tanto hombres y mujeres se ven afectados por el militarismo en el sentido de represión de las luchas sociales, sean que estas defiendan derechos de mujeres o cualquier otro derecho, y más aún en el campo. Sin embargo, en lo que se refiere a valores militaristas, comúnmente lo sufren más las mujeres que los hombres, ya que este país es un país muy machista hasta hoy día a pesar que muchas organizaciones hemos tratado de cambiar eso, el machismo es una práctica muy común y no solo por los hombres o por las instituciones que incentivan ese tipo de valores como las fuerzas armadas, sino que es también muy practicado por las mujeres mismas, es más muchas mujeres y mucho más aún en el campo siguen creyendo que eso tiene que ser nomás luego así, un ejemplo, para ilustrarles mejor.

Las tareas domesticas siempre deben ser hechas por las mujeres, las mujeres siempre deben servirles a los hombres. A las niñas se les enseña que deben hacer las tareas domesticas y que tienen que servirle a los hombres desde niños por ejemplo a los hermanos, etc., Eso es avalado por la mayoría en la sociedad, y la gente se sorprende si un hombre por ejemplo lava sus ropas o hace tareas domésticas a pesar de vivir en pareja con una mujer o vivir con su madre o hermana, por lo general se mira eso como raro o se dice que la mujer es una haragana.

Lo mismo sucede si el hombre tiene muchas mujeres es un ídolo y se le alaba, pero si la mujer no le gusta el compromiso y dice yo quiero amor libre se le tilda de que es una mujer sin moral. Hay que resaltar que esto ha disminuido mucho en la capital y los lugares más urbanos, pero existe mucho todavía y esta muy arraigado este tipo de pensamiento en las áreas rurales.

Como ejemplo final, en lo que se refiere al estado civil de casada, las mujeres automáticamente al casarse en su cédula de identidad llevan el apellido de su marido, el famoso Juanita Pérez de fulano de tal, y si una no quiere llevar el apellido debe hacer una declaración primero que no quiere y después de hecha la declaración recién puedes seguir usando tu apellido que es algo sumamente ridículo porque eso es con lo que cada persona se va a identificar y le tiene que gustar, tiene que tener el derecho de poder elegir su identidad en ese sentido.

Finalmente les cuento que en especial en número las chicas en estos últimos años del M.O.C. hemos sido más, pero no por eso hemos tratado de convertirnos en un grupo feminista, en algún momento surgió el planteo de uno de esos grupos de separar el M.O.C. y crear un grupo feminista antimilitarista aparte pero nosotras creemos que no es necesario separarnos de los compañeros para hablar de feminismo y antimilitarismo porque creemos que podemos hablarlos entre todos y llevar proyectos como MOC.

Notas

- [1] "El presidente de Paraguay afirma que es posible un conflicto con Bolivia para justificar aumento del presupuesto militar". <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=37547>
- [2] <http://elyacare.wordpress.com/2008/01/23/denuncian-en-paraguay-atropellos-a-asentamientos-campesinos/>
- [3] Esta declaración se presenta junto al artículo.
- [4] Esta declaración se presenta junto al artículo.

Breve historia del movimiento antimilitarista en Paraguay.

La historia del MOC (Movimiento de Objeción de Conciencia) data de 1981, solicitando la eliminación del servicio militar obligatorio. La intención inicial era pedir la abolición del servicio militar, pero se cambió por la petición del reconocimiento de la objeción de conciencia como propuesta transitoria.

- En abril de 1992, la Comisión Redactora de la Convención Constituyente aprueba en términos muy restrictivos un artículo sobre objeción de conciencia al servicio militar.
- En mayo de 1993, el primer grupo de objetores está constituido. Con el apoyo del Serpaj-Py se profundiza en la formación antimilitarista, preparación de la primera presentación, formación de grupos de apoyo, diseño de la estrategia de comunicación, etc. el temor a una reacción

represiva legal o ilegal era muy grande. Más tarde el primer grupo de 5 objetores de conciencia se presenta y logra un amplio destaque en los medios de comunicación. Los militares prefieren no reaccionar ante la aparición del primer grupo.

- En mayo de 1994 se presenta el segundo grupo de 7 objetores de conciencia
- El 17 de agosto se presenta el tercer grupo de 6 objetores, cinco hombres y una mujer. La Comisión de Derechos Humanos de la Cámara de Diputados, resuelve recibir todas las declaraciones de objeción de conciencia y entregar una constancia de dicha recepción. En se momento nace el Movimiento de Objeción de Conciencia (MOC).
- El 24 de julio de 1995 Día del Ejército e inauguración de la pista de desfiles del Gral. Lino Oviedo. Acciones directas del MOC y otros grupos políticos durante la ceremonia, y fuerte represión policial-militar.
- El 9 de agosto se presenta el grupo de mujeres antimilitaristas del MOC. Ver declaración en pág. 140
- El 15 de diciembre el MOC recibe el premio Memorial de la Paz y la Solidaridad con los Pueblos, otorgado por el Premio Nóbel Adolfo Pérez Esquivel.
- En febrero de 1996 la Central Nacional de Trabajadores lanza la campaña “Basta al servicio militar obligatorio”, de apoyo a la OC.
- En febrero de 1997, se refuerza el reclutamiento forzoso en zonas rurales del país. En mayo las iglesias presentan un manifiesto solicitando se legisle con las más amplias garantías el derecho de OC.
- El 17 de octubre 81 organizaciones sociales y campesinas solicitan al Congreso la reducción del 25% del gasto militar, durante el estudio del presupuesto para 1998.

PRESENTACIÓN DE MUJERES OBJETORAS DE CONCIENCIA, 1995

Comunicado de prensa

El miércoles 9 de agosto, un grupo de 11 MUJERES vamos a presentarnos públicamente como OBJETORAS DE CONCIENCIA a las 8:30 de la mañana frente a la comisión de DD.HH. en la casa de la cultura. En Paraguay hay 8 mujeres que ya se han presentado anteriormente como objetoras pero éste es el primer grupo formado exclusivamente por mujeres. Con tal motivo queremos expresar los motivos de nuestra objeción:

Objetamos al Servicio Militar ya que en el mismo se aprende la imagen machista del hombre, entendida como el macho, fuerte, insensible, que aguanta todo, el guerrero, educado para la vida dura de “afuera de la casa”, al contrario de la mujer, débil, floja, ingenua, educada para servir en la casa y ser el reposo del guerrero, hecha exclusivamente para atender al hombre.

Objetamos al Ejército por ser el brazo armado de este sistema basado en todo tipo de injusticias en el que unos pocos acaparan las riquezas y explotan al gran resto manteniéndoles en la pobreza.

Objetamos al militarismo como fenómeno que impregna a todos los ámbitos de la sociedad valores como la obediencia frente a la creatividad, la prepotencia respecto al otro/a, el machismo frente a las relaciones de respeto entre los sexos, la violencia frente al diálogo en la resolución de los conflictos, la sumisión frente a la responsabilidad y la autogestión, el autoritarismo frente a la libertad, etc.

Todo ello sitúa a la mujer en un mayor grado de marginación respecto del hombre.

Las mujeres representamos 1/3 de la población activa mundial, realizamos 2/3 del trabajo mundial por una décima parte de su salario medio y controlamos un 1% de la riqueza mundial.

Vemos necesario criticar y no aceptar aquellas definiciones de cultura, situaciones o instituciones que no faciliten un camino de liberación para la mujer, al margen del grado de

participación que tenga el hombre en ellas.

Para detener el creciente militarismo nosotras, las mujeres, debemos ser capaces de construir esquemas de organización social alternativos mediante la participación en espacios culturales, sociales, políticos, etc. potenciando valores tales como la confianza mutua, solidaridad, cooperación, etc. Espacios, donde las decisiones sean asumidas y tomadas de manera consensuada, donde la autocrítica nos permita no reproducir esquemas que conlleven a cualquier tipo de marginación.

Buscamos que los hombres tomen conciencia de las prácticas, roles y valores machistas que nos imponen. Que se autocrítiquen y se corrijan.

Pretendemos que las mujeres tomemos conciencia de la situación de discriminación que padecemos y nos unamos para revelarnos y lograr dignificar tanto nuestra condición de mujer como nuestra sociedad.

No hay posibilidad de cambios reales en las relaciones humanas y sociales sin la participación de las mujeres en dichas transformaciones. Por ello es necesario también la implicación de la mujer en la lucha antimilitarista para ir construyendo desde ya una sociedad justa así como para ir consiguiendo la liberación de la mujer.

MUJERES ANTIMILITARISTAS - M.O.C.

Presentación de grupo de mujeres objetoras y antimilitaristas

Mujeres Antimilitaristas del Movimiento de Objeción de Conciencia de Paraguay (25 de Mayo de 2002)

En el marco del día Internacional de la Objeción de Conciencia, el Grupo de Mujeres Antimilitaristas del MOC-Paraguay ha presentado el tercer grupo de mujeres objetoras. Unas 25 mujeres dijeron no al servicio militar y por sobre todo a las Fuerzas Armadas como institución que representa la cultura patriarcal. Así también con el acto se busca demostrar que el anuncio publicitario realizado por las Fuerzas Armadas de integrar a las mujeres dentro del cuadro de oficialidad de las mismas, es rechazada por un sector importante de la sociedad. A continuación el manifiesto elaborado por las coimpañeras.

"Porque la Igualdad no es solo una cuestión de Espacio".

En el marco del Día Internacional de la Objeción de Conciencia, las Mujeres Antimilitaristas del MOC, en nuestra tercera presentación, nos declaramos objetoras de conciencia a un sistema de dominación representado por una cultura de opresión económica, social, cultural, de hombres contra hombres y mujeres contra mujeres.

Objetamos a ocupar espacios que no construyan alternativas positivas de participación femenina, pues la inclusión de mujeres a la Academia Militar es una justificación de más presupuesto para una Institución cuyo único rol en nuestro país es corromper y robar.

Por tanto denunciemos que el militarismo no es solo un problema de género sino también un problema social, porque implica la manutención de todo un sistema de valores verticalistas y autoritarios significando un retroceso en nuestra lucha por una sociedad desmilitarizada y democrática.

No creemos en las FFAA como Institución dada que su esencia esta basada en la violencia y la cultura patriarcal y, por tanto, nos negamos a ser objeto de esta estructura formando parte de ella.

La Objeción de conciencia es un derecho universal. Somos Objetoras no objetos

Introducción a Colombia

Colombia es un país caracterizado por la violencia diaria y las enormes diferencias entre la población rica y la población pobre. El país se encuentra muy militarizado, y existe una guerra civil desde hace más de 40 años. El Ejército del gobierno, las guerrillas FARC (*Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia*) y ELN (*Ejército de Liberación Nacional*) junto con los cuerpos paramilitares tienen una presencia evidente en la sociedad, por sus actos violentos y porque reclutan a jóvenes. El militarismo es espejo del patriarcado colombiano. Sólo los hombres hacen el servicio militar con el Ejército del gobierno, pero en nombre de la igualdad de género, las mujeres también son reclutadas por las guerrillas y los cuerpos paramilitares. Debido a esta situación que sufre la sociedad colombiana, las mujeres del movimiento antimilitarista se declaran objetoras de conciencia, además de oponerse al militarismo en un sentido más amplio.

Presentamos a continuación un texto de *Andrea Ochoa* sobre objetoras colombianas y varias declaraciones de las mismas.

Por Ellen Elster, Internacional de Resistentes a la Guerra

Objetoras de conciencia en Colombia

Por Andrea Ochoa, Acción Colectiva de Objetores y Objetoras de Conciencia

Dentro de la historia de la Objeción de Conciencia en Colombia es bien interesante encontrarse con que el primer antecedente de una acción encaminada a cuestionar la obligatoriedad del servicio militar fuese realizado por una mujer. Carlota Rua, líder del sindicato Obrero de la Dorada fue quien en 1924, durante el primer Congreso Obrero, abrió la discusión entorno a que los jóvenes obreros y campesinos no fuesen obligados a empuñar las armas dentro del ejército nacional, pues consideraba injusto que fueran sacados de sus tierras en donde aportaban al país con su trabajo, para ser forzados a destruirlo haciendo parte de las filas. Esta misma iniciativa impulsó a otro grupo de mujeres a oponerse a que sus hijos y esposos fueran reclutados durante la época de la guerra contra el Perú, haciendo su objeción pública y generando controversia dentro del país [1].

Con el paso de los años y el encrudecimiento de la guerra interna en el país, las mujeres han seguido teniendo un papel protagónico a la hora de hablar de iniciativas organizadas en contra de la guerra, en búsqueda de la paz y de soluciones mediadas al conflicto armado. Vale la pena mencionar los esfuerzos realizados por la mesa de Trabajo *“Mujer y Conflicto Armado”*, que agrupa a diversas organizaciones y personas en pro de investigar, señalar y cuestionar las múltiples formas de violencia que afectan a las mujeres, jóvenes y niñas en el contexto del conflicto armado interno colombiano; labor de suma relevancia puesto que por muchos años se estaba invisibilizando la crudeza de los actos violentos dirigidos específicamente al género femenino por parte de los diversos actores armado [2].

De la misma forma, es importante remarcar la labor de la Alianza *“Iniciativa de Mujeres Colombianas por la Paz”*, que también recoge diversas organizaciones y que surge en el marco de la resolución 1325 de las Naciones Unidas, aprobada el 31 de octubre de 2000, teniendo como objetivos la participación de las organizaciones de mujeres en la negociación y diálogos del conflicto armado, aportar en el proceso de reconciliación nacional y reducir la afectación del conflicto armado en las mujeres [3]. Dichas organizaciones han realizado importantes labores de incidencia política, trabajo social y demostraciones públicas.

A pesar de que dentro del movimiento particular de objeción de conciencia, la perspectiva de género no es tan clara, puesto que tanto mujeres como hombres se reflejan en los principios de la no-violencia activa, el antimilitarismo y una visión amplia tanto de las causas estructurales del conflicto armado y el ambiente de guerra en Colombia, como de la propuesta de soluciones o alternativas desde

diversos enfoques, las mujeres son de suma relevancia dentro movimiento. Es importante tener en cuenta que en nuestro país el servicio militar es obligatorio sólo para los varones y por lo tanto la posición de las mujeres se ha extendido mucho más allá de solidarizarse con sus amigos, parejas e hijos frente a este punto para aportar su trabajo e iniciativas a la construcción de una Colombia que aprenda a transformar sus conflictos sin el uso de la violencia, más equitativa y sin la injusticia social tan aguda que alimenta todos los demás problemas del país. En esta medida, el trabajo en objeción de conciencia ha tenido un gran desarrollo entorno a la construcción de una pedagogía alternativa, acercándose así a niños, niñas, jóvenes y adultos de todas las condiciones sociales y culturales con su propuesta no-violenta. Igualmente ha ampliado sus horizontes para tocar temas como la injusticia del cobro excesivo de los servicios públicos la importancia del comercio justo, conciente y solidario, la creatividad a la hora de proponer acciones directas, etc. Labores en las cuales las mujeres han aportado de una manera importante.

Asimismo es relevante tener en cuenta que además del servicio militar obligatorio, en Colombia los grupos al margen de la ley, tanto guerrilleros como paramilitares, reclutan forzosa y voluntariamente a hombres y mujeres cada día bajo la consigna de la igualdad de género. Esto ha hecho de suma importancia la declaratoria de muchas mujeres como objetoras de conciencia, negándose a participar en cualquier ejército y a aportar de cualquier manera a la cultura machista, patriarcal y militarista que sostiene a la cruda violencia que sufre Colombia.

De esta manera las mujeres, dentro del movimiento de objeción de conciencia en Colombia, han permitido que tanto el problema como las propuestas frente a la guerra sean abarcadas desde una perspectiva amplia, comprendiendo la complejidad de la realidad Colombiana y la necesidad de proponer alternativas estructurales y profundas. Sigue siendo conmovedor ver que somos nosotras quienes tenemos el mayor poder de convocatoria para realizar actos públicos y que los hombres, además de sentirse acompañados en su negativa al servicio militar obligatorio, nos reconocen como iguales de importantes dentro del movimiento, sabiendo que todos y todas necesitamos involucrarnos desde nuestra alma, corazón y manos en la transformación de las practicas tanto cotidianas como políticas que soportan la guerra.

Notas

- [1] Giraldo, Jhon. "La Objeción de Conciencia en Colombia: una historia en movimiento" publicado en http://www.nodo50.org/moc-carabanchel/campa%F1as/objecion/15m04_colombia_agresion.htm, consultado en abril del 2007.
- [2] Página web de la Mesa de Mujer y Conflicto Armado en Colombia <http://www.mujieryconflictoarmado.org/lamesa.html>, Consultada en Abril del 2007
- [3] Página web de la IMP: <http://www.mujeresporlapaz.org/>, Consultada en abril del 2007

Las objetoras en el contexto colombiano

Alejandra Londoño Bustamante, Red Juvenil de Medellín

Soy objetora por conciencia, porque no creo que la objeción sea una figura jurídica de respaldo a una negativa, sino por el contrario una forma legítima de organización social y colectiva que propende inicialmente por el cambio de las y los individuos para la construcción de un proyecto de sociedad.

Me niego a continuar reproduciendo las prácticas patriarcales que sostienen la desigualdad y la exclusión, no soy objetora porque tema que mi hijo o mi hermano vayan a la guerra, soy objetora porque como mujer, aún sin empuñar un fúsil podría estar reproduciendo los patrones tradicionales que ponen a la mujer en un rol de sumisión, le seccionan sus sueños y su posibilidad de decidir, opinar y actuar, le ocultan el placer y la ponen en una postura esclavista de servicio a otros. Mi postura como objetora por conciencia va desde tratar diariamente de transformar esos elementos de la guerra que pasan por el sonido de las balas, pero además por transformar la minucia que me habita y responde a prácticas que finalmente son las que permiten que las armas sigan sonando.

Es constante escuchar por parte de militares, y de la población en general preguntas como: ¿Por qué mujeres objetoras, si son los hombres quienes van a la guerra? Y es precisamente acá donde nosotras con mayor fuerza hemos reivindicado que la objeción no es una exigencia que solo le compete a los masculinos.

La objeción no es una propuesta que se agote en lo evidente del conflicto armado, es una manera clara de lucha popular noviolenta, que plantea que para poder lograr las soñadas transformaciones, debe haber un cambio desde el individuo, una pregunta constante por las formas de construir poder con y para todos.

Declaración Sandra Murillo Marín

Me declaro objetora de conciencia por que no creo que la paz se logre con armas y practicas violentas (cualquiera que fuera), no creo que el camino sea reprimir, acatar ordenes, violar los derechos humanos y defender los intereses de los que están en el poder, como lo hacen todas estas estructuras militares legales o ilegales que solo mantienen una posición patriarcal que nos oprime y no nos permite avanzar con l@s otras personas que también quieren una transformación para el bien de toda la sociedad y no de unos pocos, por que no quiero ver mar muertes violentas, masacres, detenciones y demás que realizan todos estos que se hacen llamar defensores de los derechos humanos.

Me de claro objetora por que quiero que halla mas inversión social y se termine la inversión para esta maldita guerra.

Quiero ser libre y ver a l@s como pueblo que lucha en unidad por intereses comunes y no como mis enemig@s.

11 de febrero de 2007

Declaración de Estefanía Gómez Vásquez

Cómo pretender hablar de una postura política, de un contexto desgarrador y consumido por la violencia y la eliminación del otro para garantizar la supervivencia, cómo abordar la economía bélica, y la injusticia, cómo criticar un gobierno y unos medios de comunicación que nos venden la paz a través de la guerra, cómo distinguirme de quienes se muestran indiferentes al conflicto colombiano, y ante la pretensión tristemente humana de hallar placer en un poder que implica el perjuicio, la pobreza, la resignación y el miedo del otro. Cómo pretender definirme como objetora de conciencia, y pretender expandir aquí un discurso basado en un país y en las lógicas que lo dominan, sin reconocer que esa historia y que esas lógicas han sido tatuadas en mi propia historia, sin reconocirme primero, como una sujeto que tiene razones mucho más íntimas que un contexto político, social y económico para decidir estar en contra y no conformarme con expresarlo, para sentir la necesidad de proponer y construir alternativas para quienes como yo, creemos que las cosas pueden ser diferentes, que no todos le apostamos a la guerra y que no todos nuestros cuerpos, son máquinas de muerte.

Expresar mi condición puede resultar más simple de lo que yo misma pensé, se trata simplemente de querer ver y sentir cosas distintas, de ser parte de su construcción y convencerme día a día, de que las críticas nunca funcionan sino traen con ellas una propuesta, que los discursos cubren toda expectativa, y que nuestros actos siempre resultan más cortos que nuestras palabras, esto es lo que quiero cambiar, quiero construcciones silenciosas pero reales, quiero que mis actos no necesiten palabras para ser considerados en un mundo de discurso.

Entonces la objeción de conciencia no es limitarme a ser la contraria, ni la que se opone a una guerra que desborda completamente el alcance de mis acciones y mi propia naturaleza, simplemente no quiero hacer parte de aquellos cuya labor consiste en ir detrás de la guerra recogiendo sus escombros y de alguna manera, sin aportar mucho, hacerla sostenible, preparar el terreno para que vuelva a pasar y yo siga teniendo una labor moral en el mundo. Rechazo por esto, más

allá de la guerra, la indiferencia, la desesperanza, los brazos cruzados y los contentillos del discurso, escojo la crítica y la búsqueda constante.

Ser objetora de conciencia, es tatuarme un historia diferente en mi cuerpo, es expresar en cada uno de mis movimientos, que la guerra no es un reflejo de como quiero relacionarme con las personas, que la competencia no alimenta mi ilusión de poder y que el poder está precisamente en dejar preguntas, en abrir caminos, en ser pretexto para que otros crean y sepan que pueden llegar más allá de lamentos e indiferencia y que todo no está dado, que yo y cualquiera puede desobedecer a un contexto para obedecer a su convicción personal.

Esta declaración es sólo una excusa, una urgencia y un momento para decir que no pienso ceder mi espacio en el mundo, que mi cuerpo y mi mente se resiste a funcionar al unísono con aquello que se me vende, que se me impone y que no da explicaciones. Que este espacio me pertenece y que siento como mi deber y mi derecho hacer de él, lo que considero irremediable e inminente...creer en mí y en la gente que piensa más allá de su individualidad, creer en quienes comparten conmigo este reto. Quiero darle la cara a aquello que resulta más fácil ignorar cuando eres una víctima invisible de un juego de mesa para quienes nos hacen creer que jugamos a favor de la vida y la justicia, porque juego para mí, para lo que creo y para lo que siento; pues ser invisible no es un consuelo y mucho menos un privilegio, estoy aquí para quien quiera escucharme y pensar por un segundo cuántas cosas de su vida han sido en realidad su propia decisión, porque escuchar a mi conciencia y ser objeto de ella es mi decisión.

Estefanía Gómez Vásquez, noviembre de 2007

Me declaro objetora

El hecho de ser niña - ¡téngase bien en cuenta NIÑA, porque en este país resulta muy diferente ser niña que niño! - no implica que no vivamos los efectos de la guerra, el autoritarismo, la militarización de la sociedad y las políticas sociales, económicas y políticas.

De hecho somos las mujeres las que, incluso con mayor intensidad, nos vemos sometidas a una cultura que calla, educa para la sumisión y el servilismo y sobre todo somete al autoritarismo, la discriminación, el control, el temor, la represión, la jerarquización, la degradación, el empobrecimiento, la exclusión, la comercialización, que te niega como mujer, como ser, y que, en un sofisma de distracción, te hace creer sujeta de derecho.

Pero además de eso tenemos que sufrir los hermanos, tíos, primos, amigos, extraños que, en aras de garantizar las libertades de todos, deben unirse a un ejército, en donde su aprendizaje es odiar, maltratar, dejar de sentir, dejar de ser humano y que a fin de cuentas no resulta ser quien protege las libertades de cada uno de los ciudadanos de “nuestra patria”, sino por el contrario el encargado de coartarlas.

Un amigo, tío, primo, extraño que dejamos de ver durante un año o año y medio, según corresponda, porque hasta en este tipo de obligaciones todos no somos iguales. Que recibe un entrenamiento y una experiencia de vida que no compensa el tiempo de soledad, inseguridad, desasosiego, terror, desamor, humillación que se vive...

Afortunadamente, y realmente lo siento y lo expreso, afortunadamente algunos de mis familiares se abstuvieron a prestar el servicio militar obligatorio. ¿Por razones de conciencia? No lo sé, pero lo que sí sé, es que preferían resguardar sus vidas, trabajar, estudiar, amar, sentir, ser humanos, antes que entregar una parte importante de sus vidas, tan solo porque los obligan.

Ahora desde mi posición de mujer, desde lo difícil que resulta ser mujer, ME DECLARO OBJETORA DE CONCIENCIA, no solamente rehusándome a que existan ejércitos, como los de mi

país; también me declaro objetora a este modelo económico, social y cultural. Me opongo a las políticas de seguridad que se están implementando a nivel mundial, donde las prácticas de guerra son degradantes y el ser humano se convierte en el muñeco que se puede destruir.

Rechazo completamente un modelo que nos excluye y me niega a participar de esta sumisión impuesta, a un mundo que me dice qué hacer y que me degrada constantemente como mujer, a este patriarcado, a esta jerarquía...

Reivindico un mundo diferente, definitivamente diferente, donde yo, mi mamá, mi papá, mis hermanos, mis amigos, el vecino, la vecina, el campesino, el perro, el gato, la mata, la madre tierra, tengamos derecho a un vida digna con justicia y respeto, y para aquellos que somos humanos con libertad de conciencia, con la plena conciencia de no obedecer, porque yo no quiero obedecer...

Milena Romero Sanabria

La objeción de conciencia de las mujeres como estrategia contra el militarismo: conclusiones de las editoras

Por Ellen Elster and Majken Jul Sørensen, Internacional de Resistentes a la Guerra

En este capítulo final analizaremos los diferentes temas suscitados por los textos incluidos en la presente antología. En la introducción mencionamos que la objeción de conciencia tiene una interpretación más amplia y otra más restringida, y deseáramos explorar ahora estas ideas. Hemos visto que la mayoría de las mujeres que han decidido declararse objetoras de conciencia trabajan en el movimiento de objeción de conciencia mixto. Se nos ocurren dos razones que expliquen por qué se declaran objetoras: una es para visibilizar los análisis de las mujeres de lo que es el militarismo en el contexto de una organización dominada por los hombres; la otra es para convertir la objeción de conciencia en una estrategia contra el militarismo, estrategia coherente con las empleadas a menudo en los grupos de mujeres [1]. Dentro de ambos tipos de organización, mixtas y de mujeres, ellas señalan que feminismo y militarismo son mutuamente excluyentes. El tema incluye, no obstante, el debate sobre la conscripción de las mujeres, que surge cada vez que se aborda su emancipación en la sociedad.

Finalmente, contemplamos el futuro. Lo que nos llama la atención es cómo rompen las mujeres con el papel tradicional de cuidadoras dentro del movimiento de objeción de conciencia mixto, y cómo evolucionan a una crítica feminista clara y radical del militarismo. Dicha crítica podría allanarle el camino a los objetores de conciencia, pues la podrían utilizar para aprender a incluir el enfoque de género en su crítica al militarismo, algo que suele no ocurrir en el antimilitarismo de los hombres.

Enfoques de Objeción de Conciencia

En la introducción mencionamos brevemente que existen dos enfoques sobre la objeción de conciencia, uno más amplio y otro más restringido. Según el restringido, la objeción de conciencia es la negativa a participar en entrenamientos o servicios militares obligatorios. El más amplio va mucho más allá: tanto hombres como mujeres rechazan el militarismo y su influencia en la sociedad y todos los aspectos del sistema militar, negándose a participar en ningún tipo de actividad que pueda ser asociada con el sistema militar. En algunos lugares, personas que son objetoras de conciencia en el sentido restringido se ven obligadas a hacer en su lugar un servicio “civil” o no armado alternativo; quienes se niegan también a esto son llamadas “*insumisas*”.

Como hemos visto de las historias contadas aquí, la noción más amplia de la objeción de conciencia no es un fenómeno reciente. Lo ilustran los artículos de Suecia y Gran Bretaña. Es esta definición más amplia la que ha venido siendo apoyada desde hace muchos años en la *Internacional de Resistentes a la Guerra* (WRI-IRG). La cuestión es dónde trazamos la línea: ¿se podría decir que todos los trabajos por la paz equivalgan a ser objetora u objetor de conciencia? No lo creemos, porque si así fuera la objeción de conciencia sería algo demasiado amplio y abierto como para tener un significado.

Lo que sí queda claro de los textos de este libro es que las mujeres que se declaran objetoras de conciencia en este sentido amplio que comentamos hacen dos cosas simultáneas: en primer lugar, se posicionan individualmente, como persona que dice “*soy objetora*”; al tiempo objetan al militarismo y a la militarización de la sociedad en su conjunto, no sólo a cierto tipo de servicio que les afecta personalmente. Es una paradoja interesante que las feministas que subrayan la importancia de la responsabilidad colectiva para el mundo elijan un acto individual como método de lucha. La objeción de conciencia es algo que se originó en el pensamiento “*occidental*” y se encuentra vinculada al mismo grupo de ideas que los derechos humanos, que también hacen énfasis en la importancia de cada persona. Claramente, las mujeres construyen un puente entre lo individual y el grupo cuando animan a otras mujeres (y hombres) a hacer algo parecido, convirtiendo una negativa personal en una condición para la resistencia colectiva al militarismo. Queda aquí un tema por resolver: cómo distinguir las actividades de objeción de conciencia de las mujeres de las otras actividades que desarrollan en el movimiento. Una consecuencia natural de posicionarse personalmente contra todos los aspectos del militarismo es implicarse en más trabajos por la paz que cuestionan el militarismo. Como es natural, las mujeres que cuentan aquí sus historias no establecen una distinción entre su “*objeción de conciencia*” y sus “*otros trabajos*”, porque ven que la primera se encuentra íntimamente conectada a lo demás.

Coexisten, así, la comprensión más restringida y la más amplia de lo que es rechazar los ejércitos. Sí podemos constatar que el proceso no ha sido ir de lo más restringido a lo más amplio, en el caso, por ejemplo, de las activistas suecas, que adoptaron una postura más radical antes en el tiempo. Consideramos que el enfoque más amplio de la objeción de conciencia está presente en muchas de las historias aquí recogidas, sea implícita o explícitamente. Quedó claro en el caso sueco de *Barbro Alving* y en el caso de las absolutistas británicas durante la Segunda Guerra Mundial, quienes utilizaron el término absolutistas también para negarse a realizar trabajos alternativos, no sólo la conscripción al ejército, sino también otros trabajos en el sector militar-industrial así como el servicio civil sustitutorio. Y dijeron que lo hacían porque eso dejaría libres a los hombres para poder ingresar en el ejército. La misma situación se dio con las mujeres estadounidenses, aunque a ellas no las reclutaban. Apoyando a los objetores y ayudándoles en temas prácticos, estas mujeres consideraron que estaban luchando contra el militarismo. Las historias que escuchamos sobre la Segunda

Guerra Mundial, tanto de Gran Bretaña como de Estados Unidos, son normalmente de mujeres que ya tenían ideas pacifistas y antimilitaristas, y que ya habían participado en trabajos antimilitaristas antes de la guerra. En la actualidad, en muchos países que participan en alguna guerra pero que no tienen conscripción, vamos encontrando un número creciente de mujeres que desarrollan una actitud antimilitarista estando en el propio ejército, lo que nos lleva a pensar que es probable que algo así sucediera durante la Segunda Guerra Mundial... sólo que entonces no tuvieron la oportunidad de contar su historia.

Para el caso de Israel y de Eritrea, los dos únicos países que reclutan a las mujeres, cuando éstas se niegan a servir en el ejército se convierten en objetoras de conciencia en el sentido más restringido.

Se puede decir lo mismo de las mujeres estadounidenses que ingresan en el ejército “*voluntariamente*”. Abandonar el ejército antes de que termine el periodo del contrato por razones de conciencia es extremadamente difícil, pero sí existe la posibilidad de solicitar el estatus de objetora y pasar a ser una objetora en este sentido más restringido. Éste es el canal legal para ser objetora. Sin embargo, en la presente antología hemos recogido el caso de *Stephanie Atkinson*, que desertó (AWOL, ausentarse sin permiso) y pagó el precio legal de la desertión. Su texto ilustra bien cómo se puede diferenciar los dos sentidos de la objeción, así como lo difícil que de hecho es hacerlo. Esto se debe a que ella usa el término ‘objeción’ tal y como lo usa el ejército estadounidense, que le otorga este estatus a un número limitado de personas que quieren dejar el ejército por razones de conciencia. Con todo, tanto *Stephanie Atkinson* como *Diedra Cobb* son ejemplos de lo que llamamos objetoras de conciencia en el sentido amplio de la palabra.

En muchos países europeos, con o sin conscripción, las mujeres pueden ingresar en el ejército “*voluntariamente*”, lo que también significa que en Europa podrían darse casos de objetoras de conciencia en el sentido más restringido de la palabra. En Finlandia sabemos de algunos: las mujeres pueden ingresar voluntariamente, pero después de un periodo de prueba de 45 días es obligatorio cumplir con el servicio hasta el final. Algunas mujeres han solicitado el estatus de objetora pasado este periodo de prueba, y han tenido que realizar el resto del servicio en un servicio civil sustitutorio, como establece la ley para los hombres también. Sin embargo, en el 2009, una mujer que desea permanecer en el anonimato pasó a ser insumisa al negarse también a realizar el servicio civil sustitutorio porque consideró que el servicio “*civil*” era una prolongación del militar. Probablemente será condenada a dos semanas de cárcel [2].

Así pues, incluso las mujeres que son objetoras en el sentido más restringido de la palabra pueden considerarse objetoras en el sentido más amplio cuando su objeción es al militarismo en su conjunto, y no sólo a su papel en él. *Idan Halili* de Israel es un claro ejemplo de este tipo de objeción. En nuestra opinión, las

objektoras que lo son en el sentido más amplio de la palabra se habrían declarado insumisas si hubieran tenido que enfrentarse a un “servicio alternativo”.

Un enfrentamiento feminista con el militarismo

Muchos de los textos de esta antología defienden el enfoque más amplio de la objeción de conciencia porque consideran que el militarismo no es compatible con los valores feministas y que es contrario, además, a los intereses de las mujeres en la sociedad. No todas emplean la palabra “feminista” o “feminismo”, pero claramente usan su identidad como mujeres en sus argumentos contra el militarismo. *Barbro Alving* ilustra este caso. Para el de las objetoras en Israel, hemos visto cómo se evoluciona de las razones religiosas, a las de conciencia, posteriormente a las políticas y hoy a las que incluyen un posicionamiento feminista, como ilustran los textos de *Shani Werner* y *Idan Halili*.

Idan Halili fue la primera mujer israelí que se negó abiertamente por motivos feministas, lo que la llevó a la cárcel. Argumentó que el enfoque feminista no es compatible con medios violentos de resolución de los problemas; que el sistema militar hace daño a las mujeres tanto dentro del ejército como en el marco más amplio de la sociedad; que el alistamiento significa aceptar ser parte de un sistema basado en relaciones de poder y control que sistemáticamente, perpetúa la exclusión de las mujeres de la esfera pública y construye su lugar en la sociedad como secundario al de los hombres. Rechazó servir “igual que un hombre”, puesto que ella no busca una igualdad que refuerce los privilegios de los que disfrutaban los hombres: *Idan Halili* no desea participar en una organización que es fundamentalmente y por definición no igualitaria, y que se encuentra en total oposición a sus principios ideológicos y a su conciencia. Como feminista, *Idan Halili* declara que su obligación es construir alternativas civiles al ejército a través de las cuales ella y otras feministas puedan hacer su aportación a la sociedad, y esto incluye, sin duda, luchar por reducir la influencia del ejército.

Aunque *Idan Halili* y las otras mujeres de Israel se encuentran en una situación excepcional puesto que son reclutadas, pensamos que sus palabras recogen lo que les ha pasado a muchas otras mujeres cuyos escritos presentamos aquí. Aun procediendo de contextos y situaciones muy diferentes, todas encuentran una conexión entre la cultura militar y la actual estructura de poder jerárquico y el patriarcado. Se posicionan contra el militarismo entendiéndolo de manera amplia, y señalan el daño que éste le hace a las mujeres y a la sociedad en su conjunto. Lo hemos visto en la declaración de 1980 donde las mujeres se declararon insumisas manifestando que su emancipación no tenía nada que ver con el militarismo. En 1991 las francesas subrayaron la dominación masculina que se da en el ejército, la institución que reproduce el modelo patriarcal imperante en la sociedad. Hemos leído de *Ferda Ülker*, Turquía, cómo a las mujeres se las considera tradicionalmente en función de su relación con el ejército, como madres, hermanas, esposas y novias de los chicos que serán soldados. *Hilal Demir*

ha añadido a esto el problema del riesgo de la “*masculinización*” del movimiento de objeción de conciencia mixto, si se ignora la perspectiva feminista, pues el contexto turco es el de una sociedad altamente militarizada donde las mujeres están claramente marginadas. Así ocurre también en Corea.

En Latinoamérica, las mujeres de Paraguay y Colombia describen sus sociedades y las razones por las que se han hecho objetoras de manera parecida, pues ellas también ven que son las fuerzas armadas las que promueven la cultura de violencia que impera en su sociedad a través del militarismo, el patriarcado, el machismo, la sumisión y la guerra abierta. El ejército sostiene además las estructuras de la injusticia, el abuso de los derechos humanos y la explotación de los recursos que generan pobreza para la mayoría de la población. Las mujeres del movimiento de objeción de conciencia colombiano proponen alternativas a la guerra desde un enfoque amplio, al comprender la complejidad de la realidad colombiana. *Andrea Ochoa* mantiene que son las mujeres las que tienen mayor poder de convocatoria para las acciones públicas.

Dado que la crítica feminista del militarismo conlleva un enfrentamiento con el patriarcado y sus efectos, es lógico que las objetoras e insumisas feministas susciten también la crítica al concepto “*heroísmo*”. Es común que en el movimiento de objeción de conciencia se considere héroes o heroínas a los hombres o mujeres que son condenados a penas de cárcel por negarse a hacer el servicio militar. *Idan Halili* plantea lo problemático de esta visión, pues la considera una prolongación del esquema militarista que convierte en héroes a los hombres que hacen “*sacrificios*”: en este otro ámbito, se traslada a los objetores de conciencia que renuncian a (“*sacrifican*”) su libertad personal por sus ideas. Ella se niega a ser considerada una heroína por su lucha. Después de haber cumplido una condena carcelaria, se da cuenta de que no va a renunciar a sus principios aceptando su marcha del ejército en términos militares en lugar de los suyos propios, que son principios feministas que incluyen negarse a ser una heroína. *Ferda Ülker* también reflexiona sobre la tendencia a comparar los riesgos que corren objetores y objetoras: como los hombres pueden ir a la cárcel es más fácil que pasen a ser los héroes del movimiento. Considera que al hacer estas comparaciones y participar en este “*juego de héroes*”, las mujeres colaboran con la causa del militarismo. *Hilal Demir* manifiesta que la negativa de los hombres y su posterior encumbramiento a “*héroes*” pudiera resultar en que el movimiento creciera con más rapidez pero opina que es preciso diseñar estrategias que eviten este fenómeno, pues el heroísmo es un concepto militarista y masculino que debe ser cuestionado.

Diedra Cobb plantea un problema relacionado con éste. Aunque no cumplió tiempo en la cárcel, sintió que los grupos activistas que la ayudaron a salir del ejército no tenían interés en su persona y que la trataban como un caso a utilizar para promocionar los intereses de sus grupos. No analiza esta cuestión en el

marco del feminismo, pero creemos que es otro ejemplo de cómo la deshumanización militarista tiene repercusión en el movimiento por la paz.

Las historias de estas mujeres aportan un enfoque más amplio de la noción de la objeción de conciencia, se vea ésta en conexión con negarse a realizar el servicio militar o con que las mujeres se declaren objetoras fuera del marco legal. Y todas aportan una dimensión feminista al concepto. Todas señalan el ejército como una institución opresiva en su estructura y valores, que se impone en la sociedad en su conjunto, y cómo la masculinidad es una parte integral de esto. Consecuentemente, casi todas estas mujeres apoyan a los objetores de conciencia, como hemos visto en los ejemplos de Turquía y Corea. Una excepción por analizar es el caso de Alemania, donde muchas de las personas que se oponían al ingreso de las mujeres en el ejército en los años setenta y ochenta no cuestionaron la conscripción para los hombres, y por tanto, el sistema militar en su conjunto.

¿Por qué hacerse objetora de conciencia si no tienes que hacer el servicio militar?

La cuestión de por qué las mujeres se declaran objetoras cuando no tienen que hacer el servicio militar es central en este libro. Para comprenderlo, es preciso tener en cuenta las organizaciones de mujeres y su lucha por enfrentar el militarismo, y también el análisis que realizan sobre la sociedad donde viven, porque su reacción a lo que ocurre en las organizaciones queda influido por lo que pasa en el contexto más amplio de la sociedad, y viceversa.

Según los datos, las mujeres que se declaran objetoras suelen pertenecer a grupos mixtos, no a grupos de mujeres. Existen varios grupos y redes de mujeres claramente feministas, como *Mujeres de Negro*, *Ruta Pacífica* (Colombia) y la *Liga Internacional de las Mujeres por la Paz y la Libertad* (WILPF, en inglés). Como han elegido otras maneras de expresar su resistencia al militarismo, no podíamos incluirlas en esta antología.

Desde los años setenta especialmente, las mujeres de los grupos mixtos han tenido que crear su propio espacio como mujeres dentro de sus grupos, espacio concebido desde su análisis del militarismo y de sus experiencias como mujeres. Declararse objetoras fue una de las respuestas a esta situación. El debate sobre ser mujer en movimiento por la paz mixto, dominado por los hombres, empezó con el movimiento de liberación de las mujeres de los setenta y ochenta. Muchos grupos por la paz se centraban en el trabajo de los objetores e insumisos, y la IRG incorporó este debate. Las mujeres se negaron a ser “*las encargadas de servir el café*” o “*quienes cuidaran el fuego del hogar*” mientras los hombres estaban en la cárcel por objeción de conciencia. Tenían un papel propio en el movimiento. En 1980, las mujeres de la IRG se declararon insumisas: participan en las

reuniones internacionales de la IRG, donde insistían en que el trabajo y la resistencia de las mujeres a las guerras no consistía sólo en ayudar a los objetores. Muchas mujeres han experimentado invisibilidad porque el contexto es de una mayoría de hombres. Su necesidad de un espacio propio donde puedan generar temas desde los enfoques de las mujeres no ha sido respetada en la mayoría de los casos. Aquí hemos visto que el análisis feminista demuestra que la guerra y el militarismo nos afectan a las mujeres de muy diversas maneras, y que éstas no suelen ser las mismas a cómo les afectan a los hombres. La objeción de conciencia en sentido legal afecta mayoritariamente a los hombres, pero repercute en las mujeres no reclutadas también debido a cómo el patriarcado fundamenta el militarismo.

En países donde se recluta a las mujeres, ellas enfrentan problemas similares en sus propios movimientos a los de las mujeres que no van a ser reclutadas. Shani Werner, de Israel, señala que, en su experiencia, los objetores son encarcelados mientras que las mujeres quedan exentas de hacer el servicio militar. Piensa que así se militariza la resistencia a la leva, porque la objeción de las mujeres queda reducida a un tema individual, queda silenciada, o bien (tal y como ella lo llama) convertida en “*una resistencia a servir el café*”. En Turquía, los hombres intentan explicar la presencia de las mujeres en el movimiento de objeción de conciencia sólo por su relación con o de apoyo a objetores concretos. Las objetoras rechazan esta visión, que consideran clásica entre los hombres. Aunque obviamente apoyan la negativa de los hombres a hacer el servicio militar, principalmente están ahí para visibilizar el militarismo y para mostrar cómo éste penetra en todos los sectores de la vida social y de las relaciones sociales. Un argumento contra que las mujeres se declaren objetoras es que, al hacerlo, están aceptando implícitamente la lógica de la conscripción y del sistema militar. ¿Es posible rechazar el sistema adoptando su manera de concebir el mundo? ¿Por qué no se llaman las mujeres a sí mismas ‘resistentes a la guerra’ o ‘antimilitaristas’ en lugar de ‘objetoras’? Se podría hacer fácilmente con una campaña de cartas o en declaraciones públicas... ¿Por qué adoptan un término que es parte del sistema militar? *Stephanie Atkinson* apoya implícitamente esta crítica cuando dice que ella prefiere identificarse como una desertora orgullosa en lugar de como una objetora. Hilal, sin embargo, lo explica.

Hilal Demir señala que es común que se piense que el término ‘objeción’ ha sido inventado por situaciones legales creadas para el servicio militar obligatorio. Se sigue de allí que, si las mujeres no tienen que hacer el servicio militar, no pueden objetar. Sin embargo, ella cree necesario que exista una distinción entre el marco legal y una comprensión más amplia de la objeción de conciencia. Como explica, las mujeres cambian el significado de los términos al impactar en sus evoluciones. Con todo, se plantea la pregunta de si la plataforma de la objeción de conciencia es el lugar adecuado. Piensa que las declaraciones públicas de las 12 objetoras turcas contribuyeron al desarrollo de mayor sensibilidad en el movimiento y generaron debate en torno al concepto de objeción; que existe una

necesidad no sólo de visibilizar a las mujeres en los movimientos mixtos, sino también de concienciarlas a ellas, además de a los hombres, pues todo el mundo debería entender que las mujeres tienen sus propias razones para estar en el movimiento, y que tan necesario como tener en cuenta lo que piensan los hombres es tener en cuenta lo que piensan las mujeres.

En contraste con el caso de Turquía, en Paraguay las objetoras no encuentran oposición dentro del movimiento, según nos cuenta *María Elena Meza Barboza*. En alguna época de su historia, hubo más mujeres que hombres, lo que les dio legitimidad. Las mujeres tienen la misma voz, y utilizan el consenso como forma de toma de decisiones. Sin embargo, sí enfrentan reacciones adversas del exterior: críticas que apuntan a la incapacidad de la gente para entender cómo el militarismo afecta gravemente a las mujeres.

Como hemos visto, las reacciones dentro en las organizaciones y grupos donde participan las mujeres varían considerablemente. Sin embargo, las dinámicas internas sólo explican en parte por qué las mujeres deciden declararse objetoras de conciencia. Principalmente se trata de una estrategia de acción dirigida al conjunto de la sociedad, lo que suscita la cuestión de si el territorio de la objeción es, para las mujeres que desean enfrentarse al militarismo, una buena estrategia. ¿Sería un método eficaz para llegar a población y explicar qué es el antimilitarismo? ¿O corren el riesgo de que no puedan comprender sus análisis? Que las mujeres aborden un nuevo tipo de acción, que no es parte de las tradicionales del pacifismo, ¿podría implicar que se reduzcan las posibilidades de poder comunicarse dentro del propio movimiento?

Los textos aquí recogidos han presentado más argumentos a favor de las declaraciones públicas de objetoras que en contra, obviamente. Las mujeres turcas sostienen que los temas que suscita la objeción de conciencia de las mujeres han creado, de hecho, la posibilidad de que se dé un diálogo sobre el antimilitarismo. Al menos, la población ha formulado preguntas, aunque no comprendieran bien las respuestas. Las coreanas también manifiestan que el público en general sigue sin comprender por qué las mujeres se implican en temas del ejército. Ellas no se están declarando objetoras, pero han elegido una estrategia conjunta con los hombres, basada en mostrar el sufrimiento no sólo del objetor de conciencia sino también de la red de personas que lo rodean, lo que incluye a las mujeres. Es una forma de romper el silencio que impide que se oigan las voces de las mujeres en este tema, explica *Jung-min Choi*.

El sociólogo noruego *Thomas Mathiesen* [3] ha analizado la cuestión de cómo pueden los movimientos sociales tener repercusión en la sociedad. Una de sus averiguaciones es que las organizaciones que consiguen que su voz sea escuchada y comprendida son las que buscan el equilibrio entre, por un lado, no ser succionadas por la mentalidad imperante, desnaturalizando así su lucha, y por otro, evitar ser consideradas antes “*marginales*” a los que no es necesario prestar

atención. Aplicando esta idea al caso de la existencia de objetoras allí donde no existe la conscripción, lo que pudiera funcionar dependerá en gran medida de las circunstancias y de la habilidad de las mujeres para comunicarse con el resto de la sociedad.

Algo que se hace evidente cuando consideramos el conjunto de las historias aquí recogidas es lo importante que es entender la objeción de conciencia de las mujeres como reacción a lo que está ocurriendo a su alrededor. La objeción no se da en un vacío: siempre es una reacción a circunstancias externas, y a lo que es su contexto. Como ya se ha analizado, las mujeres están respondiendo al militarismo, y a menudo también, al tiempo, a la dinámica interna de sus propias organizaciones. Dicho eso, existen también otros contextos que debemos tener en cuenta. Uno es el movimiento por la paz en su conjunto en el país en cuestión. Según lo entendemos, las personas implicadas en la objeción no se oponen sólo al militarismo en sí; a menudo, son críticas también con la manera en que la mayoría concibe y lleva a cabo el “*trabajo por la paz*”, pues no lo consideran lo suficientemente personal y radical. Un segundo contexto en el que deben ubicarse es en el movimiento feminista, y en cómo perciben el militarismo las personas que se consideran feministas. Que existen diferentes concepciones sobre esto queda claro en la narración de la futura pilota de caza *Alice Miller*, de Israel. El tercer contexto es la sociedad, y cómo esa sociedad concibe el militarismo. Algunas mujeres viven en países donde el militarismo es muy visible ya que opera en muchas áreas del día a día, mientras que otras mujeres viven allí donde el militarismo es mucho menos evidente. Cómo se evalúe la eficacia de la objeción de las mujeres tendrá necesariamente que incluir la evaluación de su estatus en estos tres contextos, así como de su impacto en sus propias organizaciones.

¿Por qué la conscripción de las mujeres es incompatible con el feminismo radical?

Los valores militares son contrarios al feminismo y a los valores que las mujeres que aquí escriben esperan ver en su sociedad. Las historias de Estados Unidos y Eritrea muestran cómo afecta la vida en el ejército a las militares. Estas mujeres hablan de violación en un contexto donde no se respeta la diversidad ni la vida. También las mujeres que nunca han estado en el ejército aportan argumentos sobre por qué el ejército no es compatible con el feminismo radical. Sus historias sobre por qué decidieron declararse objetoras de conciencia son en sí argumentos contra la conscripción de las mujeres.

Las objetoras israelíes plantean esta cuestión cuando mencionan a *Alice Miller*, que fue una de las primeras en exigir los mismos derechos para las mujeres dentro del ejército cuando vio que la prohibían ser pilota de combate. Se argumentaba que el acceso a los puestos de combate más importantes, a

menudo una condición previa para poder acceder a puestos más importantes dentro de las fuerzas armadas, le daría a las mujeres acceso a otros puestos de influencia en la sociedad, lo que contribuiría aun más a reducir la opresión de las mujeres. Esta cuestión fue central en Europa a finales de los setenta y durante los años ochenta, concretamente, hasta que terminó la Guerra Fría. Otra Alice, *Alice Schwarzer*, de Alemania Occidental, se convirtió en un símbolo del debate en Europa entonces, cuando lanzó la idea de que la conscripción de las mujeres era necesaria para que las mujeres pudieran acceder a los puestos de mayor poder, donde sólo había hombres. *Alice Schwarzer* era la editora de la revista feminista *Emma*, muy respetada por sus posturas radicales y conocida voz de la emancipación de las mujeres. Por ello, estas declaraciones fueron una desagradable sorpresa para las mujeres antimilitaristas.

La declaración de las mujeres de la IRG, de 1980, las posicionó claramente contra la incorporación de las mujeres a las fuerzas armadas, pues rechazaron la idea de que su emancipación pudiera hacerse adoptando los papeles de los hombres en el patriarcado. Su análisis de la historia constata cómo los ejércitos siempre han aceptado y expulsado a las mujeres según sus necesidades. En la Segunda Guerra Mundial, por ejemplo, se animó a las mujeres británicas a ocupar los puestos de los hombres en la sociedad civil, y se las aceptó incluso en el ejército, para luego, finalizada la guerra, devolverlas a las cocinas. En un artículo de 1981 de *Spare Rib* [4], titulado “*¡No a la igualdad en el Ejército!*”, *Lesley Merryfinch* cuenta que las mujeres pasaron a cubrir las vacantes de los hombres en las fábricas de armas y demás industrias relevantes entonces. Incluso el cuidado de las niñas y los niños se convirtió en parte de los “*esfuerzos de la guerra*”. Las mujeres que participaron en los ejércitos de liberación, por ejemplo, el eritreo, vivieron experiencias similares. Las historias de *Ruta Yosef-Tudla* y *Bisrat Habte Micael* refutan los argumentos de que el servicio militar trae consigo un alto nivel de liberación para las mujeres, a pesar de que las mujeres accedieron a este ejército en nombre de la igualdad. *Lesley Merryfinch* menciona, asimismo, el caso de Alemania, donde las mujeres eran reclutadas para trabajos de salud en las fuerzas armadas a finales de los años setenta. Esto desató numerosas acciones protesta por parte de las feministas radicales, como manifestaciones y campañas de envío de postales, tal y como se recoge en los textos procedentes de Alemania publicados aquí.

Otras voces dentro del movimiento feminista, tanto de hoy como del pasado, señalan la violación como norma dentro del ejército. En Estados Unidos, las mujeres han denunciado abiertamente casos de violación y acoso provocados por sus compañeros [5]. En la introducción a los casos estadounidenses, *Joanne Sheehan* ha señalado que aunque muchas mujeres han vivido experiencias traumáticas de agresiones de este tipo, muy pocas están dispuestas a hablar de ello por lo muy doloroso que es. *Diedra Cobb* sólo menciona que sufrió estos abusos. Como argumenta *Idan Halili*, si las mujeres quieren abrirse camino en el ejército, tendrán que ajustarse a la norma del soldado de combate, del

“*combatiente*”, y esa norma está poderosamente identificada con el estereotipo de masculinidad imperante.

El debate sobre el ingreso de las mujeres en las fuerzas armadas se sigue dando en algunos países, y las posturas a favor y en contra no han cambiado mucho. *Tali Lerner* nos ha contado cómo es ese debate en Israel.

Un debate comparable ha sido un tema candente en Noruega en estos últimos cinco o diez años. En Noruega existe el servicio militar obligatorio para los hombres, aunque el número de soldados profesionales está incrementando debido a las misiones de la ONU y de las fuerzas europeas en otras partes del mundo. Al mismo tiempo, se está produciendo un debate sobre si extender el servicio militar obligatorio a las mujeres, no porque les falte personal (de hecho, sólo uno de cada cuatro hombres son reclutados), sino en nombre de la igualdad. Un salto generacional parece influir en las posiciones que hay en este tema. Las mujeres socialistas más jóvenes defienden que es importante para la igualdad que las mujeres hagan el servicio militar obligatorio. Al tiempo, también se declaran antimilitaristas, y dicen “*No a la OTAN*”. También están en contra de la participación noruega en la guerra de Afganistán. Sus argumentos son los mismos que los de *Alice Schwarzer* hace 30 años y que los de *Alice Miller* hoy, aunque con matices, pues *Alice Schwarzer* se declararía objetora de conciencia (en el sentido restringido del término) y *Alice Miller* no. La generación más vieja de antilimilitaristas en Noruega rechaza la posibilidad de que el ejército pueda cambiarse desde dentro. Muy al contrario, piensan que la idea de que las mujeres “*lo suavicen*” es absurda. Aceptar la conscripción para hombres y mujeres significa aceptar el ejército como institución, y el militarismo en general. Más mujeres en el ejército provocaría probablemente que las ideas del militarismo se extendieran en la sociedad. Sin embargo, sí existe una apertura al tema de la conscripción de hombres y mujeres en un marco más amplio de la defensa, el que permitiera un servicio de paz alternativo y formación en defensa noviolenta. [6]

En Noruega, la resolución de la ONU número 1325, “*Mujeres, paz y seguridad*”, es utilizada para legitimar la necesidad de reclutar a las mujeres al servicio militar activo, y además se presenta la visión de que los hombres y las mujeres se complementan mutuamente. El argumento a favor de que se reclute a las mujeres es que ellas están mejor capacitadas para ocuparse de las mujeres traumatizadas de las zonas de guerra, argumento que ha sido también utilizado por la ex ministra de Defensa, *Anne-Grete Strøm-Erichsen*. [7]

Berit von der Lippe [8], investigadora noruega del tema Cultura y Lenguaje, abordó el debate considerando los conceptos utilizados para legitimar la participación de las mujeres en el ejército, en especial, en misiones en el extranjero. Recoge palabras como “*seguridad humana*”, “*obligaciones morales*”, “*trabajando por la paz y la resolución de los conflictos*”. El ministerio de Defensa está legitimando que se amplíe el servicio militar obligatorio a las mujeres en

nombre de la democracia y los derechos humanos, y según su análisis, esto disfraza lo que está ocurriendo de hecho: guerra y ocupación, temas ubicados en una esfera muy distinta, la de la política de poder que lideran los hombres. Para ella, que se amplíe el servicio militar a las mujeres conseguirá la igualdad de convertirlas también agentes de la agresión que mantienen una actitud post-colonial carente de perspectivas sobre la situación de las mujeres fuera de Occidente.

Esperamos que este debate se pueda dar en más países. Aunque se encuentra conectado al tema de la conscripción de las mujeres en Noruega, los argumentos serán los mismos. Para nosotras, esto también significa que la objeción de las mujeres al militarismo pasará a cobrar mayor importancia que nunca antes. Asimismo, compartimos que el lenguaje empleado por los ejércitos occidentales disfraza lo que en realidad se está diciendo con palabras que hablan de las buenas intenciones de las guerras “*humanitarias*”, los ejércitos que imponen la paz, las guerras en defensa de la democracia y contra el terrorismo. Pudiera ser que la abierta agresividad y masculinidad del ejército sea más patente fuera de Noruega, pero ya lo recoge *Cynthia Cockburn* [9]: las guerras humanas tratan de la violencia, y la violencia genera más violencia.

El futuro de la objeción de conciencia de las mujeres

En esta antología, las autoras plantean poderosos argumentos que explican por qué se declaran objetoras de conciencias públicamente. Una de las razones por las que encontramos que su activismo alienta a todo el mundo es porque se posicionan muy claramente en el antimilitarismo: adoptando un término que suele ser interpretado en un sentido muy restringido (el término legal), lo destripan, lo expanden, llenándolo de muchos otros contenidos las mujeres consiguen explicar el problema del militarismo con mucha claridad, vinculándolo estrechamente con el patriarcado, la jerarquía y la violencia. Según lo entendemos nosotras, estas activistas rescatan el concepto para devolverlo a su lugar legítimo, el activismo pacifista. *Cynthia Enloe* en su prefacio señala cómo las mujeres están investigando abiertamente las operaciones diarias del patriarcado dentro de los movimientos de objeción de conciencia nacional e internacional. Estos movimientos han ayudado a persuadir a muchos hombres que consideran la objeción de conciencia de que es preciso incluir la autocrítica a su propio comportamiento, pues siempre puede reflejar aprendizajes de la masculinidad patriarcal.

La objeción de conciencia implica mucho más que la negativa a hacer el servicio militar. Puede incluir la objeción por razones de conciencia a la guerra y también a la preparación de la guerra. El hecho de que la objeción de conciencia esté legalizada en algunos países no se debe a la buena voluntad del ejército sino a la fuerte presión de objetoras y objetores de conciencia y de personas que les apoyan y que han luchado por la existencia y en defensa de esta opción.

Declararse objetora, u objetor, es al tiempo algo muy personal y un compromiso contra el militarismo, que se ve como causa raíz de numerosos problemas en el mundo.

La mayor parte de los casos de mujeres que se declaran objetoras de conciencia parecen darse en sociedades muy militarizadas. ¿Refleja esto que sea “*más fácil*” ubicarse contra el militarismo cuando éste es más visible que cuando su influencia está más disimulada? ¿O es sólo coincidencia? No lo sabemos pero sospechamos que así pudiera ser. Esperamos que con la publicación de este libro hayamos contribuido a la visibilización de estas activistas, para que así su trabajo sirva de inspiración a mujeres que estén contra el militarismo en sociedades donde éste no sea tan evidente. No obstante, nuestra propuesta no trata sólo de que se imiten las declaraciones aquí incluidas. Lo que proponemos es que las mujeres reflexionen sobre cómo se puede luchar de la manera más eficaz contra el militarismo de su Estado. En muchos lugares donde no existe la conscripción, tendrá bastante sentido considerar este tema en movimientos mixtos. En lugares donde han abolido recientemente la conscripción de los hombres, como en muchos Estados europeos, quizá sea posible aprovechar experiencias y estructuras de anteriores movimientos de objeción de conciencia; quizá haya que construir otras nuevas. Para los casos que consideren los análisis feministas, puede ser mejor inspirarse en grupos y redes del movimiento feminista. En cualquier caso, como el militarismo hace daño a mujeres y a hombres, siempre será buena idea incluir a los hombres en el rechazo a los ejércitos. El tema principal será identificar cómo el militarismo y sus “*primos*”, el patriarcado y el sexismo, afectan a las relaciones personales de cada mujer y a su posición en su sociedad. La segunda cuestión será buscar a gente que comparta el mismo interés, para trabajar con ella y organizar una estrategia eficaz frente al militarismo desarrollado en el país donde vivan. Una primera acción podría ser la de sacar a la luz las conexiones entre militarismo, patriarcado y sexismo.

Es muy posible que las mujeres que se consideran objetoras de conciencia sigan siendo minoría durante mucho tiempo en el movimiento feminista y pacifista. Queda por ver si esta minoría crecerá. Podría ser útil que las objetoras vean si es posible identificar un espacio común desde el que se puedan acordar corrientes de trabajo, para trascender las diferencias planteadas por las innumerables caras del militarismo al que se enfrentan. De este modo, su presencia escasa numéricamente y dispersa no les hará sentir aislamiento, porque en conjunto podrán ir analizando el militarismo más allá de cada Estado, llegando a reflejar el que impera a nivel mundial. La IRG, con su historia de resistencia radical al militarismo y de apoyo a las objetoras y los objetores de conciencia, tiene la posibilidad de desempeñar un papel importante en el desarrollo de este análisis y en la red de apoyo.

Los textos incluidos en esta antología describen experiencias de mujeres como objetoras de conciencia en los diferentes contextos en que viven cada una de

ellas. Las historias son de diferentes lugares del mundo, y se han escrito desde experiencias particulares, privadas, aunque ilustran el mismo tipo de desarrollos y manejan conceptos muy similares. Nos ha sorprendido que ninguna narración haga referencia a otras de estas experiencias. Como señala *Cynthia Enloe*, cuando las mujeres actúan como un colectivo, a menudo sacan a la luz nuevas curiosidades: nuevas líneas de investigación, de información y conocimiento, de consciencia. Por lo que queremos concluir aquí con la esperanza de que la presente antología pueda inspirar a las mujeres para que se impliquen en el desarrollo de una nueva consciencia colectiva sobre lo que es el militarismo y la guerra.

Notas

- [1] Cynthia Cockburn: *From where we stand. War, Women's Activism & Feminist Analysis* (Desde donde nos ubicamos: la guerra, las activistas y el análisis feminista). Zed Books 2007.
- [2] Helsinki Times 9 diciembre 2009 y CO-update enero 2010, nº 53
- [3] Mathiesen, Thomas "Makt og motmakt", (Poder y contrapoder), Pax forlag, Oslo 1982
- [4] Spare Rib, marzo 1981.
- [5] Cynthia Enloe: *Does Khaki become you? The Militarisation of Women's Lives* (¿Te sienta bien el caqui? La militarización de las vidas de las mujeres), Londres, Pluto Press 1983; Cockburn op.cit.; Helen Benedict, Army Cpt. Jennifer Machmer: "Why Soldiers Rape. Culture of misogyny, illegal occupation, fuel sexual violence in military" (Por qué violan los soldados. Cultura de misoginia, ocupación ilegal, alientan la violación en el ejército) <http://www.inthesetimes.com/article/3848/> Descargado el 14 de agosto 2008.
- [6] Carta del WILPF-Noruega a Anne-Grete Strøm-Erichsen, ministra de Defensa noruega, 28 mayo 2009.
- [7] Fue ministra de Defensa del 2005 al 2009.
- [8] Klassekampen, 10 abril 2007
- [9] Cynthia Cockburn: *From where we stand. War, Women's Activism & Feminist Analysis*. Zed Books 2007.

Otras publicaciones de la Internacional de Resistentes a la Guerra



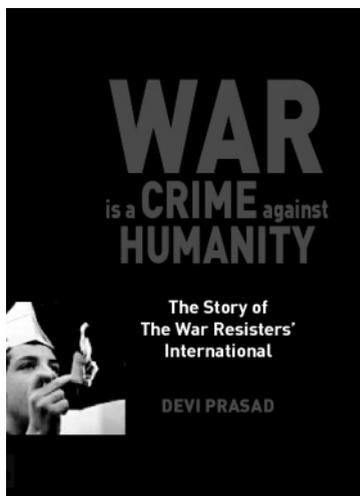
Manual para Campañas Noviolentas

ISBN 978-0-903517-23-2

Junio de 2010, 160 paginas, £6.50

El cambio social no sucede solo, este es el resultado del trabajo de gente comprometida luchando por un mundo de justicia y paz. Este trabajo se gesta en grupos o celulas de activistas, en discusiones, en sesiones de entrenamientos, en la reflexion de experiencias previas, en la planificación, en la experiencia y aprendizaje con otros. El prepararnos para nuestro trabajo por la justicia social es vital para su éxito.

Este manual compartelo que gente ya ha desarrollado a partir de contextos diferentes.



War is a Crime Against Humanity

The Story of War Resisters' International

By Devi Prasad

ISBN 978-0-903517-20-1

2005, 558 paginas, £18

Esta historia sigue el desarrollo de la IRG desde un movimiento centrado principalmente en la objeción de conciencia a la guerra, hasta uno que combina esta inquietud con un compromiso en la promoción de la acción colectiva noviolenta tanto contra la guerra como contra la opresión.

Visita la Internacional de Resistentes a la Guerra en <http://wri-irg.org> para más información

Sobre la Internacional de Resistentes a la Guerra



Fundada en 1921, WRI es una red de organizaciones, grupos e individuos que suscriben la declaración de WRI:

La guerra es un crimen contra la humanidad. Por ello me comprometo a no apoyar ningún tipo de guerra, y a luchar por la eliminación de todas sus causas.

WRI existe con la intención de promover la acción contra la guerra, así como también para apoyar y poner en contacto, a través de todo el mundo, a las personas que se niegan a tomar parte en la guerra o en su preparación.

Noviolencia

La IRG abraza la noviolencia. Para algunas personas, la noviolencia es una forma de vida. Para toda la IRG, es una forma de acción que defiende la vida, alza la voz contra la opresión, y reconoce el valor de toda persona.

La noviolencia puede conjugar la resistencia activa, incluida la desobediencia civil, con el diálogo. Puede combinar la no cooperación -retirada del apoyo a un sistema de opresión- con el trabajo constructivo para crear alternativas.

Como forma de implicarse en el conflicto, la noviolencia trata de empoderar a quienes se hayan en la base de la sociedad e incluir a personas de diferentes partes en la búsqueda de una solución.

No a la guerra

La IRG nunca dará su apoyo a ninguna clase de guerra, sea emprendida por un Estado, por un "ejército de liberación", o bajo los auspicios de las Naciones Unidas, aunque sea llamada "intervención militar humanitaria". Las guerras, por muy noble que sea la retórica, son usadas invariablemente al servicio de ciertos intereses políticos o económicos. Sabemos adónde conducen las guerras: al sufrimiento y la destrucción, a la violación y el crimen organizado, a la traición a los valores y a nuevas estructuras de dominación.

Contacto:

War Resisters' International - Internacional de Resistentes a la Guerra
5 Caledonian Road
London N1 9DX
Britain
Email info@wri-irg.org
Web <http://wri-irg.org>

MUJERES OBJETORAS DE CONCIENCIA: UNA ANTOLOGÍA

"Esta antología es más, mucho más que una mero collage de experiencias de mujeres en el movimiento por la objeción de conciencia de los hombres al servicio militar obligatorio. Es más, incluso, que un relato de la lucha de las mujeres contra su propia conscripción. Porque lo que vemos aquí son mujeres, en diversos momentos, en uno y otro país, creando por sí mismas el concepto, el análisis y la práctica de un antimilitarismo feminista diferente. Centradas inicialmente en el reclutamiento, se dan cuenta pronto de que la militarización no es sólo la existencia de los ejércitos. Ésta permea y deforma la vida cotidiana de miles de formas. Todas las personas estamos militarizadas, todas podemos ser objetoras de conciencia. Como expresa Ferda Ülker de Turquía en su declaración, "puesto que el militarismo está empeñado en influir en mi vida, yo estoy empeñada en continuar mi lucha. ¡Me niego!"

Cynthia Cockburn, Mujeres de Negro, Londres, autora de From Where We Stand War: War, Women's Activism and Feminist Analysis. Zed Books. 2007.



"Desde la nativa americana Tina Garnanez que, tras presenciar "cuerpos desfigurados, miembros reventados, soldados que perdieron su salud mental" en Iraq, decide abandonar el ejército y "no luchar por los intereses petrolíferos de nadie", hasta Idan Halili, que declara ante el Comité de Conciencia del ejército israelí basándose en una "objeción feminista", definiéndola como "una objeción a todos los ejércitos, más que a una determinada política de gobierno", pasando por mujeres colombianas, francesas, coreanas, paraguayas y turcas que redefinen la objeción de conciencia como el rechazo a tomar parte en el militarismo en sentido amplio, más que en la conscripción en sí misma. Esta antología ofrece una amplia muestra de imaginativas y transformadoras respuestas de mujeres de todo el mundo al servicio militar, la guerra y el militarismo que invita a la reflexión. Su radical reteorización del militarismo con una perspectiva feminista nos recuerda la centralidad de las mujeres en los procesos de militarización, así como su poder para darle la vuelta a los procesos de militarización y para contribuir a recreaciones radicales de un mundo donde la violencia, la guerra, el patriarcado, el sexismo, el heterosexismo, y otras forma de dominación, no se den por sentadas."

Ayşe Gul Altınay, antropóloga, Universidad de Sabanci, Turquía, autora de The Myth of the Military-Nation: Militarism, Gender and Education in Turkey. Basingstoke, 2006.

ISBN 978-0-903517-24-9

